

PALACIO Y PRISIÓN

PROLOGO

Desde el 23-F a las Malvinas, pasando por el aceite de colza, transcurrieron aquellas vacaciones; unas vacaciones verdes.

Un primer viaje más allá de tierras catalanas. Las primeras experiencias, en un mundo donde sólo el amor y la amistad lo hacen soportable.

Capítulo I	UN LARGO VIAJE
Capítulo II	JURA DE BANDERA
Capítulo III	R.A.C.A.- 47
Capítulo IV	HOSPITAL MILITAR
Capítulo V	FRÍO INVIERNO
Capítulo VI	EL BISABUELO POLACO
Capítulo VII	MEDINA. PALACIO Y PRISIÓN
Capítulo VIII	EL REGRESO

Capítulo I

UN LARGO VIAJE

-¡Al suelo, coño, al suelo!

La célebre frase del Coronel Tejero el 23-F, sonaba por la vieja radio.

Eran las seis de la tarde y en el taller mecánico de "*Cal Tonet*", como cada tarde, rondábamos algunos amigos esperando a que más tarde abriese sus puertas "*El Centre*", un bar del pueblo donde siempre me reunía con mi novia.

Rápidamente corrió la noticia del Golpe de Estado; no se hablaba de otra cosa.

Para colmo y dando mucha más intriga al momento, a causa de una avería se cortó el fluido eléctrico y todo el pueblo quedó a oscuras.

Sobre las nueve, mi novia y yo, estábamos en el bar iluminado únicamente por una pequeña luz de gas. Yo, a todo aquel con el que mediaba palabra, acababa diciéndole lo mismo, imagino que para desahogarme.

-¡Y yo mañana a la mili! - Pobre desgraciado, debían pensar.

Más tarde, ya con luz eléctrica y todo el mundo pendiente de la televisión, mi novia M^a Teresa cogía mi mano bajo una amarillenta mesa de mármol, mientras me decía al oído:

-¿*M'escruiuras* cada día?

-Sí, mujer, sí - le contesté.

Por aquel entonces me hablaba en catalán y yo a ella en castellano. Resultaba una situación un tanto cómica, pero así era.

Aquella noche apenas pude dormir. Estirado sobre la cama, pegado a un pequeño transistor de radio, mi vida parecía depender de aquellas noticias. Quizás esperaba un milagro para no incorporarme a filas. A última hora, mientras hablaba el Rey... me dormí.

Al día siguiente, fui a la caja de reclutamiento de Tarragona a buscar el "petate", donde me leyeron las leyes penales militares y me dieron un billete de tren para León. Mi tren partía al día siguiente. Por fortuna tenía veinticuatro horas más de libertad. Cogí mi viejo coche, un SEAT 850 color gris perla y me dirigí a la casa de mi novia en Vila-rodona.

Durante los veinticinco kilómetros de trayecto, por mi cabeza pasaron mil macabras ideas para no presentarme al servicio militar, las cuales nunca puse en práctica, lógicamente.

Pasamos juntos gran parte del día, viviendo en propia carne esas conmovedoras escenas melodramáticas que todos hemos visto alguna vez; cuando el galán de turno se despide románticamente de su princesa para marcharse a un frente de guerra. La ficción hecha realidad.

De vez en cuando yo intentaba darle ánimos a ella, aunque realmente era yo quien estaba más asustado. El día se me hizo muy corto.

-Hasta mañana en la estación, chato - dijo ella con los ojos enrojecidos.

-Hasta mañana - respondí. Luego la besé.

Arranqué el coche y salí del pueblo. Mientras me alejaba, miraba por el retrovisor aquel conjunto de casas y luces que cada vez se hacían más pequeñas. Tenía la extraña sensación de que jamás volvería a verlas.

Al llegar a mi casa, mi madre tan cuidadosa como siempre, ya tenía todas las cosas preparadas para el día siguiente. Durante la cena no cesó de darme consejos, mientras mi padre aprovechaba la más mínima ocasión para hacer referencia a lo penoso que fue su servicio militar.

-¡Cállate ya, hombre! No asustes más al niño - le reprochó mi madre.

Yo, que estaba de un humor de perros, me encerré en mi cuarto evitando cualquier comentario de más.

Ya era madrugada y hacía rato que estaba despierto.

-Bueno, que te vaya bien hijo... adiós.

-Gracias, adiós..., adiós - contesté.

Lentamente mi padre cerró la puerta de mi habitación, y como cualquier otro día se fue al trabajo. Eran las siete de la mañana y mi hermano que dormía en la cama contigua, roncaba levemente.

Yo hacía casi dos horas que estaba pensativo sin poder descansar, como el reo que nervioso espera la fatídica hora de su ejecución. De hecho, no me extrañó la fría despedida de mi padre, pues nuestra relación siempre fue algo distante. Quizás fuera por nuestro carácter orgulloso y también por su educación, ya que él estaba chapado a la antigua.

-¡Ángel! ¿Te levantas ya?

-¡Si mama, ahora voy!

Mi madre, en cambio, seguro que perdió la noche pensando que su hijo se marchaba a la mili esa misma mañana.

Mi hermano Luís seguía durmiendo; con cinco años era ajeno a mi marcha. Me supo mal despertarlo y no lo hice.

Después de tomarme un tazón de leche y algunas galletas, guardé un par de bocadillos en el petate. Éste, que me recordaba el saco de entreno de un boxeador, estaba lleno de nombres, dibujos y algunas alusiones grotescas a la Patria. Recuerdos de anteriores reclutas, poseedores de lo que ahora sería mi compañero de viaje.

El tren salía a las nueve y media de la estación de Tarragona. Yo vivía en Valls a unos veinte kilómetros, por lo que debía coger un autobús una hora antes.

-¿Lo tienes todo? No te olvides del dinero - me repetía mi madre.

-Si mama, lo tengo todo, no se preocupe.

-¿Quieres que te acompañe hasta Tarragona? – preguntó ella.

-No mama, no hace falta.

Hacía menos de un mes que la habían operado de una pierna y no quería que tuviese que andar para acompañarme.

-¡Pero yo quiero ir! – insistía mi madre.

-Pero mama, no hace falta...

-¡He dicho que voy! - repitió ella con lágrimas en los ojos y que yo disimulé no ver.

Durante el trayecto en autobús, hablamos poco. Yo estaba embobado mirando por la ventanilla, viendo pasar las casas, los árboles, la carretera que tantas veces había visto, durante meses y años, cuando cada día me desplazaba para estudiar hasta Tarragona. En cambio ahora todo era distinto. El día era gris y empezaba a lloviznar ligeramente, como corresponde a un día de finales de Febrero.

Tras bajar del autobús y caminar unos diez minutos, pudimos llegar a la estación sin apenas habernos mojado. Allí estaban, esperándonos mi novia M^a Teresa y su madre, que habían venido desde Vila-rodona directamente.

-¡Hola Ángel! ¿Ya estás apunto? - dijo su madre.

-Qué remedio toca - le contesté.

Hacía cuatro años que era novio de su hija. La madre, que hablaba más que mi novia, enseguida se puso a conversar con la mía. Mientras tanto, M^a Teresa y yo, nos alejamos de ellas caminando lentamente por el andén.

-¿Te acordarás de escribirme cada día? - dijo M^a Teresa.

-Si chata, sino cada día, cada dos. Pero con una condición - le propuse.

-¿Cuál? - preguntó intrigada.

-Que me envíes en cada una de tus cartas un cabello dentro del sobre ¿vale?

-De acuerdo, mientras no me quede calva - dijo al final sonriendo.

Después sin saber por qué, tuvimos unos minutos de nostálgico silencio, en los que nuestras miradas se perdían en el horizonte, quizás por no saber que decir o porque un nudo en la garganta impedía pronunciar palabra.

Volvimos al vestíbulo de la estación, en el momento en que su madre regresaba de un pequeño kiosco cercano.

-¡Toma Ángel! para que leas algo durante el viaje - dijo acercándome una revista.

-¡Ah! bien, gracias.

Faltaban diez minutos para la llegada del tren y la estación empezaba a llenarse de futuros reclutas. Los podía distinguir fácilmente, todos con su petate al hombro y algunos por el corte de pelo que, en prevención de lo que les esperaba, ya se habían hecho.

Algunas caras las recordaba del día anterior en la caja de reclutamiento. Enseguida nos agrupamos, casi por instinto, los tres que éramos de Valls y que al menos de vista ya nos conocíamos.

-¡Hola Paco! - dije rompiendo el hielo.

-¡Hola Ángel! ¿Qué, a punto? - contestó él.

-Pues ya ves, vaya palo.

-Esto son unas vacaciones - añadió el tercero.

-Sí, sí, pero vacaciones verdes - puntualicé.

Al momento el tren fue anunciado por megafonía. Entró por nuestra izquierda y en dirección Zaragoza.

Por las ventanillas, asomaban una gran cantidad de jóvenes que contentos gritaban y cantaban.

-Estos han visto muchas películas - pensé yo.

-Bueno Ángel, ten cuidado - dijo mi madre. En ese momento una lágrima recorrió su mejilla.

-No se preocupe mama, escribiré pronto.

Tras besar a mi madre lo hice con mi futura suegra, quizás era la primera vez que lo hacía y me resultó un poco embarazoso. Por último besé a M^a Teresa, la cual se aferraba en disimular las lágrimas que brotaban de sus ojos.

-Escribe pronto para saber tu dirección ¿de acuerdo? - dijo M^a Teresa con apenas un hilo de voz.

Asentí con la cabeza, volví a besarla y subí al vagón. A pesar de todo, yo afronté aquella situación con bastante entereza, pues aunque triste y con un nudo en la garganta, nunca fui de lágrimas fáciles. Por decirlo de alguna forma, nunca una película sentimental me hizo llorar.

Con lágrimas o sin ellas, jamás podría olvidar aquellas tres caras queridas que se alejaban en el andén, ni el verde oscuro de aquel tren, que poco a poco iniciaba la marcha.

Perdí la noción del tiempo y no fue hasta Vandellós que empecé a salir de mi encanto. Miraba por la ventanilla las grandes moles de hormigón, que configuraban la central nuclear. Vista a pocos kilómetros era igual que en las fotografías de los periódicos.

Cansado de estar de pie en el pasillo, entré en el compartimiento donde estaban los otros dos muchachos de Valls. Sólo recuerdo el nombre de Paco, con el que después coincidiría en el campamento y con quien compartiría bastantes horas de penas y alegrías, al menos hasta la Jura de Bandera.

Durante el trayecto iban incorporándose más y más jóvenes en cada una de las diferentes estaciones. A las pocas horas, en el tren no cabía un alfiler.

Los temas de conversación, lógicamente eran dos. La dichosa mili y lo acontecido dos días antes, el golpe del 23-F para más señas.

-En la mili lo mejor es hacerse el tonto... - decía uno.

-Oye, ¿es verdad, que los veteranos te hacen “putadas”? - preguntaba otro preocupado.

Casi todos decían algo de su propia cosecha, otros los menos, callaban y como en un partido de tenis, seguían con la mirada las diferentes opiniones.

Incertidumbre, timidez, miedo, añoranza y otros sentimientos convivían juntos en unos pocos metros cuadrados.

Recuerdo perfectamente lo acongojados que estábamos al pensar que seríamos los primeros en incorporarnos a filas, después del intento de golpe de estado del veintitrés de febrero.

-¡Buf...! Si hubiese ganado Tejero, no veas, ¡mano dura otra vez! - exclamó Paco.

-¡Qué dices hombre! A lo mejor con todo el lío se hubiese retrasado nuestra quinta - le respondió otro con un acento barcelonés que lo hubiese delatado entre un millón.

-¡Sí, y qué más! Y mi hermano que se licencia dentro de ocho días, a joderse ¿no? - protestó un tercero.

Yo, más bien era de los que hablaban poco y parecía que contase los postes del tendido eléctrico que iban pasando fugazmente.

Sobre las dos de la tarde llegamos a Zaragoza, donde unos soldados de la Policía Militar nos hicieron bajar del tren y nos informaron de que teníamos ocho o nueve horas libres para poder visitar la ciudad. Hacíamos trasbordo a otro tren que pasaría teóricamente a las once de la noche. La verdad sería otra, pues llegó con más de dos horas de retraso. Y para colmo, después pude averiguar que dicho tren pasaba por Valls, mi ciudad, a las siete de la tarde. Lo cual significaba que si lo hubiese cogido allí en lugar de ir Tarragona, aunque teniendo que pagar de mi bolsillo parte del viaje, hubiese podido estar unas preciosas horas más con mi familia y mi novia. ¡Qué imbécil!

Unas escaleras mecánicas nos condujeron al vestíbulo principal y de allí a la puerta de salida de la estación. Al salir formamos un grupo de seis, dos chicos que subieron en Caspe, uno de Barcelona y los tres que éramos de Valls.

Una curiosidad que pudimos observar fue, que al salir a la calle, habían muchos señores de avanzada edad que, sin llevar ningún tipo de uniforme, únicamente una especie de gorra de plato, iban ofreciendo a todo el que salía los servicios de hostales, pensiones etc.

-¿Buscan una pensión, desean comer?

-Señores, señores... ¿buscan pensión? Yo les acompaño - decía otro apenas a tres metros.

-No, gracias - respondimos.

La mayoría tenían aspecto de jubilados y seguramente lo hacían a cambio de una pequeña comisión.

Finalmente no pudimos deshacernos de uno de aquellos personajes, además Paco protestó.

-Yo me quiero duchar y la comida nos saldrá algo más barata que en un restaurante.

-De acuerdo, vamos - aceptamos los demás.

Durante unos diez minutos fuimos siguiendo al señor con su gorra de plato, algo sucia, y en la que podía leerse "Pensión Margarita".

-Por aquí, señores, por aquí - decía de vez en cuando mientras en su mano izquierda se consumía un cigarro que apenas se llevaba a la boca.

Entramos en un portal. El aspecto era tenebroso y subimos en silencio a un segundo piso.

-¡Marga, Marga... aquí hay unos clientes! - gritó el guía.

Vimos aparecer una mujer de mediana edad, algo pasada de peso, despeinada y con una bata que le llegaba a los pies.

-¡Pasar, chicos, pasar...! ¿Queréis habitaciones o comer? - preguntó la casera.

-No, habitación no, sólo queremos ducharnos y si acaso comer. ¿No, tú? - dijo Paco mirándome.

La verdad es que ninguno de nosotros lo teníamos claro, no acababa de gustarnos todo aquello.

-¿Tenéis dinero verdad guapos? - preguntó la mujer.

-Sí, sí tenemos - contestó el de Barcelona.

-No corras tanto capullo - le recriminé bajando la voz para que la mujer no pudiese oírme.

Mientras la casera acompañaba a Paco a la ducha, nosotros pasamos a lo que debía ser el comedor de la casa. Evidentemente aquello era una vivienda particular y no una pensión en toda regla. Vimos aparecer y desaparecer por el pasillo, como si de un fantasma se tratase, un hombre de aspecto verdaderamente lamentable. Debía tener cuarenta o cincuenta años, iba sin camisa, con aspecto sudoroso y barba de tres días.

-Yo me largo de aquí - dije a los demás.

-Pero, ¿habrá que esperar a Paco? - contestaron.

-Como se retrase mucho nos vamos - repetí.

Al cabo de un rato regresó Paco, asegurando que jamás se había duchado tan rápido en su vida. Al igual que nosotros pensó que lo mejor era largarse de allí.

-Bueno si queréis comer hay... - interrumpió la casera.

-Mire señora, hemos pensado que no comeremos.

-¿Cómo? - exclamó ella.

-Sí, es que nos hemos equivocado de hora y nuestro tren sale dentro de poco - le dije en el tono más conciliador posible.

-¡Pero qué os habéis creído! - gritó.

La mujer se puso como una fiera, perdió los nervios y más que hablar gritaba.

-¿Pensáis que os traigo aquí para una miserable ducha? - decía la mujer encendida -. Por cien asquerosas pesetas, ¡Fuera de aquí!

No tuvo que repetirlo dos veces. Salimos volando escaleras abajo. Paco no se paró ni siquiera a pagarle la ducha. Al salir a la calle ya no corríamos, pero sí llevábamos un buen paso ligero, mientras tanto detrás oíamos los gritos de la mujer desde una ventana.

-¡Gamberros, pagarme la ducha!

Minutos después, ya más tranquilos, estábamos en un bar tomando unas cervezas y un plato combinado, a base de huevos, patatas fritas y croquetas.

-Pero Paco ¿Cómo cojones se te ocurre tener que ducharte ahora, tan guarro ibas tío? -le pregunté.

-Pues claro. - dijo él con la boca llena -.Yo no salí de mi casa esta mañana como tú. Desde ayer, cuando fui a recoger el petate que ya no he vuelto a Valls. Tenía que quedarme en Tarragona en casa de mi tía, pero la verdad es que he estado toda la noche de juerga con unos amigos. Así que estaba sudado y con ganas de cambiarme. ¿Pasa algo?

-Vale, vale, me has convencido - repliqué yo.

Por la tarde fuimos al cine para matar el tiempo. Recuerdo perfectamente el nombre: *Cine Fox* y por mala casualidad la película era bélica. *El león del desierto*, con Anthony Queen.

Años después pude ver esa película en un video-club, y no pude resistir las ganas de volverla a ver. Mientras la disfrutaba tranquilamente en mi casa, secuencia tras secuencia, pensaba en lo diferente que pueden ser las circunstancias en las que uno se encuentre. Era como cuando contemplas una fotografía de una persona que hace diez años que no la ves y sin embargo la tienes allí, entre tus manos.

Después de salir del cine fuimos a otra cafetería, pero ésta era mucho más grande, una especie de bolera. Había mucho ambiente juvenil, máquinas de juego, música y una pequeña tienda donde vendían libros, tabaco, postales y recuerdos de Zaragoza.

-Anda vamos, compraremos unas latas de cerveza para el tren. - dijo uno de los de Caspe.

-De acuerdo, compraremos también bocatas - añadió el otro.

Yo llevaba bocadillos de sobra para el viaje.

Lo que sí compré fue una postal, una hermosa puesta de sol, y que escribí allí mismo. Esas fueron las primeras líneas que envié a mi novia en mi dichosa mili.

Horas después estábamos ya en el tren, eso sí, con bastante retraso. Pasaron las primeras horas de euforia, bromas, risas y algo de alcohol. Ahora el silencio era la nota predominante en todo el tren.

En ese momento pasábamos por la estación de Burgos. La gente dormía como podía, los más afortunados sentados o estirados en los asientos, el resto sobre sus macutos o petates, distribuidos a lo largo de los pasillos y zonas de entrada y salida de los vagones. El tren estaba repleto. Si querías ir al baño o moverte de tu lugar, tenías verdaderos problemas para no pisar piernas, manos o la cabeza de alguien; por lo que desistí de hacerlo. Sólo de vez en cuando me incorporaba y aprovechando que me encontraba en el pasillo junto a una ventana, me fumaba un cigarrillo.

Contemplaba la oscuridad de la noche, tan sólo rota por alguna luz que pasaba fugaz o por los letreros de alguna estación que yo me esforzaba por leer.

Paco, con la cabeza apoyada en su petate dormía como un lirón. Se notaba que llevaba dos noches sin dormir.

Pronto amaneció y la claridad del día empezó a delatar las ojeras y las pálidas caras del personal. Comenzó a observarse cierto movimiento en el interior del tren. Como "zombis" resucitados, la gente se iba incorporando poco a poco. Fui a refrescarme la cara a uno de los lavabos, y al mirarme al espejo, pude darme cuenta de lo bien que se duerme en casa y me alegré por un momento de que mi novia no estuviese allí.

-¡Vaya "careto" el mío! - me dije.

El tren paró en ese momento, miré por la ventana y pude leer: estación de Venta de Baños. Me sorprendió ese nombre.

-¿Y por qué no Venta de aseos? - pensé.

Después volví junto a los demás.

-Qué, ¿has dormido bien Paco? le pregunté.

-Vaya resaca... - contestó.

-¿Por qué estamos tanto tiempo parados? - preguntó el de Barcelona.

-No sé, pero creo que están cambiando la maquina locomotora - le respondí.

Por fin, sobre las diez y media llegamos a León, que era nuestro destino final. Concretamente el campamento militar de "El Ferral del Besnerga".

Allí nos esperaban varios autocares, que curiosamente no eran militares, aunque iban escoltados por soldados de la Policía Militar. (P.M.). Subimos a ellos para trasladarnos hasta el campamento que se encontraba a unos doce kilómetros de la capital.

Durante el trayecto iba observando el paisaje, al tiempo que notaba el cambio de temperatura respecto a lo que yo estaba acostumbrado. Era Febrero y me encontraba en León, todo un reto. Hacía un frío que penetraba en los huesos. Parecía que todo estuviese ligeramente nevado, pero no era así, era escarcha. La hierba estaba helada a pesar del sol que ya lucía.

De pronto, uno de los policías militares se levantó de su asiento y con su casco de color blanco en la mano empezó a caminar por el pasillo central del autobús.

-¡Eh, oídme bien, "chivos"! Aquí los veteranos tenemos la sana costumbre de que cuando llegan nuevos "chivos", hacemos una colecta para celebrar una pequeña fiesta a la salud de los "bisabuelos". Naturalmente el que quiera de vosotros también puede asistir - dijo el P.M. mientras se le escapaba una maliciosa carcajada. Mala señal, pensé yo.

Todos iban depositando algo de dinero, dentro del casco del arrogante P.M.

Justo al llegar a la altura de Paco, el autobús se detuvo, y se abrieron las puertas. Habíamos llegado, eso despistó al P.M. y bajamos rápidamente. Por el momento me había salvado de la primera novatada.

Más adelante, gracias a la cultura militar que pude adquirir, supe que "chivo" era el término como se llamaba a un recluta recién llegado. Y que "bisabuelo" era un veterano al que le quedaban pocas semanas para licenciarse.

Capítulo II

JURA DE BANDERA

Aquel primer día, prácticamente no hicimos nada. Nos distribuyeron en diferentes compañías y batallones según la letra de nuestro primer apellido. De esa forma nos disgregamos el grupo que habíamos hecho juntos el viaje. Sólo Paco y yo coincidimos en la misma compañía, la nº 32. Al resto, no los volvería a ver hasta un mes después, poco antes de la Jura de Bandera.

En el campamento había más de cinco mil reclutas, que con el pelo cortado y vestidos de verde por igual, era difícil diferenciar unos de otros. En cierta ocasión, al salir de los comedores, reconocí a uno de los de Caspe, pero él ni se dio cuenta. Además, era imposible dejar la formación en la que nos encontrábamos.

El segundo día de estancia fue más movido.

-¿Dónde nos llevan? - preguntó Paco.

-Un veterano me ha dicho que al matadero - le dije.

-¿Al matadero? – repitió incrédulo.

-Creo que quiere decir que nos llevan al botiquín, nos tienen que hacer una revisión médica, vacunarnos y todo eso.

-No me jodas macho, con el miedo que me dan a mí las inyecciones – protestó.

Efectivamente, todos fuimos pasando por el botiquín donde al menos nos pusieron cuatro vacunas y que aún no sé para qué. Curiosamente no las ponían todas de igual manera. En algunas te colocaban primero la aguja, seguías una fila y más adelante otro ATS te acababa de poner la inyección. Era todo un espectáculo ver una hilera de personas con una aguja colgando del brazo. Más de uno desapareció de la fila, volviendo después cogido de la oreja por el teniente médico. Hubo también quien se desmayó.

Otra modalidad de vacunas las colocaban con pistola. Pasabas por un lugar donde había un ATS a cada lado, y con una especie de pistola de aire que te acercaban a cada brazo, notabas

un ligero pinchazo. Lo malo del sistema era que de vez en cuando, el reglaje de la aguja se desajustaba y te clavaban dos centímetros más de aguijón.

También nos hicieron un pequeño reconocimiento y nos extrajeron sangre de un dedo. Por la tarde nos dieron toda la ropa militar, más o menos de nuestra medida. Una vez en la compañía, aquello se convirtió en un auténtico mercadillo. La ropa pasaba de unas manos a otras, buscando cada cual la prenda que mejor le sentara.

A partir de aquel momento dejábamos de ser civiles, incluso de tener nombre y apellidos. Yo era el nº 71, Paco el nº 70 y dormía debajo de mí, pues teníamos literas.

El campamento de El Ferral estaba distribuido sobre una colina, es decir, que de la parte más baja a la más alta había infinidad de escaleras. Desde la entrada principal, donde había una barrera custodiada siempre por P.M., partía un paseo central con árboles a ambos lados, éste se iba transformando en una carretera que serpenteaba toda la colina hasta llegar a la parte superior; en total unos dos kilómetros.

En la parte más baja se ubicaban los talleres, garajes de camiones y la compañía de servicios. Casi llegando a la parte más alta, había un grandioso patio de armas, donde se realizaban desfiles, Juras de Bandera, etc. Más o menos situados alrededor del patio iban apareciendo edificios independientes de dos plantas, que eran las diferentes compañías. Cada una podía acoger a unos doscientos reclutas, en literas de dos.

Rodeando el campamento en parte de su perímetro, se ubicaban los "costerones" a uno o dos kilómetros de distancia. Eran grandes explanadas que servían a las compañías para realizar gimnasia, instrucción, etc. Tenían también unas pequeñas casetas que se usaban como aulas para clases de teórica.

En uno de esos "costerotes" perteneciente a mi compañía, nos encontrábamos el tercer día haciendo ejercicios básicos como; saludar, ponerse firmes etc. A los pocos minutos apareció un teniente.

-¡Atención reclutas! ¿Hay alguien que sepa tocar algún instrumento de música?

Al principio la gente dudó.

-Si hay alguien que sepa tocar algún instrumento y le interesa entrar a formar parte de la banda de música, ¡que lo diga ahora! - dijo el teniente con voz potente.

-Yo mi teniente, yo se tocar un poco la trompeta pero... - decía uno.

Otros también fueron poniendo pegas.

-Bueno a mí no me expliquéis vuestras vidas, si hay alguna objeción ya os lo dirá el brigada de la banda. - replicó el teniente.

Yo sabía tocar la guitarra y algo la batería, por lo que me apunté. De mi compañía fuimos siete y del total de batallones unos sesenta reclutas. Nos dijeron que nos presentáramos al brigada Felipe aquella misma tarde.

A las cuatro, delante del local de la banda se formó una larga cola, que parecía la de un cine en día de estreno.

-¡Vamos, vamos, el siguiente! - gritaba un cabo.

Íbamos pasando uno a uno.

-¡Tú, "chivo", sácate la gorra, que se te vean bien los cuernos! - dijo un cabo primero, con tono amenazador.

A decir verdad no dominábamos las ordenanzas militares todavía, como por ejemplo quitarse la gorra al presentarse ante un superior en un lugar cerrado. Esos primeros días era fácil ver a reclutas saludar a soldados de primera o simples cabos y no hacerlo delante de capitanes. Los mandos intentaban hacer la vista gorda hasta la Jura de Bandera, después otro gallo cantaría.

Tras esperar una hora, llegó mi turno. Me temblaban las piernas sólo de pensar cómo debía poner en práctica lo que durante buen rato repasaba mentalmente: cómo dirigirme a un brigada correctamente.

-¿Da usted su permiso?... Se presenta el recluta...

-Vale, vale muchacho - interrumpió el brigada -. ¿Tú qué sabes tocar?

Pude relajarme un poco ya que el brigada, una persona de edad avanzada, parecía tolerante. Con el tiempo aprendería que los mandos que te trataban de “tú”, normalmente eran campechanos y comprensivos, pero los que se dirigían a ti hablándote de usted, mala señal. Normalmente eran tan disciplinados que parecían sacados de una película bélica americana.

-Yo mi brigada... toco la guitarra - contesté.

-Pues aquí no hay guitarras.

-Bueno, también toco un poco la batería - añadí.

-Tampoco tenemos batería - sonrió el brigada.

Yo no respondí, no sabía si marcharme o esperar a que me lo ordenase.

-Tú, guitarrista; coge el tambor - ordenó el brigada -. Vamos, “redoblea” un poco.

Me apresuré a coger el tambor.

-¿Y las baquetas? - pregunté.

-¡Hombre! Si sabe lo que son las baquetas y todo.

Me las dio y me puse a tocar. Iba algo lento pero pudo percatarse de que tenía buen juego de muñecas.

-Muy bien, aunque de momento empezarás con el bombo. Preséntate mañana a las nueve para el primer ensayo – sentenció el casi anciano brigada.

Salí muy contento, sabía que estar en la banda, te permitía librarte de marchas, ejercicios, instrucción, gimnasia, etc.

Tuve suerte con el instrumento, pues aunque dije guitarra y allí evidentemente no las había, peor hubiese sido decir corneta o trompeta que era lo más solicitado.

La mayoría de los chicos que esperaban eran valencianos y alicantinos. Todo el mundo sabe la tradición que existe en esas ciudades a las bandas y comparsas musicales. Por tanto para corneta hubo una difícil selección. Mucha oferta para tan poca demanda.

Aquella primera semana se hizo eterna. La jornada empezaba a las ocho de la mañana, desayuno y Subida de Bandera. Después instrucción hasta el mediodía, yo iba a ensayar en lugar de eso. Comida y después por la tarde teórica o gimnasia; yo tampoco asistía.

Sobre las seis de la tarde acababa el trabajo, después tenías hasta la hora de la cena para relajarte, escribir o ir a tomar algo.

-¿Vamos a la cantina Ángel? - preguntó Paco.

-Es que quería escribir una carta.

-Venga hombre, ya lo harás después. Si no aprovechamos ahora que está abierto... Aquí no hay otra cosa - insistió Paco.

-De acuerdo, vamos.

Paco y yo caminábamos desorientados entre tantos barracones y todos iguales. Buscábamos algo parecido a una cantina. Era la primera vez que íbamos.

"Hogar del soldado" ponía en un letrero.

-¡Eh, mira, debe ser eso! - dijo Paco.

-Qué originales con el nombre - respondí.

Aquello parecía un enjambre de abejas, de abejas verdes, claro.

El local estaba a rebosar de soldados, esfuerzo nos costó llegar a la barra y más aún atraer la atención del camarero.

-Por favor, dos cervezas y una de patatas - grité.

-Los "tickets" por favor - pidió el camarero.

-¿Qué "tickets"? - pregunté.

-Primero hay que pasar por caja - dijo el camarero señalando con el dedo.

O sea, que después de lo que nos costó llegar a la barra, tuvimos que volver atrás y esperar nuestro turno delante de la caja. Pagamos las consumiciones, nos dieron el ticket y después vuelta a la barra donde nos sirvieron. Al final sudamos las cervezas.

Nos sentamos en una mesa ocupada por algunos compañeros de nuestra compañía, todavía no teníamos demasiada confianza, pero la verdad es que no había ninguna otra mesa libre.

Al rato pasó por allí, no sé si un fotógrafo veterano, o un veterano con un cámara fotográfica. Por cien pesetas nos hacía una foto al grupo.

Todos nos miramos con recelo.

-¿Cuando se pagan, ahora o cuando las entregues? - preguntó uno.

De repente el fotógrafo cambió el semblante.

-¡Oídmee *chivos* de mierda! Vosotros no os fiáis de mí, y yo si tengo que hacerlo de vosotros, tirando una foto que no sé si os quedaréis ¿No? - dijo el veterano muy enfadado.

-No, no es por eso, pero ¿cómo nos encontrarás entre tanto tío como hay aquí? - dijo uno de la mesa.

-¡Imbécil! Eso será problema mío. Para qué voy yo a quedarme una foto de tu "careto", como no sea para limpiarme el culo... - gruñó de nuevo.

-¡Eh, basta, no pasa nada! - tranquilizó Paco -. Nos hacemos una foto todos juntos y así tendremos un recuerdo. ¿De acuerdo?

No hubo problemas y al cabo de unos días tuvimos la foto.

Hoy, cuando observo esa fotografía en mi álbum familiar, me felicito por habérmela hecho. Y no cien pesetas, sino mil pagaría por ella, porque ese recuerdo no tiene precio.

El período de campamento duraba mes y medio, después vendría la Jura de Bandera y el destino definitivo para cada uno de nosotros. Repartidos por todos los cuarteles de la 7ª Región Militar, que comprendía Valladolid, Segovia, Zamora, León, Salamanca y Palencia.

Durante ese primer mes los días transcurrían bastante bien para mí, pues al estar en la banda de música, mientras los demás realizaban: gimnasia, instrucción y clases de teórica, yo y el resto de la banda ensayábamos. También nos encargábamos de subir y bajar bandera, que era tocar el himno nacional al empezar y acabar la jornada.

A veces subíamos, un tambor y un bombo, a cada uno de los diferentes "costerones" de las compañías, para que desde el centro de la explanada, marcáramos el ritmo, mientras a nuestro alrededor desfilaba toda la compañía bajo constantes gritos de sargentos y tenientes. En cualquier caso, mi suerte era mejor que la de los demás.

Otra cosa distinta, era al caer la tarde, cuando el tiempo se detenía y la melancolía se apoderaba de mí. Tumbado en mi litera, tenía tiempo de pensar, de añorar, de escribir. Nuestro grupo ya no salía al hogar del soldado. Había demasiada gente y preferíamos que alguien, a suertes, fuese a buscar la bebida y alguna otra cosa para hacernos nuestra merienda particular dentro de la compañía.

Formábamos un rondo, en el que claro está, los más simpáticos y divertidos eran los andaluces, que siempre sacan humor de no sé dónde. Como fuese, pasaron los primeros quince días y sabíamos que ese fin de semana daban el primer pase para irnos a casa, de viernes tarde a

lunes a primera hora. Para Paco y para mí era bien poco, pues estábamos a ochocientos kilómetros de casa. Otros tenían más suerte.

-¡Eh, tíos nos vamos a casa! - exclamé.

-Sí, ya lo sé; parece como si hiciese un año - dijo Paco.

A las seis de la tarde del viernes, cogimos un autobús a la salida del campamento.

Era un grandioso aparcamiento, había más de cincuenta vehículos que iban para diferentes puntos de España. Todo estaba muy bien organizado, se notaba que no era la primera vez. Vaya "chollo" para la agencia de transporte que tenía la exclusiva.

El viaje fue pesadísimo, casi once horas duró el trayecto y sólo paramos una vez a media noche. A las cinco de la madrugada del sábado, llegaba a Valls, mi ciudad.

No quise despertar a mis padres y familia y decidí ir a dormir unas horas a casa de mi abuela, que enviudó hacía dos años y ahora vivía a temporadas con cada uno de los hijos. La casa estaba deshabitada y yo tenía una llave, pues guardábamos en ella una moto, bicicletas y algunas cosas. Así lo hice y sin desnudarme, porque no había mantas en la cama, dormí cuatro horas. A las nueve me dirigí a mi casa.

Aunque tenía llave, llame a la puerta, porque no quería sobresaltar a nadie; o quizás para que la entrada fuese más triunfal, no lo sé.

-¡Ángel!... - me besó mi madre -. ¡Mira Luis quien ha venido!

-¡Hola *tato*! - dijo mi hermano.

-¿Qué tal?, ya estoy aquí - contesté a todos.

Como era sábado mi padre no trabajaba y se encontraba también en casa. Saliendo del lavabo exclamó:

-¡Vaya soldados los de hoy en día! hace *cuatro* días que se fue y ya está en casa. Esto no es mili ni es nada. Yo en mis tiempos...

-Corte, corte el rollo - interrumpí -. A mi me ha parecido un siglo.

No es que a mi padre le disgustara mi llegada, pero él era así.

Después, saludé a mi abuela paterna, que también enviudó hacía cuatro años y vivía con nosotros en casa. Al no ser del todo bien aceptada por los demás hijos, mi padre cargaba con el "mochuelo".

Sobre las once de la mañana fui a ver a mi novia. Lo hice en autostop; como yo no tenía garaje, antes de irme, le di las llaves de mi coche a su madre para que me lo guardara en su casa.

Al poco tiempo de esperar en la carretera, pasó un vecino de Vila-rodona y me recogió. Antes de las doce, estaba delante de la casa de M^a Teresa.

Increíblemente no sabía cómo entrar. Me envalentoné y abrí la puerta de la calle. Era una casa antigua, de pueblo, de las que tenían una gran entrada con amplias escaleras para acceder al primer piso. Desde allí una ventana servía para ojear el portal.

-¡M^a Teresa! -. Grité, pues no había timbre -. ¡Ya estoy aquí!

Justo al llegar al último peldaño, allí estaba ella.

-¡Ángel, qué sorpresa!

Nos abrazamos. Jamás antes nos habíamos separado durante tantos días.

-¿Por qué no me has avisado de que venías? - preguntó.

-Te escribí una carta con la dirección del campamento y otra después donde te ponía que bajaba este fin de semana.

-Pues has llegado primero tú que la carta. Yo sólo tengo una postal de Zaragoza y la primera carta - dijo M^a Teresa.

-Bueno ya la recibirás. ¿Y tú que haces?

-Pues en este preciso momento, estaba en mi habitación escribiéndote - dijo ella.

-No la envíes, me la llevaré yo.

-¿Pero no la leas hasta que estés allí, vale? - propuso ella.

De acuerdo, ¿pero ya has puesto un cabello dentro del sobre como quedamos tú y yo? - pregunté riendo.

Ella no contestó, sólo asintió con la cabeza algo sonrojada. Estaba decidido a aprovechar el tiempo al máximo. Al día siguiente domingo, a las cinco de la tarde, debía coger de nuevo un autobús para poder estar en León el lunes a las siete de la mañana.

Por eso procuré estar todo el día junto a mi novia aunque fuese restándole tiempo a mi familia. Comimos en un restaurante chino y por la tarde fuimos a Tarragona al cine; no tanto por la película, sino por la oscura intimidad que eso no proporcionaba. Al salir comimos algo en una hamburguesería y regresamos al pueblo. Yo no me resistía a que acabase la noche, mi única noche; dos kilómetros antes de llegar paré el coche a la entrada de un camino, nervioso y temeroso a la vez.

-Me gustaría que nunca acabase esta noche – le dije sin mirarla.

-Ya. Pero es muy tarde Ángel... - contestó ella sin demasiada convicción.

-Diez minutos *chata*... sólo diez minutos – insistí yo -. Esperamos a que se acabe el “casette” y no vamos ¿vale?

-Bueno, diez minutos – respondió ella. Luego me besó.

Se paró la radio y el reloj, mientras empezó a latir amplificado mi tembloroso corazón. La luna se iluminó por momentos y nuestras pupilas se dilataron como dos gatos.

Ahora que estaba en casa, en mi ambiente, en el bar del pueblo, en los mismos lugares de siempre, parecía como si el tiempo no hubiese pasado. Esa sensación la tuve tantas veces como pude volver de permiso. Tanto si hacía dos semanas o dos meses, mientras estaba en el cuartel parecía toda una vida, pero de regreso a casa, a los cinco minutos era como si nada hubiese ocurrido.

El domingo M^a Teresa y yo fuimos a comer a mi casa para poder estar juntos hasta poco antes de marcharme.

Le pedí a su madre que nos acompañase a Valls, para que se llevase de vuelta mi coche. Nos dejó en casa de mis padres, para volver por la tarde a recoger a su hija.

-¿Quieres un poco más de ensaladilla rusa? - preguntó mi madre.

-No gracias - contestó M^a Teresa.

Mi novia, por aquel entonces era muy tímida y hablaba muy poco en mi casa.

El que no paraba de darle a la lengua era mi padre, explicando sus batallitas del pasado. Mi madre, riñendo constantemente a mi hermano Luis y mi hermana Carmen, de diecinueve años, siempre observando a mi novia, buscándole los defectos, supongo.

Mientras tanto en la televisión empezaba a sonar la melodía de "Verano Azul".

Tras la comida, M^a Teresa y yo intentamos escaparnos un par de veces a mi cuarto, para tener algo más de intimidad y podernos explicar algunas cosas. Y si se podía escapar un beso o una caricia, mucho mejor. De vez en cuando éramos interrumpidos por el "peque" de la casa.

No obstante pronto llegó la fatídica hora y otra vez la despedida. Allí estábamos mi novia y yo, y alguna lágrima de por medio.

El autobús, vomitando una espesa humareda blanca, inició la marcha, mientras nuestras manos tontas, iban de un lado a otro como niños y sus puchinelas.

-¡Hola Ángel! - Dijo Paco -. Otra vez a la guerra.

-¡Hola Paco! Ya ves...

-Es muy guapa tu novia.

-Sí, más que la tuya... que no tienes - le contesté.

-¿Y cómo has llegado tan tarde? Un poco más y te dejamos - Añadió.

De hecho era verdad, llegué con el tiempo justo para subir al autobús y arrancar. Y reconozco que lo provoqué, pues temía revivir de nuevo una larga espera en mi despedida. Me incomodaba esa situación de impotencia.

Si el viaje de ida fue pesado, teniendo en cuenta que venía a casa, el de regreso al campamento fue peor. A lo deprimente del viaje había que sumarle la paliza de "El carrusel" que sonaba por los altavoces del vehículo, retransmitiendo el partido de fútbol del domingo entre R. Madrid y R. Sociedad. Al final perdió el Madrid.

Las semanas siguientes fueron muy intensas en el campamento, había poco tiempo y la gente tenía que prepararse para la Jura de Bandera, que es todo un ceremonial. Todas las compañías querían ser las mejores o al menos así lo deseaban sus mandos.

En la mía, la nº 32, teníamos el famoso sargento "Picurri" que había estado en la marcha verde, cuando lo del Sahara. Era un ex-legionario con muy mala reputación, digamos lo que se llama un "chusquero". Yo no tuve muchos problemas con él, siempre estaba ensayando con la banda y juraría bandera con ella.

La banda se componía la mitad de veteranos y la otra mitad de reclutas, cada reemplazo impar.

Por otra parte, iba aumentando mi colección de cartas y con ello de cabellos, claro esta.

Nos escribíamos mucho, por aquel entonces mi novia no tenía teléfono. Para llamarnos teníamos que quedar de acuerdo en un día y hora y ella iba al locutorio público de su pueblo y entonces esperaba a que yo la llamase. Pero no siempre era fácil, además de las pocas cabinas del campamento que siempre estaban colapsadas, escaseaban las monedas de cambio allí dentro.

Para que me llamase ella, tenían que localizarme por megafonía y no siempre era posible. Del campamento solo podíamos salir los fines de semana para bajar a León capital, o bien, salir fuera del recinto hasta los "chigres". Era una especie de mini pueblo surgido a tal efecto, formado por chabolas de madera. Eran tiendas, bares de bocadillos y comidas rápidas, bares musicales y porque no decirlo, alguna casa de prostitutas más o menos disfrazada.

Era una gran feria al servicio del soldado. El olor a tortilla de patatas y vino impregnaba el lugar y de fondo, *Chichos*, *Chichos* y más *Chichos* a todas horas, era la música predilecta por excelencia. Hasta llegaron a gustarme.

Un día Paco, un segoviano de la bamba y yo, fuimos a visitar León. Entre los tres alquilamos un taxi.

-¿Qué, por dónde empezamos? - pregunté.

-Por la Catedral - sugirió el segoviano.

-¡Pero qué dices, tío! - protestó Paco -. ¿Una iglesia ahora? -. ¡Vamos al barrio húmedo!

Era una especie de barrio chino, con todo lo que eso comporta. Era el casco antiguo de la ciudad y como su nombre indica la humedad se podía notar. Los bares de alterne, se tocaban puerta con puerta y ni las caras que por allí circulaban, ni el lugar en general me acabó de gustar.

Más tarde visitamos la catedral y sus fantásticas vidrieras. Pero lo mejor de todo, fue la comida que nos dimos en un típico mesón castellano, no demasiado caro. ¡Dios, cómo comimos!

Acostumbrados a las comidas rápidas de los "chigres", aquello era pura dinamita. Cantidad y calidad, si acaso decir que la condimentación era muy fuerte, supongo que para aguantar el clima frío de Castilla. Fue mi primer contacto con la gastronomía autóctona. Las sopas te hacían resoplar como un dragón y los "chuletones" sobresalían un palmo del plato.

Al atardecer volvimos al campamento.

-¡Joder! Vaya boca que traigo - gruñó Paco.

-Eso es la pimienta - le contesté.

-Pues yo creo que voy a reventar - dijo el segoviano.

Lo cierto era que nos pasamos de la raya comiendo.

Faltaba escasamente una semana para la Jura, cuando decidí pasarme por la tienda de recuerdos a comprar algunos regalos para la familia. Lo más típico era la famosa muñeca vestida de soldado, con una cinta en bandolera, con inscripciones como: "A mi querida novia", "Con cariño de tu hijo", etc. etc. ¿Quién no ha comprado alguna en su Jura?

Compré una para mi novia, otra para mi madre y otra para la madre de Alfredo. Un amigo de la infancia con el que siempre me llevé muy bien, y ya que él no hizo el servicio militar y era hijo único, pensé que a su madre le gustaría. Recuerdo que me daba un poco de vergüenza hacerle ese regalo, pero lo hice, cosa que después me agradecieron muchísimo, tanto su madre como su abuela que vivía con ellos.

Alfredo siempre fue un chico tímido, muy reservado y un tanto especial. Pasamos buenos años juntos, los de pantalones *Lewis* y botas camperas, cuando con un *martini* blanco y un rubio americano nos creíamos los reyes del mundo. Las pequeñas fiestas psicodélicas en su habitación o en la mía, alucinando con temas de *Pink Floyd*.

Puedo recordar una fiesta en el día de San Juan, en la terraza de su casa, intentando bailar un pasodoble con su madre. ¡Pobre de mí!

Al acabar la jornada, la niebla extendió su manto por todo el campamento.

-¡No se puede ver un burro a dos metros! - exclamé.

Paco que estaba tumbado en su litera, haciendo crucigramas no contestó.

-¿Cómo puedes perder el tiempo con eso? - le reproché.

-Por eso lo llaman pasatiempos, ¿no? - contestó Paco.

-Chico, pues yo prefiero leer o escribir, pero jamás he hecho un crucigrama – le dije -

Hay tres cosas que nunca haré; dormir la siesta, hacer crucigramas y buscar setas. Para mí son... digamos que una forma de perder el tiempo - puntalicé mientras abría una carta.

-Cada uno lo pierde como quiere - replicó Paco.

-¡Eh mira que me dice mi novia! - exclamé -. Ella su madre y mis padres, vienen a verme para la Jura.

-Qué suerte la tuya colega, yo tengo varios hermanos, si hubiesen tenido que ir a todas las Juras... - contestó Paco justificándose.

-¡Silencio coño! ¡Hay gente que quiere dormir! - gritó alguien.

-Hasta mañana Paco – susurré.

-Hasta mañana, macho...

Ahora el campamento parecía muy diferente de cómo lo encontré el día de mi llegada. Entonces estaba casi vacío porque se había marchado el reemplazo anterior y sólo estaba habitado por unos pocos instructores y mandos militares. Acuartelados y nerviosos después del 23-F, el ambiente era tenso, y nosotros éramos los primeros reclutas que se incorporaban a filas tras aquel acontecimiento.

Un mes después, el campamento lucía sus mejores galas, para recibir a los invitados y familiares de los soldados en la Jura de Bandera del domingo. Ya estaban instaladas las gradas y tribunas en el patio de armas. Cintas y banderas colgaban por el recinto, y todo el personal ensayaba su papel en la función. Los de la banda de música parecíamos generales con nuestras manoplas de charol y unos cordones blancos desde el hombro hasta el cinturón. Todo estaba a punto.

Aquella mañana me desperté sobresaltado, quizás era la primera vez que no tenía que esperar el toque de diana. Estaba contento y nervioso a la vez, era el día de la Jura, hacía un sol radiante y venían a visitarme mi novia y mis padres. ¿Qué más se puede pedir?

Después de desayunar, todos fuimos a la compañía a vestarnos de “bonito”. Los botones e insignias resplandecían como nunca en los uniformes, mientras el olor a “Netol” y “Aladin mágico” empapaba todo el ambiente.

De pronto apareció el sargento “Picurri”.

-¡Vamos, deprisa niños, hoy seréis hombres! El que se equivoque al marcar el paso en la Jura, le arranco los cojones. ¡Esta compañía tiene que ser la mejor!

-¿Cuál es la mejor? - preguntó gritando aún más.

-¡La treinta y dos sargento! - contestamos todos al mismo tiempo.

Paco parecía no tenerlas todas.

-Este tío es capaz de jodernos el permiso. Y si se te cae el *cetme*, ¿qué hay que hacer?

-Tranquilo hombre, eso lo dice ahora pero seguro que después no se dará cuenta de las cagadas que podamos hacer - le contesté intentando animarle.

Teníamos tiempo libre para que cada uno pudiese ir a buscar a sus familiares, el que los tuviera claro, al cuerpo de guardia. Nos dejaron estar con ellos hasta media hora antes de que empezase la ceremonia.

Nervioso caminaba por el paseo central, a la sombra de grandes árboles a ambos lados, en dirección a la entrada principal. Pronto comencé a ver una gran multitud de gente y que curiosamente no iban vestidos de verde. Como una alfombra de colores alegraban la vista. Por fin, allí estaban. Pude distinguir claramente la figura de M^a Teresa, me pareció más alta que nunca. Con su abrigo de ante gris y el cabello hasta media espalda. A su lado su madre con un rubio recién teñido y detrás mis padres.

Apresuré mis últimos pasos.

-¡Hola Ángel! - dijo mi madre abrazándome.

-¡Qué tal Ángel! - añadió mi futura suegra.

-Bien, muy bien gracias - contesté a todos.

-¡Hola Pocholo! - dijo M^a Teresa.

Así me llamaba a veces mi novia. Por ella empecé los besos de rigor, mi padre fue el último, al que casi tuve que sacarle alguna palabra a la fuerza. Enseguida asumí mi papel de anfitrión y me sentí el amo del campamento. Les enseñaba todo lo que podía y prácticamente no les dejaba hablar. Realmente era feliz.

Aunque era el mes de Abril y estábamos en León, al mediodía el sol empezaba a picar de lo lindo. Todas las compañías formaron en el patio central. Yo, con la banda, estaba situado enfrente de ellos, dando la espalda a las gradas y al público. Mi familia casi podía tocarme con las manos.

Cuando acabó una dilatada misa de campaña y el coronel finalizó su estudiado discurso patriótico, más de cinco mil reclutas empezaron a besar la bandera. Por último los novatos de la banda dejamos el instrumento en el suelo y mientras el resto continuaba tocando, también juramos besando la bandera. Después empezó una serie de desfiles. Si uno se dejaba llevar por aquel ambiente, realmente era emotivo. Tengo que reconocer, que en aquel momento tenía la piel de gallina. Cuando todo acabó, lanzando las gorras al aire, mostramos nuestra alegría. Fuimos felicitados por los mandos, aunque supongo que deben hacerlo siempre. También nos dieron nuestros nuevos destinos para incorporarnos después del permiso de la Jura.

-¿Qué, dónde te ha tocado Paco? - pregunté.

-Cuartel de San Quintín, en Valladolid. ¿Y tú?

-Yo, un cuartel de artillería en Medina del Campo, provincia de Valladolid también.

-Bueno, al menos estaremos cerca - añadió Paco.

Me despedí de él, recogí mis cosas y salí fuera de la compañía donde me esperaba mi familia.

Fuimos a comer a León y por la tarde dimos un paseo cerca del río, hicimos algunas fotografías en un parque y les enseñé la catedral. Después, ya en la estación, compramos los billetes para el expreso de Barcelona, el "gallego" o el "catalán" que vulgarmente se llama, dependiendo de la estación de origen.

Paradójicamente, esta vez, el tren no me pareció tan tétrico, digamos que para mí, ahora el viaje era de placer y en buena compañía. Emprendimos la marcha sobre las nueve de la noche y estuvimos juntos en un compartimiento hasta las doce. Luego, alegando mi cansancio, propuse alquilar una litera. Mis padres y futura suegra no quisieron, pero nos animaron a que M^a Teresa y yo sí lo hiciésemos.

-¡Fenómeno! – pensé -. Así podríamos estar solos.

De hecho no fue así, pues normalmente el revisor del tren, separaba hombres y mujeres en compartimientos de literas diferentes. Sin embargo, aprovechando que el mío no estaba completo y que nadie dijo nada, permanecimos juntos hasta el amanecer.

Con la primera luz del día, salimos al pasillo.

-¡Eh, mira, estamos en Lérida! – exclamé contento.

-¿Tan pronto? - contestó M^a Teresa.

Fuimos al lavabo a despejarnos. Estuvimos tonteando un poco, yo estaba deseoso de caricias, pero ella, temerosa que pudiese entrar alguna persona, cortó rápido el juego. Después de un par de besos que me supieron a poco, fuimos en busca de mis padres y su madre.

-¡Buenos días! - dije al entrar.

-Buenos días. ¿Habéis dormido bien? - preguntó su madre.

-Regular... - contestó M^a Teresa -. ¿Pero y vosotros?

-Nos hemos tumbado un rato, no hemos podido dormir pero al menos sí descansar un poco - dijo su madre.

-Tu madre sí que ha dormido - dijo mi padre -. Porque la he oído roncar.

-¡Mentiroso! Yo no ronco - se apresuró a negar mi madre.

Por fin, a las nueve y media de la mañana llegábamos a casa.

Aquella semana de permiso intenté aprovecharla a tope. Con mi corte de pelo a lo "marine" me paseaba orgulloso por el pueblo, como si prácticamente hubiese acabado la mili. No sabía lo que me esperaba.

Todos los días acompañaba a mi novia al trabajo y después, a la salida, iba a buscarla. Permanecíamos juntos hasta las diez que la dejaba en su casa. También fueron unos días de cierto descontrol, me tomaba tres o cuatro "cubatas" diarios, y volvía tardísimo a casa. Cuando no era un amigo era otro. Siempre alguien invitaba.

El sábado por la noche no quisimos ir a su casa ni a la mía y M^a Teresa y yo tuvimos una romántica cena en un restaurante del "Serrallo", un barrio de pescadores en Tarragona. Brindamos con un buen vino y aunque a mí no es que me guste demasiado, no faltó el pescado.

Pero sin quererlo, llegó de nuevo el domingo y con él una nueva despedida.

Esta vez, después de la ensaladilla rusa, de la serie *Verano Azul* y de los besos a escondidas en mi cuarto, nos acompañó mi padre a la estación, porque a parte del petate, llevaba otra bolsa de mano.

En esta ocasión no viajaría en autobús, sino en el *Talgo* de Madrid y después un expreso hasta Medina.

-¡Ding, Dong...! Tren *Talgo* procedente de Barcelona...!"
-¡Dios! Cuántas veces he maldecido esa musiquilla de fondo.
Con un nudo en la garganta cerré la puerta del tren, mientras otra vez quedaban en el andén las manos tontas, moviéndose de izquierda a derecha.
-¡Adiós, Pocholo! - leí en sus labios.
-¡Adiós, Cariño! - pensé yo.

Capítulo III

R.A.C.A. - 47

Pude leer: Estación de *Chamartín*. Era grandiosa, el sonido de los altavoces resonaba en el vestíbulo y moría en mis tímpanos. Eran las diez de la noche y a esa hora empezaban a verse mendigos y algún que otro emigrante de color tumbado en los asientos, buscando así refugio. Una pareja de policías se desvivían llamándoles al orden. Más al fondo había un gran grupo de excursionistas que parecían extranjeros, formando un círculo, comían y bebían mientras uno tocaba la guitarra.

Yo por mi parte, debía esperar cuatro horas hasta coger un nuevo tren hacia Medina del Campo. Como nunca antes había estado en Madrid, no me atreví a salir más allá de un par de

calles alrededor de la estación. Entré en una pequeña cantina para comer algo, pensé que sería más barato que en el restaurante de *Chamartín*.

A las dos y media salió el expreso, procuré buscar un compartimiento vacío para poder ir más cómodo. El tren no iba demasiado lleno y no tuve mayores problemas.

Debió ser al cabo de una hora cuando se hizo la primera parada. Yo estaba sentado con los pies apoyados en el asiento de delante y la cabeza recostada contra el cristal de la ventana. Casi medio dormido pude ver la estación de Segovia. Eran las cuatro y media de la madrugada cuando llegué a Medina. En la oscuridad de la noche, sobresalía la gran humareda blanca de una fundición cercana. El primer sonido que escuché en Medina, y que después me sería tan familiar, fue el "cling, cling, cling..." de la campana de un paso a nivel con barrera que cerraba la carretera de Olmedo a la entrada de la población.

Apenas había gente por las calles a esas horas y yo necesitaba preguntar la localización exacta del cuartel. Más adelante pude ver un camión del servicio de recogida de basura y le pregunté a uno de los operarios. Siguiendo sus indicaciones llegué a la puerta del cuartel. Había algunos reclutas que también esperaban, por lo que me sentí algo reconfortado; al menos no estaba solo.

Poco a poco fueron llegando más sonámbulos vestidos de verde. Esperamos al toque de diana para que nos dejaran entrar. Éramos una cincuentena de reclutas, fácilmente reconocibles, pues nosotros íbamos vestidos de uniforme de paseo y los veteranos del lugar con ropa de trabajo.

-¡Vamos "guris", pasar al Hotel! - decía sarcástico un veterano.

-¡Carne fresca! - añadía otro.

-¿Guris? - pensé.

En León éramos *chivos*, aquí seríamos "guris". Lo malo del asunto era que en el campamento había mayoría de novatos y aquí éramos minoría, por lo que me temía las clásicas novatadas.

La jerarquía del soldado era como sigue: "guris", padres, abuelos y bisabuelos. Pasabas de un escalafón a otro conforme llegaba un reemplazo nuevo.

El cuartel se componía básicamente de un gran patio central, de forma cuadrangular con un monolito en el centro, que sostenía un gran reloj. El patio lo cerraban cuatro edificios alargados de dos plantas. Por la parte de la puerta principal, estaba ubicado el cuerpo de guardia, las oficinas, enfermería y bares de oficiales y suboficiales. Justo enfrente, los lavabos, cocina, comedores y encima la Plana Mayor de Grupo y la 2ª batería. A la derecha, los hangares de vehículos y talleres, batería de servicios y el economato. A la izquierda teníamos la cantina, la capilla y encima la Sala de Banda, 1ª batería y la Administrativa. En total no más de cuatrocientos soldados. Era el cuartel de Artillería R.A.C.A. - 47. ("Regimiento de Artillería de campaña a nº 47"). Por tanto aquí las compañías se llamaban baterías.

Sobre la puerta principal, grabado en grandes letras, podía leerse: "Marques de la Ensenada" y célebre " Todo por la Patria".

-¡Vaya nombre para un marqués! - me dije.

Nos reunieron a todos los novatos en la cantina y nos hicieron rellenar unos impresos donde se pedía los datos personales, los estudios y oficios realizados. Lógicamente buscaban así cubrir diferentes vacantes como: camareros, carpinteros, mecánicos, etc. Yo puse delineante. Pronto tendríamos una gran sorpresa.

Algunos veteranos empezaron a increparnos.

-¡Malditos "guris"!, todavía no han llegado y ya se marchan para casa. - dijo uno.

-¡Sí, todos los maricones tienen suerte! - añadió otro.

Aquellas palabras ofendieron a un compañero que se lanzó al cuello del veterano.

No debió hacerlo, pues fue arrestado por un sargento y lo peor de todo, en el futuro los veteranos le dieron la espalda y pasó los primeros meses muy "puteado".

En un principio no dimos crédito a la noticia, pero cada vez el rumor cobraba más fuerza. Al final, entró un teniente y se confirmó la sorpresa. Nos dijo que por problemas de presupuesto en cocina y unos cambios de infraestructura a realizar, podíamos marcharnos a casa cinco días; todo el puente de Semana Santa.

¡Increíble!. Habíamos estado cinco horas en el cuartel y ya nos daban permiso.

Aunque bien mirado, también era para indignarse, porque el viaje de ida y vuelta suponía un gasto inútil y seguramente nos hubiesen podido avisar a nuestras casas y alargar el permiso de la Jura. Pero, como a nadie le amarga un dulce, todos marchamos excepto dos canarios, por motivos de distancia obviamente.

Tuve el tiempo justo para coger un tren para Venta de Baños y allí enlazar con un electrotrén hacia Barcelona vía Burgos. Mientras ojeaba una revista musical, pensaba la sorpresa que se iba a llevar mi novia. Era para creer que había desertado.

Al llegar a mi casa, la alegría de mi madre fue notable. Pero también lo fueron los comentarios irónicos de mi padre.

-¡Vaya por Dios, con el soldadito! Qué ¿te han expulsado del ejército? - dijo mi padre partiéndose de risa.

-No, es que no tienen dinero para darnos de comer - contesté.

-¿Qué no tienen dinero? Ja, ja, ja ... Alguien lo encontrará después.

Sin esperar a ver a mi hermano que se encontraba en el colegio y mi hermana que estaba trabajando, salí como un rayo hacia Vila-rodona.

Sin llamar a la puerta entré en casa de mi novia.

-¡Sorpresa, sorpresa...! -. ¿Hay alguien? - insistí.

-¡Ángel! ¿Qué haces aquí? ¿Qué ha pasado? - preguntó M^a Teresa abrazándome.

-¡He desertado! - dije seriamente.

-¿Pero qué dices...? - contestó incrédula.

-No mujer, es una broma.

Luego le expliqué el verdadero motivo.

De repente entró su padre que regresaba del campo, pues él era agricultor.

-¡Hombre! ¿Qué haces otra vez aquí? - dijo atónito.

Le saludé y de nuevo más explicaciones.

Aquella noche, M^a Teresa y yo, para celebrarlo fuimos a cenar a un restaurante típico de esos de carne a la brasa. De regreso aparcamos el coche delante de *El Centre*, el viejo bar del pueblo, pero no entramos. Nos quedamos largo rato escuchando música, mientras hacíamos grandes planes para el futuro.

Cinco días, que intenté vivir como si fuesen los últimos de mi vida, pero aun así, pasaron inexorablemente rápido. De nuevo allí estábamos M^a Teresa y yo, esperando el *Talgo* de las cuatro y veinte. A base de despedidas, uno se acostumbra y se hace fuerte. Por eso quizás, esa vez no hubo lágrimas, aunque no menos pena.

Durante el viaje comencé a leer un libro que ella me prestó, "Holocausto". Era muy interesante, trataba del drama judío en la Alemania nazi. Prácticamente sólo levantaba cabeza cuando el tren paraba en alguna estación, Lérida, Monzón, Zaragoza, etc.

Como la vez anterior, al llegar a Madrid, tuve que vagabundear cuatro horas por *Chamartín*. Después de contar mil veces las baldosas del vestíbulo, subí al expreso de Medina. Mi mala suerte hizo que fuera a parar a un compartimiento repleto de gamberros. En un primer

momento los confundí por excursionistas, pero apenas llevaban equipaje y cuando me di cuenta, estaba sentado dentro. Era evidente que los cuatro se encontraban borrachos o drogados. Hicieron un par de "graffitis" en la pared y arrancaron de cuajo un reposa cabezas. Pronto empezaron a reírse de mi vestimenta.

-¡Eh, mira este, va vestido de romano! - dijo uno.

Todos rieron como locos.

-¡Déjame la gorra tío! -. Intentó cogerla uno de ellos. Tras guardármela en un bolsillo de la bolsa que tenía bajo mis pies, los miré a la cara pero no dije nada. El corazón me iba a cien. Decidí esperar a ver si la cosa no pasaba a más. Yo no deseaba meterme en ningún lío y menos con cuatro.

Como militar debía andar con cuidado. Pensé en levantarme y marcharme, pero hubiese sido peor, pues se crecerían aún más. Intenté ignorarlos centrándome en la lectura de mi libro. Dos de ellos salieron fuera y al rato ya la estaban "liando" allí al lado.

Golpes en la pared, empujones, gritos e insultos se oyeron claramente. Los dos que faltaban se unieron a la fiesta. Se escuchó romperse un cristal, mientras una señora corría gritando por el pasillo, en busca del revisor. El cuarteto de gamberros encontró su víctima en la persona de un marroquí, del que se burlaron llegando incluso a las manos. Un señor mayor y dos mujeres, intentaban poner paz sin conseguirlo. El revisor tampoco consiguió bajarles los humos del todo, por lo que debió dar parte a la policía ya que al llegar a la estación de Segovia subió una pareja de agentes, que por fin se llevaron a los cuatro indeseables. No se me fue el susto hasta llegar a Medina.

El primer día en el cuartel fue bastante movido. Nos distribuyeron en diferentes baterías. A mí me destinaron a la banda de música, pues ya venía recomendado del campamento. Y como destino técnico, inicialmente en la Plana Mayor de Grupo, en el F.D.C. "Centro direccional de fuego", adjunto a un equipo de topografía.

Por la noche llegaron las temidas novatadas. Los veteranos nos hicieron simular una Jura de Bandera, con un calcetín sucio y usado. También, alguno que otro, cayó de su cama esa noche. Yo tuve suerte, sólo me despertaron un par de veces, quizás porque no protesté. A uno que si lo hizo, le metieron desnudo en la ducha y con agua fría. Y por supuesto, durante varios días todos los bisabuelos fumaron gratis.

Al día siguiente cuando apenas llevaba diez minutos de instrucción:

-¡Izquierda, izquierda, izquierda, derecha, izquierda!...

-¡Alto!

Llegó un soldado *ordenanza* y tras decirle algo al sargento, éste se dirigió a nosotros.

-¡Santos!, Ángel Santos. ¡Qué salga de la formación!

Dios mío, era yo, creí fundirme.

-Preséntate al comandante Llorente – me dijo el sargento.

Si no hubiese sido por la holgura de los pantalones de faena, todo el mundo hubiera podido ver el temblor de mis piernas. Mientras seguía los pasos del soldado *ordenanza* hacia las oficinas, le pregunté:

-¿Sabes lo que quiere de mí?

-¡Yo no sé nada "gurí"! -. Tras una pausa, añadió: - A lo mejor te fusilan.

Llegamos al despacho del comandante y después de presentarse el *ordenanza*, me hizo entrar.

-¿Da usted su permiso? Se presenta el soldado Ángel Santos - dije con voz temblorosa.

-Pasa, muchacho pasa - invitó el comandante -. Tengo entendido que eres delineante ¿no?

-Sí mi comandante.

-Está a punto de licenciarse el dibujante de la 3ª Sección de oficinas, en Mayoría. ¿Te interesa suplirlo?

-Yo...sí, pero estoy en la banda de música y... - contesté dudando.

-Si es por eso tranquilo, ya hablaré yo con el subteniente Felipe - dijo el comandante.

Y así fue, dejé mi destino en el F.D.C. y entré como delineante. Aunque la guerra entre el comandante Llorente, y el subteniente Felipe, duró toda la mili. En la práctica nunca dejé la banda, iba de un sitio para otro excusándome como podía cuando faltaba a uno de los dos lugares. Pero eso me sirvió para librarme de casi todo. Cuando no era la oficina, era la banda o viceversa, pero la verdad es que nunca más hice instrucción ni gimnasia y me saltaba la mitad de las formaciones.

Realmente como delineante, sólo hice los croquis de una futura granja para el aprovisionamiento del cuartel, que nunca supe si se construyó o no. El resto del tiempo más bien hacía de dibujante artístico, realizando dibujos de insignias militares, escudos del Regimiento, pasando a limpio esquemas y diagramas e incluso listas de precios para el bar de oficiales. Un poco de todo.

Cuando había maniobras, en lugar de marchar con la tropa, yo junto con un escribiente y los conductores oficiales, íbamos con los mandos. Todo un privilegio.

Apenas llevaba dos semanas en el cuartel, cuando sucedió algo que me hizo pensar en las historias de la mili que explicaba mi padre. Fue la primera vez que fui testigo de cómo un superior pegaba a un soldado y con cierta contundencia por cierto.

Sentado en mi mesa de dibujo, a través de la ventana de la oficina, podía ver cada mañana cómo, en el patio de armas, los artilleros hacían prácticas enganchando los obuses de los 105 m/m. a los camiones y simulando posiciones de tiro.

De repente algo debió hacer mal un pobre chico, pues aunque el cristal de la ventana era doble, casi pude escuchar el retronar de las dos bofetadas que recibió el muy desgraciado. El sargento movía los brazos como un loco. Yo quedé estupefacto. No pude concentrarme en el trabajo en todo el día.

A pesar de que tenía varias caras conocidas del campamento en León, realmente no intimé con nadie hasta que llegó el siguiente reemplazo. No obstante, cierto día salí de paseo con un chico de Medina, que era “volunta”. Los voluntarios hacían más mili, pero con la ventaja de que estaban en su pueblo y podían irse a dormir a su casa. José Gago se llamaba y su novia Pili, una chica que parecía mucho más joven que él. Sus padres tenían un pequeño bar en una barriada de Medina.

Así fue como tuve mi primer contacto con gente foránea al cuartel. Poco a poco fui conociendo a todo un grupo de amigos; Gago, Pili, Eduardo, Mila, Ana, Aurora y otros que me presentarían. Sinceramente esto me animó y motivó, para desear salir fuera de aquellas cuatro paredes y no quedarme siempre en la cantina engullendo cervezas de litro, entre cabezas rapadas o escuchando fanfarronadas de algún “bisabuelo” borracho.

Por fin llegó un buen día para mí. Cuando nos llevaron a prácticas de tiro; un trámite por el que todo el personal, tuviera el destino que tuviese, tenía que pasar. Se supone que todos debíamos saber disparar.

Yo, no es que sea muy guerrero, pero todo lo bélico me gusta. De niño disfrutaba con los “cómic” de “Hazañas Bélicas” y las películas de guerra me apasionan. Nos dieron un casco que parecía el usado por los alemanes en la Segunda Guerra Mundial y nos llevaron al campo de tiro. Después de recordarnos hasta la saciedad las instrucciones de seguridad, repartieron la munición. En turnos de quince, tumbados en el suelo, disparábamos a unas dianas, primero tiro a tiro y

después a ráfagas. Casi todos cerrábamos los ojos al disparar y alguno cayó al suelo cuando intentamos hacerlo de pie, el retroceso del arma era considerable.

A mi lado, un chico que apenas podía con el casco, se ganó un par de caricias en el codo por tal motivo.

-¡Gilipollas! ¡Qué! ¿Disparando a los pájaros? - gritó un teniente.

-¡Veinte flexiones, haber si coges fuerzas para aguantar el *cetme*! - añadió colérico.

Durante la noche, me dolió bastante el hombro, por efecto del retroceso y la falta de costumbre.

El tiempo pasaba y ya hacía casi un mes que estaba fuera de casa. Cada mañana, antes de ir a comer, se repetía el mismo ritual. Toda la batería detrás del furrier, mientras éste cantaba los nombres y repartía el correo. Yo, más o menos, cada cuatro días recibía carta. A veces se retrasaban y me llegaban dos de golpe.

Cierto día, tras guardar el cabello de rigor, bajaba las escaleras leyendo mi carta, haciendo tiempo hasta la formación de *fajina*. O sea, ir a comer.

Fue allí donde pude observar a un chico que, sentado en un banco de piedra cara al sol, con una carta en las manos lloraba como un niño. Me impresionó mucho ver a todo un hombre, con bigote, la cara curtida, de unos veinticuatro años y que llorase de aquella forma.

-¿Malas noticias, alguna desgracia? - le pregunté.

-No nada... - contestó limpiándose los ojos.

-¿Y pues? - insistí.

-Es mi mujer... - dijo con acento andaluz.

Era el típico campesino de cortijo de no sé que pueblo en la provincia de Almería, que jamás había salido de su entorno y además estaba casado. Aunque retrasó su incorporación a filas, al final no pudo librarse. Llevaba cuatro meses de mili y no lo soportaba. No fue hasta dos meses después, cuando nació su hijo, que lo rebajaron de todo servicio y se marchó para su casa. Era la primera vez que veía llorar a un compañero y que no fuese de una bofetada. Al mes y medio llegaron los nuevos "guris". Yo ya era *padre*. Fue entonces cuando conocí a Juan, con quien a la postre compartiría muchas horas e hice una verdadera amistad.

Alto, delgado, algo rubio y muy simpático. Juan era de un pueblecito de Tarragona. Como cualquier "gurí", pronto empezó a preguntar e indagar si había alguien de Tarragona o cercanías. Supongo que por un instinto de protección. Poder encontrar algún veterano que siendo de tu tierra, pudiese hacer alguna vez de ángel de la guarda.

Así es como llegó a mí. Él hubiera preferido que yo fuese bisabuelo, pero tuvo que conformarse.

-¿Me han dicho que tú eres de Tarragona? - preguntó decidido.

-No, de Valls concretamente, ¿Por qué "gurí"? - respondí.

-¡Ah, de Valls! Yo voy a la discoteca *Chrysalis* cada domingo. ¿Qué casualidad, no? - dijo eufórico.

-Pues sí, encontrarse aquí es toda una casualidad. - contesté mientras observé su nariz un tanto aguileña.

-Me llamo Juan, Juan Gatell, y soy de Conesa.

-¿Conesa? No lo conozco - dije yo.

-Sí bueno, es que es un pueblo muy pequeño. Esta cerca de Sarrià - dijo Juan intentando darme pistas.

-¡Sarrià! Sí, sí lo conozco - respondí.

-¿Oye y por qué hablamos en castellano, tú hablas catalán no? - me preguntó.

-Sí lo hablé.

Desde aquel momento, siempre entre nosotros, hablábamos en catalán.

Sonó el toque de corneta anunciando formación.

-Hay que irse gu... -.Ya nunca más le llamé "gurí".

-Sí, pero podemos vernos después en la cantina. Te invito a una cerveza - propuso Juan.

-¡De acuerdo! - contesté mientras me alejaba.

-¡Eh! ¿Cómo te llamas? - gritó.

-¡Ángel! - respondí casi desde el centro del patio.

Fue el principio de una gran amistad. Juan y yo, aunque estábamos en diferentes baterías, él en la 1ª y yo en la Plana Mayor, siempre nos buscábamos en cualquier momento libre y alternábamos las grandes meriendas mano a mano, con las salidas de paseo por Medina. Pronto conoció las amistades que yo había hecho anteriormente y rápidamente se integró al grupo como uno más.

A veces íbamos al cine, otras a la discoteca *Status*. Entre semana no se pagaba entrada, sólo las consumiciones y los fines de semana las chicas tampoco pagaban. Todo un detalle.

Para Junio llegaron las primeras maniobras, en Monte la Reina, Zamora.

El convoy avanzaba por la carretera general, separados a una distancia prudencial unos vehículos de otros. En cada camión iban doce soldados y una pieza del 105 m/m. remolcada. Yo viajaba mucho más cómodo pues, un escribiente de Mallorca y yo, íbamos en el camión de material del grupo de mando, por lo que teníamos bastante espacio para nosotros.

Además lucíamos orgullosos nuestros brazaletes blancos, distintivo que significaba que no formábamos parte de la tropa en las maniobras. Y menos mal, porque con lo torpe que soy para eso, sólo al llegar y bajarme del camión ya me accidenté. Estaba a punto de saltar por la trampilla trasera del vehículo cuando el conductor, pensando que ya había bajado, aceleró repentinamente, por lo que caí de espaldas al suelo. Mi casco rodó como una pelota, aunque el *cetme* lo mantuve en todo momento aferrado a mí. Seguramente eso me salvó de un arresto.

El golpe en el trasero fue bastante fuerte y quedé inmóvil por unos instantes. En un principio el teniente se asustó, pensando que pudiera tratarse de una lesión grave de columna. Por suerte no fue nada, pero estuve rebajado dos días en un improvisado campamento de tiendas de campaña, donde sólo quedábamos cuatro gatos hasta el atardecer, momento en que regresaba la tropa de las maniobras y el lugar recobraba su máxima actividad. Un generador producía electricidad para la hora de la cena, y el remolque de un camión hacía de improvisado bar.

Eran esos momentos los que Juan y yo aprovechábamos para estar juntos y charlar. Él me explicaba las aventuras y peripecias que había vivido durante el día, siempre un poco exageradas.

Durante esos dos días, tuve mucho tiempo para pensar y a parte de hacerme alguna fotografía en la puerta de mi tienda, pasaba muchas horas escribiendo cartas a mi novia. Incluso en un momento de inspiración y melancolía, me atreví a escribir un poema o algo parecido.

"Hoy escribo por no gritar,
por lanzar al viento,
por no llorar quizás
las ansias que siento.

Te escribo, te lo debo,
las palabras son pocas
y no expresan del todo
mi anhelo, mi sueño.

Porque no existe
pedestal tan alto
que se digne a tu cuerpo,
donde subirte y escuches
mi ¡Te Quiero!
Porque hoy mi corazón
te habla y te lo entrego,
te escribo hoy, por eso.

Porque a lo bello
se le canta;
tú, más bonita que la flor
de fina porcelana y frágil cristal
te mereces,
el mejor canto de los cantos,
el de un alma enamorada.

Te escribo hoy,
por eso,
porque tu nombre
me sabe a balada
y mis ojos
añoran tu mirada,
tu presencia.

Por todo eso,
mi amor,
te escribe hoy
un alma desgarrada".

A finales de semana, creo que era un viernes, el convoy militar emprendió la marcha de regreso al cuartel. Ahora iba en un *Land Rover*, al lado del conductor. Pasado Tordesillas, encaramos la última recta, de varios kilómetros por cierto. Al fondo se podía distinguir la altiva silueta del Castillo de la Mota. Su torre se levantaba majestuosa por encima del resto de edificios.

Medina del Campo es una ciudad de unos veinte mil habitantes y es un importante nudo ferroviario. Estratégicamente situada a unos cuarenta kilómetros de Valladolid y a no más de cien de las provincias de Palencia, Zamora, Salamanca, Ávila y Segovia. A su paso se encuentra la nacional VI que va de Madrid a La Coruña. Tiene una bonita plaza Mayor, la Colegiata y el mencionado Castillo de la Mota.

Medina fue una importante ciudad en época de los Reyes Católicos, contaba con un gran mercado de ganado y era un reconocido centro de comercio. No en vano en esta ciudad, se imprimió la primera letra de cambio.

Sus gentes son amables y muy abiertas, viven al máximo sus fiestas populares tanto por sus cuantiosos bares, como cines y discotecas. Yo diría que los hay en mayor número que en

cualquier otra ciudad. Y a diferencia de éstas, sus habitantes están totalmente identificados con los militares y orgullosos de su cuartel, pues de alguna forma da vida a la zona.

Cuando llegamos al cuartel, nuestra preocupación era saber si tendríamos tiempo de descargar todo el material y poder salir de paseo, ya que casi eran las seis de la tarde. Aquel día, Juan y yo no salimos, pero tuvimos tiempo de ir a la cantina a comer y beber; más beber que comer. Después de una semana de incomodidades, estábamos deseosos de pegarnos una pequeña fiesta.

La mesa estaba repleta de latas de atún vacías, trozos de chorizo y queso, mientras que los "orinales" de cerveza se amontonaban a un lado. Esa noche, fuimos bastante "tocados" a la formación de *retreta*.

Al día siguiente tenía una descomposición en el cuerpo que me duró tres días.

Por aquel entonces, hacía ya dos meses que no iba a mi casa. Aunque librábamos servicio muchos fines de semana, dependiendo del oficial de guardia y semana que había, teníamos que estar de vuelta al cuartel el lunes a diana, por lo que prácticamente no tenía tiempo para hacer el viaje. Es por eso que muchas veces, Juan y yo, salíamos de fin de semana, pero en lugar de ir a casa, nos quedábamos en una pensión. Se llamaba: "pensión Medina". Era humilde, regentada por una familia con la que hicimos gran amistad, sobre todo con la abuela, una simpática anciana que vestía de negro de pies a cabeza.

Sus inquilinos eran básicamente trabajadores, pero a nosotros siempre nos trataron como a hijos. Pagábamos lo que podíamos y cuando nos venía bien. Una excepción era el teléfono, que naturalmente estaba un poco más controlado.

El matrimonio tenía dos hijas, Juan llegó a tener una cierta relación con una de ellas, pero por respeto a sus padres nunca pudo afrontarlo como una simple aventura. Por lo que la situación tenía que ser estable, cosa que no fructificó, o bien quedar como amigos que fue lo más acertado por su parte.

Los fines de semana que no teníamos *pase* para marcharnos, la hora de paseo era a las doce del mediodía, en lugar de las seis de la tarde como el resto de los días. Por lo que realmente, también podíamos aprovecharlos al máximo. No obstante, si uno de nosotros dos tenía algún servicio, el otro también se quedaba en el cuartel y al menos nos veíamos en la cantina. Si no era así, a las doce ya estábamos en la calle.

Primero íbamos al bar *Geli*, a tomarnos unos cuellos rebozados y unos huevos rellenos, con uno o dos "claretes".

El *Geli* era un bar militar por excelencia, siempre estaba lleno de soldados, ya que tenía buenos precios. Por doscientas pesetas podías comer un plato combinado a base de carne, huevos y patatas fritas, con un vaso de vino. Después, normalmente íbamos al bar de Pili, donde jugábamos unas partidas de fútbol. Allí conocimos al hermano de Pili y Ana, su amiga, que vivía enfrente.

-Mira Ana, te presento a estos dos chicos - dijo Pili -. Son catalanes.

-¡Hola! - contestó Ana tímidamente.

Estaba sentada en el portal de su casa, se la veía joven, muy joven, no tendría más de diecisiete años, el cabello negro y los ojos algo achinados.

-¡Qué tal! Yo soy Ángel.

-Y yo Juan.

-Catalanes y muy buena gente - añadió yo.

Todos reímos.

Pili nos preguntó por su novio Gago.

-¿Sabéis si sale hoy?

-No sé, "Los voluntas" salen antes, pero yo no le he visto - contestó Juan.

Más tarde, acostumbrábamos a ir a la *Rinconada*, que era una taberna situada en un sótano y que tenía televisión con pantalla gigante, por lo que podíamos ver el musical *Aplauso* como si de un cine se tratase. Además hacían unas croquetas que te chupabas los dedos.

De esta forma, hacíamos tiempo hasta la hora de ir al cine o a la discoteca *Status*, donde nos reuníamos con toda la pandilla. Así pasaron un par de semanas más.

La música resonaba en el suelo enmoquetado de tal manera, que un cosquilleo te subía por los pies hasta la base del estómago. Luego los "flashes" intermitentes se encargaban de que deambulases medio ciego, con el vaso en la mano, como el que busca algo perdido.

La discoteca se empezó a llenar de uniformes verdes, la mayoría invadían la pista central, retorciendo sus cuerpos descamisados, al compás de un tema de *Robert Plant*.

Juan, empleaba todas sus artimañas de "pijo", sentado en un sofá, hablando con la hija de la pensión.

Él, con un *cubata* en una mano y un cigarro en la otra y su peculiar forma de hablar y moverse, estaba como un pez en el agua. Yo me encontraba apoyado en la barra, cuando se me acercó Ana. Estuvimos hablando un buen rato.

-¿Sabes lo que más me gusta de ti, Ángel? - dijo Ana.

-¿Qué? - contesté intrigado.

-Que eres un chico al que se le puede hablar de todo, parece saber un poco de esto, de aquello...

-¿Yo, de qué? - pregunté.

-No sé, hablas tan bien... de política, de música...Yo estaba acostumbrada a otros militares que sólo dicen tonterías, vacilándote todo el tiempo y al final sólo quieren llevarte al huerto.

-Oye, pues tú para tener diecisiete años, no te chupas el dedo - le contesté.

-¡Casi dieciocho, majo! - me rectificó.

-¿Sabes lo que pasa? Que los catalanes somos más serios pero... más interesantes - dije con cierta intriga y rompiendo después a reír.

-Sí, sí, no te rías, eso mismo creo yo - respondió ella.

En ese momento llegaron Pili y Gago.

Esa conversación me dejó pensativo. Aquella noche antes de dormir reflexioné un rato:

-Esa chica se ha "quedado" conmigo o me trata de pardillo.

Y me prometí a mí mismo que desde ese momento la trataría de una forma más superficial y vulgar; cosa que al final no hice.

Durante dos meses realicé el curso para cabo y aunque falté a la mitad de clases, porque cuando no era por la oficina, era por la banda, pude aprobar el examen, quedando entre los diez primeros, por lo que automáticamente pasé también a realizar el curso para Cabo 1º.

Orgulloso andaba yo con mis nuevos galones; pero lo que más me costó, fue coser las franjas rojas en las mangas de mi chaqueta. Más adelante, en mi casa, mi madre lo haría mucho mejor.

Más tarde ascendería a cabo 1º, por lo que los galones deberían ser amarillos, pero no llegué a ponérmelos nunca pues renuncié al cargo, ya que si no lo hacía, debía dejar la banda de música. De la banda sólo pueden formar parte subtenientes o brigadas y cabos. También hubiese tenido que hacer servicios de suboficial, cosa que no me interesaba. Para mí, la banda era un "escaqueo"; por lo que, a pesar de las reticencias del comandante, pude quedarme solamente

como cabo "turuta". Ahora, además del tambor, empezaba a tocar la corneta. Juan, por su parte, realizó el curso de conductor de camión y conducía un "REO".

Un sábado, Juan tenía servicio y debía llevar el remolque de la basura a un vertedero a las afueras de Medina, en la carretera de Navas del Rey. Yo, siguiendo la costumbre me quedé en el cuartel, le cambié el servicio a un compañero para hacer de *escolta* y así poder acompañarlo.

Recogí un cargador del cuerpo de guardia y nos pusimos en marcha. La munición había que retornarla, a menos que se tuviera que utilizar por un motivo justificado. Pero normalmente todos teníamos alguna bala extraída de un cierto mercado negro existente en el cuartel. Por ello una vez en el vertedero, cargué el *cetme* con mis balas y aluciné como un energúmeno, disparando a los restos de una nevera, a no más de cincuenta metros.

Cerca de allí se encontraban unos indigentes, buscando alguna cosa de provecho para vender a peso. Al escuchar los disparos, salieron corriendo como si la vida les fuese en ello. Juan y yo todavía nos reímos ahora.

Trabajo tuve después en limpiar el cañón del arma, para que cuando pasara revista, no hubiese carbonilla y delatase mi irresponsable acción, pues eso me hubiera supuesto un buen "paquete".

En otra de las ocasiones en las que fuimos a vaciar la basura, Juan, en una maniobra poco ortodoxa, rompió el enganche del volquete. Tras remolcarlo con ayuda de cuerdas y alambres, una vez en el cuartel, trabajamos toda la tarde intentando soldarlo en el taller mecánico. Tuvimos suerte y no se notó demasiado. Un buen susto aquel.

Los días iban pasando y yo marcaba círculos rojos en un calendario colgado en la pared de mi oficina. Faltaban pocos días para el permiso de verano, de hecho, el primer turno ya se había marchado. Lo malo del asunto era, que en época de escasez de personal, todo el mundo, hasta los de la batería administrativa, realizaba guardias, de lo que normalmente se estaba rebajado y exento. Yo, al día siguiente tuve cabo de guardia, aunque peor era hacerlas de soldado.

Hasta la fecha, únicamente había realizado cuatro guardias como artillero y recuerdo que era muy pesado estar dos horas en una garita. Durante el día, se soportaba mejor, distraído viendo pasar a la gente por la calle. Pero de madrugada y si te tocaba un puesto de la parte trasera, se hacía insostenible. El silencio de la noche, era roto sólo por el canto de algún grillo y el tintineo de la campana del paso a nivel con barrera, que a lo lejos, anunciaba el paso de algún tren.

En esos momentos de soledad, de miedo, de aburrimiento y de sueño contenido, es cuando uno repasa mentalmente media vida y los proyectos de futuro, casi pueden tocarse con la mano.

Por fin el permiso. Quince días; toda una vida.

Me apresuré a sacar todas mis cosas de la taquilla y a prepararme la bolsa. Mientras, el cuartelero "el guapo" que así lo llamábamos porque su apellido era Hermoso, me miraba con cara de gran pena.

Era gitano, de la Mina de Barcelona y aunque era un "mangui", con nosotros que éramos sus compañeros, nunca hubo problemas; éramos sus "colegas". Siempre andaba con el "loro", un radio portátil para entendernos, colgado a la oreja. Sólo le faltaba ser negro. La única diferencia era que, en vez de música "rap", él escuchaba rumbas de los *Chichos* y los *Chunguitos*.

-¡Joder, tronco! Qué suerte tienes, te vas a casa - dijo el guapo.

-Tranquilo hombre, también te tocará a ti - contesté.

-Qué va tío, estoy "pringao", el sargento me quitó el permiso - dijo tristemente.

-¿Qué hiciste?

-¡Nada! Llegué un poco borracho a retreta y el muy cabrón... – añadió lanzando el cigarro violentamente contra el suelo.

-¿Y si hablaras con el capitán, no...? - intenté animarlo.

-Ya veremos, luego iré a llorarle un poco, haber si tengo suerte.

A la salida del cuartel, tuve que esperar a Juan, ya que en la revista para cruzar el cuerpo de guardia, lo echaron para atrás porque iba mal afeitado. Tuvo que volver a su batería y hacerlo de nuevo para poder salir.

En el viaje hacía Madrid, fuimos tranquilos, el sol me daba en el cogote e incluso hicimos una cabezadita.

Pero de Madrid a Zaragoza la cosa cambió. Era un expreso nocturno, nos acomodamos en un compartimiento con unos militares gallegos, que no recuerdo de donde venían ni a donde iban. Pero madre mía, la que se formó allí dentro. Fue una orgía alcohólica en toda regla. Sacaron botellas de ginebra que mezclaban con latas de coca-cola, compradas en el mismo tren. Uno de ellos, no paraba de hacer viajes en busca de latas. ¡Cómo bebía aquella gente! También pasó algún "porro" por mis narices en más de una ocasión. Juan y yo fuimos de los que menos bebimos, pero aun así la cogimos buena.

De madrugada, vomitamos un par de veces en el lavabo del tren, pero ellos estaban peor. Tumbados en el suelo, parecían muñecos totalmente desenchajados. No pudimos ni despedirnos de ellos.

Bien entrado el día llegué a Valls, después de despedirme de Juan, me dirigí a mi casa.

Durante el permiso, varias veces pensé en ir hasta Conesa a visitarle, pero por un motivo u otro, lo cierto es que no volvimos a vernos hasta la vuelta.

Aquellos días, prácticamente nunca estaba en mi casa; mi madre se quejaba y con razón.

-Estás de permiso, y no hay quien te vea el pelo. Cuando no duermes estás fuera.

-Es que tengo que aprovechar el tiempo - le contesté.

-Tampoco has ido a ver a tus tíos.

-Ya iré mañana... seguro - respondí.

Mi nuevo horario consistía en levantarme a las doce e ir a buscar a mi hermano al colegio, no lo hacía por obligación, sino porque me gustaba hacerlo. Después comía cualquier cosa y desaparecía hasta las tantas de la noche. Mi madre, siempre tenía la precaución de dejarme la cena preparada en la mesa, antes de irse a dormir.

Prácticamente, el día lo pasaba en Vila-rodona con mi novia. Acompañándola al trabajo, esperándola a la salida y cuando no trabajaba, íbamos a la playa. Ella tenía una obsesión desmesurada por estar morena.

También algún día iba a ensayar con mi grupo. Hacía dos años que tocaba la guitarra eléctrica con los "Rockambole", formado por gente de Valls y Tarragona. Fuimos invitados por un grupo local que se llamaba "Géminis", para tocar con ellos en una actuación que tenían prevista para la semana próxima en un local del pueblo.

Años después, algunos de los componentes de Géminis y yo, formaríamos el grupo "Spray". Con este grupo llegamos a realizar numerosas actuaciones por toda la provincia y fuimos muy queridos en el pueblo y comarca.

Estaba algo nervioso, era mi segunda actuación en público, y mi novia y medio pueblo estarían allí mirándome.

Detrás del escenario, en el camerino, se encontraba "Jambo" el otro guitarrista del grupo, practicando con el amplificador desconectado.

-Jambo, pásame el afinador - le dije.

Ni se inmutó.

-¡Eh tío, el afinador! - repetí crispado.

-¡No me grites! - contestó acercándolo.

-Recuerda... el punteo, dos compases y acaba el tema ¿Vale? - le dije nervioso.

-Sí hombre sí, ya me acuerdo.

A diferencia de mí, él parecía no ponerse nervioso nunca, era tranquilo y hablaba poco.

-¡Vosotros, ir preparándose que los Géminis ya están acabando! - dijo alguien desde la puerta.

Minutos después estaba en el escenario, con los pies que parecían no tocarme al suelo y las manos sudorosas. Había bastante gente, aunque desde el escenario con el resplandor de los focos, no podía ver nada.

Sonó la primera nota y ya todos los nervios quedaron atrás. La actuación fue bien, al menos eso creía entonces, hoy con la perspectiva de músico que he ido adquiriendo, supongo que debió ser mediocre. Como fuese, disfruté días después mirando las fotos. Allí estaba yo, con una camiseta blanca muy apretada, mordiéndome el labio inferior, rodeado de luces de colores.

El sábado M^a Teresa y yo, como de costumbre, salimos a cenar fuera. Siempre inventábamos excusas para no hacerlo en su casa. Yo iba a buscarla a su casa muy a menudo, pero quedarme a comer o cenar era otra historia.

Nunca me encontré demasiado a gusto en su casa, y no porque me trataran mal, si no más bien era un problema mío. Cierta timidez quizás; me sentía cohibido y claustrofóbico allí dentro. Por eso íbamos a mi casa o salíamos fuera. Los padres de M^a Teresa, en más de una ocasión, llegaron a enfadarse por mi actitud.

Y como todo pasa, el permiso se acabó.

M^a Teresa y yo, sentados en un banco de la estación esperábamos el ya habitual *Talgo* de Madrid.

-Mira nena, ¿sabes qué haré un día cuando acabe la mili? - dije con la vista perdida en el horizonte.

-¿Qué? - preguntó.

-Un día vendré a la estación a escuchar el odioso “ding, dong” de los altavoces, anunciando la llegada del tren y me sentaré aquí a verlo pasar, sólo por darme el gustazo de no tener que subirme en el - dije con satisfacción.

-De acuerdo, lo haremos – contestó.

Al momento llegó Juan. Le presenté a M^a Teresa justo cuando el tren hacía su entrada. No hubo tiempo para más.

Tras los besos y saludos subimos al *Talgo*; en esta ocasión mi marcha, al ir acompañado, se me hizo más llevadera.

-¿Pero qué traes aquí, Juan? - le pregunté.

-No lo ves, una guitarra.

-¿Sabes tocar?

-Sólo un poco, pero como en mi batería hay varios andaluces, seguro que tendremos juerga. Es ya sin guitarra y siempre están cantando - dijo riendo.

El instrumento acabó en mis manos, quité la funda de tela de cuadros y sentados en el suelo, entre dos vagones, pasamos varias horas cantando como colegiales. Recuerdo que hicimos, con ritmo de rock, una versión muy “sui géneris” del himno de artillería.

-" Artilleros, artilleros, marchemos siempre unidos..."

Aquella canción, sonaría varias veces después en la cantina del cuartel, acabando la pobre guitarra empapada de cerveza.

Cuando llegué a mi batería, encontré un mal ambiente; no tardé en enterarme. Había desaparecido una calculadora científica del grupo de topografía. Durante los días posteriores, al acabar la jornada, el capitán nos formaba en el patio y tras tenernos casi una hora de pie, nos repetía:

-¡Señores! Hasta que no aparezca la calculadora, queda toda la batería arrestada, sin paseo y sin poder ir a la cantina. Además, cortaran la hierba de la pista americana, hasta la hora de *retreta*.

-¡Sargento! Distribuya picos, palas y rastrillos - ordenó.

La calculadora, que seguramente debió extraviarse en algún ejercicio práctico o de maniobras, jamás apareció.

Después de cuatro días de arresto, el tema se solucionó descontándonos a todos la paga del mes para comprar una nueva.

Nuestra venganza fue terrible, después de tantos días de abstinencia, Juan y yo fuimos a la cantina y batimos el récord. Comimos y bebimos más que nunca, si es que eso era posible.

Otra de las preocupaciones que surgió entonces, y que abarcaba un campo mucho más amplio, era el tema del aceite de colza. Los telediarios de la televisión, no cesaban de bombardear, día tras día, con nuevos casos de intoxicación, de lo que inicialmente se llamó *neumonía atípica*. Si bien afectó a varias zonas de España, la preocupación en Valladolid y Salamanca era máxima, ya que los primeros casos se dieron allí y también en mayor cuantía. Se informó que era aceite desnaturalizado y que se vendió de forma ambulante; también se rumoreaba que un cuartel se vio afectado. Yo, realmente llegué a preocuparme, era fácil pensar que en un cuartel, por lo grande y complejo del mismo, se comprase aceite en grandes cantidades y a granel, y no en botellas de litro en el supermercado de enfrente. Por lo que estuve varios días sin comer nada frito y evitando el aceite a toda costa. Lógicamente con el tiempo se me fue la manía.

Uno de tantos sábados, Juan y yo, fuimos a comer al restaurante *K.Mangas*. Éste era un poco más caro, pero de vez en cuando me gustaba comer bien. Yo siempre pedía escalope de

ternera; estaba de miedo. Desde entonces tantas veces como he estado en Medina, siempre he comido escalope en el *K.Mangas*.

Cuando acabamos de comer, animados por el vino y alguna copa de licor, nos decidimos a ir a la pensión y vestirnos de paisano. Estaba totalmente prohibido, si te cogía la Policía Militar andabas listo.

Sólo unos pocos temerarios se atrevían a hacerlo por la calle, otros tan sólo dentro de la discoteca, cambiándose en los servicios, pero volviéndose a vestir de militar para salir a la calle. Era muy fácil reconocer a un militar simplemente por el corte de pelo, lo cual era un riesgo.

Nosotros, jamás lo habíamos hecho, pero aquel día...

Juan y yo, salimos de la pensión como dos astronautas en la luna. Nos dirigimos calle Padilla dirección paseo Versalles. Parecíamos fugitivos mirando a un lado y a otro de la calle, teniendo la sensación de que todo el mundo nos miraba. Llevábamos el paso tan acelerado que nadie nos hubiese podido seguir.

-¡Tío, no corras tanto! - grité.

-¡Si no corro! - contestó Juan - ¿No es aquel que se acerca el brigada Ramírez?

-¡Qué va tío, estás cagado!

-Es que tengo el corazón que me va a cien por hora - dijo Juan.

-¡Toma y yo!

Fuimos a la *mejillonera* a tomar alguna cosa, antes de ir a la discoteca. Tenía tortícolis de tanto mirar a los lados.

Al rato, llegaron Ana y Mila acompañadas de una nueva amiga, Aurora que era de Zamora y que ahora vivía en Medina.

-¡Eh chicos, vaya cambio! - dijo Mila acercándose -. Estáis desconocidos.

-No grites tanto que se va a enterar todo el mundo - le recriminó Juan.

-¿Pero qué pasa?

-Si nos ven los de la P.M., nos meten un paquete - contesté yo.

-Bueno, os presento a Aurora - dijo Ana -. Aurora, éstos son Juan y Ángel.

Nos dio un beso en la mejilla y después surgió el tema de siempre, el de Cataluña y los catalanes. No había manera de que pudiesen entender el hecho de que pudiéramos hablar otra lengua distinta al castellano. Cada vez que se nos escapaba una palabra en catalán, volvían a la carga. Menos mal que nosotros ya estábamos acostumbrados.

Ya en la discoteca, Juan se "enrollo" con Aurora, hacía unos días que había acabado su corta relación con la hija de la pensión. Mila, bailaba en la pista, y como ya era habitual, Ana se quedó conmigo.

Yo gustaba de su presencia, pero a la vez tenía un cierto sentimiento de culpabilidad. Necesitaba decírselo; decirle que yo tenía novia.

Ella me hablaba, pero yo aunque de vez en cuando la miraba, realmente no la escuchaba, estaba inmerso en mi pensamiento. No sabía cómo decírselo; sutilmente como el que no quiere la cosa y sacar el tema, o bien ir directamente al grano.

Al fin me decidí, fui claro y conciso y no anduve con rodeos.

-Ana, tengo novia - dije seriamente.

-¿Cómo dices?

La música estaba muy fuerte y me acerqué a su oído.

-Digo, que tengo novia - repetí.

Ella me miró fijamente a los ojos.

-Lo suponía ¿Y?...

-Pues eso, que... - no sabía cómo continuar.

-Somos amigos y hemos bailado un par de veces, pero no voy a comerte. ¿Acaso no quieres que hablemos más?

-No al contrario, sólo quería que lo supieses - le contesté desconcertado.

-Ya... tranquilo - respondió ella.

Durante aquella tarde hablamos poco y estuvimos tensos. Más adelante, supe por Aurora y Mila, que a pesar de disimularlo, Ana quedó algo sorprendida.

Lo que no puedo negar, es que entre todas las amistades, Ana fue con quien más me relacioné y sentía un afecto especial.

Juan, como no tenía novia que le esperase, pudo dedicarse más al tema y llegó a salir una buena temporada con Aurora. Pili continuaba con Gago, que ahora era Cabo 1º. No obstante, un día tuvieron una típica pelea de novios.

Ella en un momento dado, y un poco embriagada, llegó a buscarme las cosquillas. Después de explicarme media vida, me propuso salir juntos. Estaba claro que lo hizo por rabia y para darle celos a Gago.

Yo no caí en la trampa y tras aceptar un baile con ella, puse *pies en polvorosa*. De lo contrario, aquello hubiera supuesto el final de mi amistad con Gago y con Pili también seguramente.

Días después, las aguas volvieron a su cauce y recibí las excusas de la pobre chica.

Por otra parte decir, que Juan y yo, jamás volveríamos a vestirnos de paisano, después del miedo que pasamos la primera vez. Ahora con el uniforme de verano, tampoco se estaba tan mal. Sin la incómoda chaqueta y solamente en mangas de camisa.

Los domingos por la tarde, yo seguía fiel a mi cita, que era llamar por teléfono a mi novia. Siempre a la misma hora, Mª Teresa iba al locutorio del pueblo y esperaba mi llamada. Era curioso, por carta nos contábamos mil cosas y por teléfono, a veces no sabíamos que decirnos, era como si alguien estuviera escuchándonos. Y para colmo, las monedas caían a ritmo frenético.

-¡Adiós *pocholo*, te quiero!

-¡Adiós *chata* ! -.Tu-tu-tu-tu... se cortó.

Luego cabizbajo, normalmente me dirigía a Status, a reunirme con Juan y el resto de amigos hasta la hora en que, por los altavoces, empezaba a sonar la melodía de los "pajaritos"; Señal inequívoca de que era el momento de marcharse de la disco, pasarse por un bar, comprar un bocadillo de "bonito" y salir pitando para el cuartel, para llegar jadeando justo a *retreta*.

Cierto día, al llegar por la noche, un rumor corría como la pólvora entre la formación. Resulta que para cenar, habían servido además de lo habitual, dos huevos fritos más y ración extra de fruta. Yo, normalmente no cenaba en el cuartel, por lo que tenía que creer lo que me decían. Según los más veteranos, ese hecho, significaba algo. A medianoche habría "general".

Esto era, un toque de alarma general de combate. Sin previo aviso, todo el personal debía vestirse a la carrera, coger las armas, camiones, obuses etc., y normalmente salir del cuartel hasta un punto determinado. En teoría, excepto unos pocos, ni los propios mandos debían saberlo, por lo que eran avisados urgentemente en sus domicilios, si no estaban de servicio.

Y como la veteranía es un grado, efectivamente esa noche, sobre las tres de la madrugada, hubo "general". La mayoría ya dormíamos vestidos y con todo el correaje puesto para ganar tiempo. Antes de que acabase el toque de corneta ya estábamos en pie y en formación.

-¡Cuartelero, rápido abre el armero! - bramaba el sargento.

-¡A la orden mi sargento!

El cuartelero se esforzaba en abrir, probando todas las llaves sin encontrar la adecuada.

-¡Rápido inútil! - le increpó.

Una vez abierto, las armas corrieron de mano en mano a velocidad de vértigo. Alguna cayó al suelo y el sargento volvió a enloquecer.

En apenas cinco minutos todas las baterías formaron en el patio.

Aunque era verano, a esas horas corría una fresca brisa que despejaba la cara.

Las piezas del 105 m/m. fueron enganchadas a sus camiones y todo el mundo se apresuró a subir, mientras algún casco rodó por el suelo.

Mi obligación, en caso de emergencia, era coger el *subfusil* y dirigirme a las oficinas y con el resto de administrativos, defender el puesto de un hipotético ataque enemigo. Me acomodé contra la ventana, viendo salir todo aquel rosario de vehículos, dirección carretera de Peñaranda. Al cabo de una hora ya estaban de regreso. Qué estupidez pensé. Lo de la cena extra, tenía su lógica; era necesario que el personal tuviese energía para realizar ejercicio a medianoche. Seguramente el que no cenó, el desayuno debió saberle a poco. Al día siguiente, Juan y yo, comentábamos la jugada.

-Qué, ¿cómo te fue ayer? - pregunté.

-¡Vaya, tontería! Fuimos con los camiones a un descampado, a unos seis kilómetros de aquí, montamos todas las piezas en posición de tiro y esperamos. Cuando al comandante le dio la gana, otra vez para casa - dijo Juan con desinterés -. ¿Y tú?

-Yo menos aún, fui a la oficina y a esperar que todo acabase.

-¡Joder! Espero que no toquen muchas de estas "generalas" - añadió.

-Según dicen los bisabuelos, como máximo, tocan dos en toda la mili - dije yo.

Agosto tocaba a su fin y toda Medina se preparaba para las fiestas de *San Antolín*. Se respiraba en el ambiente la proximidad del festejo. Ocho días de fiesta ininterrumpida la primera semana de Septiembre.

En casi todas las calles había alguna peña, es decir; grupos de jóvenes, que durante un tiempo preparaban y decoraban un local, bautizándolo después con algún nombre estrafalario y donde durante las fiestas se servía limonada gratis. Hay que aclarar que allí llaman limonada lo que en otros lugares se conoce como sangría. Bebida a base de vino, licor y limón.

Todo ello, daba como resultado que uno podía pasearse de peña en peña y al final coger una "turca" como un piano sin gastarse un duro.

Los militares, como era tradición, también tenían su peña. A lo largo de una semana estuvimos preparando un local en una calle contigua al cuartel. Yo ayudé a un chico madrileño, que pintaba a las mil maravillas, a dibujar en una de las paredes, el famoso castillo de la Mota. Era en blanco y negro, de unos tres metros de ancho por uno de alto. Quedó precioso.

Durante las fiestas, a días alternos, se celebraban los "encierros" de toros. Más o menos al estilo de los *San Fermín* en Pamplona. También había actuaciones musicales a diario. Es asombroso ver como todo un pueblo se vuelca en sus fiestas, viviéndolas a tope y durante ocho largos días.

En el cuartel, durante esa semana, nos dieron paseo antes de lo normal y podíamos regresar a *retreta* una hora más tarde, sobre las once.

Algo que me impresionó, fue la actitud de nuestros mandos. Lo diferentes que podían resultar cuando estaban en la peña, bebiendo y riendo como uno más, de la imagen disciplinada que daban en el cuartel.

Recuerdo al sargento Peinado, que así se llamaba, invitándome a beber y obligándome a tratarle de "tú", mientras que yo, cada vez se me escapaba y lo llamaba de usted. Cómo cambiaría días después en el cuartel.

Creo que fue al tercer día, que hubo una actuación musical en la plaza Mayor.

Estábamos toda la pandilla, Pili y Gago, Mila, Inés y su novio, Aurora, Ana, Pascual, un chico de Gijón, Juan y yo. Después de haber recorrido media Medina de peña en peña, la limonada empezó a hacer de las suyas. En un momento de la actuación, me puse un pañuelo en la cabeza, como si fuese una anciana, y me subí al escenario y delante de aquel gentío impresionante, empecé a bailar de forma cómica. Todavía no me explico cómo no me vio algún P.M. o mando militar y que no me "emplumase" por hacer el payaso vestido de uniforme. Quizás me vieron y se hicieron los locos, a fin de cuentas era *San Antolín*.

Al día siguiente, en el bar de Pili, cuando todos me recordaban lo sucedido, pasé tanta vergüenza que deseé me tragase la tierra. El introvertido catalán empezaba a castellanizarse.

Capítulo IV

HOSPITAL MILITAR

Pasadas las fiestas, ocurrió algo que trastocó todos mis planes. Desde hacía varias semanas, me estaba gestionando un permiso extra, si todo salía como yo esperaba. Resulta que mi futuro suegro no tenía hijos varones y alegando que él padecía un proceso de lumbalgia y no podía conducir el tractor, yo pedí a mi capitán permiso para irme a casa y ayudarle en la época de la vendimia. Incluso mi novia, se encargó de pedir un escrito en el ayuntamiento justificando la veracidad del asunto, firmado por la secretaria y el alcalde del pueblo.

Aquel papel surgió efecto y ya tenía la promesa del capitán para irme a mi casa, si bien todavía no me concretó cuántos días. Pero para mi desgracia, un miércoles empecé a sentirme mal y con décimas de fiebre. Yo sabía que como cabo que era, tenía pase de fin de semana ese viernes. El permiso también estaba previsto para la semana próxima.

El jueves tenía mucha más fiebre y me encontraba peor, pero sabía que si iba a la enfermería, me rebajarían de servicio pero a la vez quedaría ingresado allí hasta que estuviera curado. Por lo cual, perdería el fin de semana y si la cosa se alargaba hasta el permiso. Por tanto decidí aguantar como fuese, a base de calmantes, hasta el viernes y en vez de quedarme en Medina, irme para Valls y si reventaba que fuera en mi casa.

Como cada viernes al mediodía hubo "sabatina", que es una pequeña ceremonia militar con desfile y revista general. Tras lo cual, los que tenían pase podían marcharse. Yo estaba completamente "grogui", la cabeza me ardía, me tomé dos aspirinas para la fiebre y allí estaba firme en la formación, haciendo ver que tocaba la corneta, cuando en realidad ni tan siquiera soplabla la boquilla. El acto me pareció eterno esta vez, pero al final acabó.

Juan también tenía pase. Nos encontramos en el cuerpo de guardia. Como salimos un poco antes de lo habitual, decidimos ir a Valladolid y regresar a casa en autocar, en lugar de ir a Madrid y viajar en tren. De esta forma ganábamos tiempo y podíamos llegar esa misma noche.

A las dos horas, sin comer, tome otro calmante. Sobre las dos de la tarde salíamos de la plaza *Circular*, en el centro de Valladolid. Apenas cruzamos el paseo *Zorrilla* cuando me acomodé contra el cristal de la ventanilla y así me quedé durante horas, hasta que se hizo la primera parada ya en la autopista.

Juan, casi a la fuerza, me obligó a bajar y tomar algo.

Teníamos media hora para ir al servicio o comer alguna cosa en aquel restaurante de la carretera.

-¿Cómo te encuentras? - se interesó Juan.

-Fatal, me estoy muriendo - exageré yo.

-¿Tan mal estás?

-Me duele todo tío, creo que tengo una gripe como una casa - le contesté.

-Tómate algo caliente, te sentirás mejor.

Sólo tomé un café y otra aspirina. Regresé a mi asiento y no moví un dedo hasta llegar a mi casa.

Mi novia y su madre, con mi coche, me esperaban a la salida de la autopista. Yo había llamado desde Valladolid anunciando la llegada. Cuando me vieron se asustaron por lo pálido de mi aspecto y no me dejaron conducir. Lo hizo ella hasta Vila-rodona. Eran casi las doce y sin apenas quedarme un minuto y prometiendo verlos al día siguiente, cosa que dudaba, me fui como pude a *Valls*. Su madre insistió en llevarme, pero yo preferí quedarme con el coche.

Al día siguiente ya no pude levantarme de la cama. Me visitó el médico y me diagnosticó principio de pulmonía. Me recetó unos antibióticos muy fuertes, dos inyecciones diarias que hubiesen matado a un caballo.

M^a Teresa estuvo tanto el sábado como el domingo a mi lado haciéndome compañía. Yo con cuarenta de fiebre casi deliraba y curiosamente cuanto más fiebre tenía más cariñoso me mostraba con ella. Cosas de la temperatura, supongo.

El lunes a primera hora, llamé por teléfono al cuartel. Hablé con el oficial de guardia quien me puso con mi capitán y tras explicarle mi estado, me dio permiso para quedarme en casa hasta el jueves, no sin antes recordarme, que a mi regreso llevase un justificante médico.

Llegó el jueves y el médico me dijo que la cosa iba para días, por lo que decidí volver a llamar a mi capitán. Todavía recuerdo la cara de perplejidad de mi madre, al escucharme hablar de aquella forma por teléfono.

-Sí mi capitán, a sus órdenes mi capitán, con su permiso mi capitán...

Me cuadraba con el teléfono en mano delante del espejo del recibidor de mi casa.

El capitán esta vez se lavó las manos; me dijo que no podía quedarme más días, que en caso de enfermedad de larga duración, las ordenanzas me obligaban a ir al hospital militar más cercano. Yo le pregunté dónde y cómo debía ir, pero él me contestó que no me preocupase, que se encargarían de todo.

Efectivamente así fue, esa misma tarde vino a buscarme una ambulancia militar del cuartel de Tarragona, donde me llevaron. Dentro de la desgracia estaba contento, pues si hubiese caído enfermo en Medina, me correspondía ir a un hospital de Valladolid, donde estaría solo y sin compañía. En cambio ahora, estaría cerca de casa y la familia podría visitarme cada día.

Tras ser examinado por el médico del cuartel de Tarragona, fui conducido por la misma ambulancia, al hospital militar de Barcelona. Para mi desgracia no lo había en Tarragona.

No obstante, cada dos días me visitaba mi novia y también mis padres cuando podían. Estuve dieciséis días ingresado. Pero curiosamente no fue tanto por la pulmonía, que al final se quedó en un aviso, sino por las llagas producidas por la medicación tan fuerte a que fui sometido. Me afectaron las partes más sensibles del cuerpo, sobre todo labios y testículos, que ofrecían muy mal aspecto.

El hospital, visto desde fuera, parecía una prisión. Un muro rodeaba todo el recinto por donde sobresalían los edificios que formaban los diferentes módulos o galerías. La entrada estaba vigilada por dos P.M. y detrás se encontraba el cuerpo de guardia. Una vez dentro, una gran calle central como eje principal con jardines a ambos lados. De allí surgían otras calles secundarias hasta cada módulo. Era bastante antiguo y el ambiente que se respiraba era triste y deprimente. De vez en cuando podía verse algún transeúnte en pijama, paseando por los jardines. Todo en su conjunto me recordaba un balneario de principios de siglo o una institución para deficientes mentales.

Cada módulo tenía una gran sala central, con habitaciones para seis pacientes a ambos lados, y al final un gran comedor donde, los que podían valerse por sí mismos, comían y cenaban servidos por amables monjas. También existía una sala de estar con un televisor en blanco y negro y algún juego de cartas. Eso era todo.

Me costó dos días acostumbrarme al lugar. Esperaba con ansias las visitas de mi novia o mis padres. Entre tanto sólo cabía esperar las horas de comer o dormir. Sin embargo, por las tardes todo el mundo parecía ponerse de acuerdo. Alguno dibujaba, pero la mayoría escribían, la nostalgia recorría los pasillos como un fantasma en vilo.

Yo, una de esas tardes, escribí algo refiriéndome a los días que me faltaban de mili.

"Ciento cincuenta dagas,
ciento cincuenta;
fraguadas, de la más fuerte
y dura aleación,
tristeza y abnegación.

Ciento cincuenta dagas
clavadas a mi espalda
¡largas!
Largas como un día,
ciento cincuenta dagas
que hacen
lenta y dolorosa
mi agonía.

Más tanto y tal suplicio,
no han podido del todo
hacerme desfallecer
la chispa de vida,
de esperanza
que lucha por prevalecer.

Tan sólo fuerzas
tiene mi ser,
para arrancarme
una daga cada día.
Qué penosa y penitente
la mía;
¡Daga por día!
Dios Santo,
¿Tantos días me han de doler?

Mi estado depresivo fue en aumento cuando me cambiaron de sala, dejé el pabellón correspondiente al aparato respiratorio e ingresé en traumatología.

¡Santo Dios! Lo mío no era nada comparado con lo que allí había. Todos los accidentados de la cuarta Región Militar estaban allí presentes. Me colocaron junto a un pobre desgraciado que no podía moverse de la cama, prácticamente era una momia viviente. Estaba vendado de pies

a cabeza, una granada de fragmentación le estalló casi en las manos; ambas le fueron amputadas. Luego conocí a Javier, un chico de Vitoria destinado en Tremp y que perdió una pierna arrollado por un vehículo pesado durante unas maniobras. Desde mi habitación podía escuchar perfectamente el traqueteo de su muleta, aumentado por el eco del pasillo. Era como si realizase prácticas, siempre caminando arriba y abajo. Si hubiese estado más tiempo allí, me vuelvo loco.

Finalmente fui trasladado a una sala más decente; afectados de hernias, apendicitis y cosas por el estilo. Al menos no era tan deprimente. El único momento negro para mí, era cuando tenían que hacerme las curas de las llagas. Tuve mi guerra particular con una enfermera rubia de unos cuarenta años que, durante dos días, intentó sin éxito que me bajase los pantalones para que me limpiase la herida. Yo sentía mucha vergüenza y no me dejaba de ninguna de las maneras.

Llegó a amenazarme con dar parte al comandante en jefe del hospital, pero al final optó por explicarme cómo debía hacerlo y lo dejó en mis manos.

-Mira chico, aquí tienes el agua, las gasas y la pomada. ¡Que te aproveche! - dijo la rubia. Esa tarde sobre las cuatro llegaron M^a Teresa y su hermana.

-¡Hola Pocholo! - dijo ella besándome.

-¡Hola chata! ¿Qué tal Gloria? - saludé yo.

Rápidamente las acompañé a la sala de visitas, pues allí dos chicas tan jóvenes eran objeto de numerosas miradas, cosa que no me gustó.

-¿Cómo habéis venido?

-En tren - contestó Gloria.

-¿Y cómo has arreglado lo del trabajo M^a Teresa? - le pregunté.

-He cogido un día de vacaciones, las pediré así en días sueltos para venir a verte y dejaré alguno para la vendimia.

-¿Y tú Gloria?

-Yo hasta Octubre no empiezo las clases – respondió la hermana.

-¿Cómo te encuentras? me preguntó M^a Teresa.

-Bien, me han cambiado dos veces de planta. Lo de la pulmonía no ha sido nada, son las secuelas que me han quedado lo más incómodo y lo que me tiene aquí. Cada día vienen a curarme las llagas, pero yo no me dejo.

Cuando supieron el motivo rieron como locas, aunque estoy seguro que a mi novia le gustó que fuera así. De hecho, aquellos días apenas podía andar, si no era con un pie allí y otro en Valladolid. Parecía una partera a punto de parir.

Aprovechando un momento en que su hermana no dejó a solas, M^a Teresa quiso saber más.

-¿Te duele mucho?

-Más que doler, es una incomodidad - respondí.

-¿Me lo enseñas? - dijo riendo.

No sé si lo dijo en serio o no, pero yo naturalmente no accedí. No quería enseñarle mis genitales en aquel lamentable estado; a carne viva, con tanta pomada encima que podía cortarse el olor.

A las siete terminaba la hora de visitas, y de nuevo la tristeza llamaba a mi puerta. La cosa cambió un poco en días sucesivos, cuando pude salir a pasear por los jardines y recibir las visitas casi en la puerta principal. El tiempo acompañaba y me encontré algo más optimista.

Durante mi estancia en el hospital, no intimé con nadie ya que mis compañeros de habitación cambiaron constantemente. Las dos semanas se me hicieron más largas que en el cuartel, pero con la ventaja de las visitas. Mis padres sólo vinieron dos veces, pues al no tener permiso de conducir ninguno de ellos, tenían problemas de combinación.

Por fin, un viernes me dieron el alta médica. Los papeles que me entregaron, decían que me incorporase de nuevo a mi unidad con la máxima brevedad, pero no indicaba ninguna fecha en concreto. Por lo que, por mi cuenta y riesgo, me fui para mi casa ese fin de semana, pensando que si a mi llegada el lunes tenía problemas, siempre podría alegar dificultades de reserva o combinación de transporte. Era estúpido salir del hospital e ir directo al cuartel estando tan cerca de mi casa, pensé. Por suerte, no tuve ningún problema al llegar a Medina.

Al no haber estado un mínimo de un mes ingresado, no tenía derecho a quince días de permiso de convalecencia a cargo del comandante del hospital. Pero una vez en mi cuartel, tuve que ir al botiquín y presentarme al teniente médico. Yo confiaba con una semana de rebaje de servicio pero nada más. Sin embargo, aprovechando que todavía eran visibles las llagas, ya que no estaban cerradas del todo, exageré al máximo y caminaba como un pato. Por el patio, en la batería, en el botiquín, etc. Un día y medio me costó la comedia.

Igual que el día anterior fui a visitarme al botiquín.

-¡Cabo, váyase usted para su casa y ponga los "cojoncitos" en remojo! - dijo el teniente.

Yo me quedé de piedra.

-¿Cómo dice mi teniente? - pregunté perplejo.

-Sí hombre, dígame a su capitán que le de permiso una semana por orden médica, yo lo firmo. No quiero que su novia nos venga después con reclamaciones - continuó sarcástico el teniente.

No me lo repitió dos veces, me costó trabajo cruzar todo el patio disimulando todavía mi dificultad para caminar, no fuera que alguien me observase desde la ventana.

Dos horas después me encontraba en la calle. Como tenía bastante tiempo de permiso por delante, no me fui para mi casa directamente. Preferí quedarme esa tarde en Medina y poder saludar a mis amigos, que desde antes de la enfermedad, no los había visto.

Esperé a Juan a la salida de paseo.

-¡Qué suerte tienes maricón! - dijo él.

-¡Esto no es todo! - le dije -. ¡Mira!... mira cómo camino.

-¡La madre que te parió! - exclamó Juan -. ¿Todo era cuento?

-Tú dirás - contesté.

-¿Cuándo te marchas?

-Esta noche iré a Madrid y mañana ya miraré qué combinación tengo.

Fuimos a comer unos pinchos al *Geli* y después a *Status*. La primera en llegar a la discoteca fue Mila. La mayoría de las chicas trabajaban como sirvientas en casas de mandos militares y finalizaban su jornada sobre las siete. Los jueves por la tarde libraban.

Al rato llegó Gago y su novia Pili.

-¡Hombre Ángel! Pensábamos que te habías muerto - dijo Gago.

-Sí, estuve enfermo unos días.

-Eso nos dijo Juan. ¿Pero cómo has estado tanto tiempo? - preguntó Pili.

-Tuve principio de pulmonía y me enviaron a un hospital militar - respondí sin más explicaciones.

La música estaba muy alta y no invitaba a la conversación. De vez en cuando, asentía con la cabeza o con una ligera sonrisa, aunque no supiese de qué iba el tema.

Más tarde llegaron Ana y Aurora. Tras repetir, de mala gana, las mismas explicaciones, Juan y Aurora se fueron a la pista. Ana y yo nos sentamos en un rincón, cerca de los servicios, donde se podía conversar algo mejor.

Con Ana no fui mucho más sincero, ya que en principio me dio vergüenza y no le dije nada de mi infección en los genitales.

-¿Ya estás recuperado?- preguntó.
 -Sí, como te he dicho antes, todo ha quedado en un susto - contesté, mientras apuraba mi cubata.
 -¿Te hemos echado en falta sabes?
 -No creas, yo también - respondí.
 Me di cuenta que Ana, en todo momento hablaba en plural. No supe si realmente era esa su intención o escondía tras sus palabras algún sentimiento más personal.
 Tras un largo silencio y cuando ya no sabía si encender un cigarro o pedir otro *cubata*, me decidí a cambiar de tercio.
 -¿Quieres bailar? - le pregunté, aunque sabía de antemano la respuesta.
 -Sí, ¿sabes que me gusta esta canción, eh?
 Pasamos por un laberinto de mesas y piernas hasta llegar a la pista. Juraría que la batería de *Phil Collins* estaba tocando a mi lado.
 - Y tú, ¿qué has hecho estos días? - pregunté por decir algo.
 -Lo de siempre, de casa al trabajo y poco más - dijo Ana.
 -Pero ¿después saldrías con la pandilla, no?
 -Muchos días no salía porque como sabes Aurora está con Juan y si no venía Mila a buscarme pues tampoco me gusta molestar ¿Me entiendes, no?
 -Claro, claro... - asentí yo.
 -Si estás tú es diferente... con el permiso de tu novia - remarcó intencionadamente - Podemos hablar y demás.
 -No será porque esto no esté lleno de militares con los que ligar – contesté yo bromeando. Empezaba a sentirme incómodo con aquella conversación, me salvó la campana.
 Con un cambio brusco, comenzó a sonar "los pajaritos". Era la hora de marcharme.
 Expliqué a Ana que volvía a tener una semana de permiso. Su rostro se volvió algo más serio de lo normal.
 -Bueno Ángel, que te vaya bien en casa y saludos a tu novia, aunque no la conozco - dijo despidiéndose con un beso en la mejilla.
 -Gracias, algún día te la presentaré... ¡Chao Ana!
 Con la mano en alto saludé también a Aurora, que ya se dirigía hacia la puerta entre un mar de gente. Luego acompañé a Juan hasta el cuartel.
 Antes de irme a la estación, pasé por el bar *la rinconada* y tomé dos raciones de mis croquetas preferidas. Pedí también un bocadillo para el viaje.
 Se extrañaron de verme allí a esa hora.
 -Vas a llegar tarde al cuartel - dijo el camarero.
 -¡Qué va! Me voy de permiso - respondí.
 -Me alegro por ti, y gracias por decirlo, a partir de hoy haremos menos croquetas - dijo simpáticamente.
 Llegué a Madrid sobre la una y media de la madrugada y pude enlazar con el *Costa Brava* por cuestión de minutos. Subí al tren, jadeando después de mi maratón, y busqué un compartimiento vacío, no tenía ganas de charla. Cerré la luz, corrí la cortina y me estiré a todo lo largo del asiento.
 A las nueve de la mañana estaba en Reus, ya que el tren no pasaba por Valls. De allí veinte kilómetros y en casa.
 Ahora los recibimientos, al igual que las despedidas, habían perdido un poco de su magia. Tanto mis padres como mi novia ya se acostumbraron. Además, como estaban sobre aviso, se fue perdiendo el factor sorpresa. Dejé a mi hermano jugando con el cinturón y la gorra militar,

cuando salí ya de paisano para Vila-rodona. Llegué antes de tiempo, pues encontré a M^a Teresa secándose el cabello todavía húmedo.

-¿Te queda alguno o es una peluca? - grité desde las escaleras que subían hasta la salita.

-¡Hola chato! - exclamó -. Pero has venido pronto, estoy muy fea sin arreglar - dijo tapándose la cara.

-Al contrario, estás más exótica - contesté mientras acariciaba su pelo mojado.

Esperé en el comedor que ella acabara de arreglarse, tiempo que su madre aprovechó para bombardearme con preguntas sobre mi estado y comentarme lo atareados que habían estado con la vendimia. Ya se sabe, la gente de campo siempre llorando, tanto si llueve como si no.

Durante la semana de permiso, mi relación con M^a Teresa fue algo tensa. Yo, aunque ya le había avanzado algo por carta, intenté explicarle más detalladamente mi vida en Medina y mis amistades fuera del cuartel. Lo que para mí era una cosa normal, para ella no lo era. Su sentimiento celoso fue más fuerte. No eran celos de nadie en concreto, porque nada ocurrió y no había motivos, si no más bien, a todo en general. Quizás ella imaginó y no digo deseó, que mi vida en la mili sería más aburrida, más austera y no podía imaginar que hiciese tantas y buenas amistades; que me divirtiera, que en resumen tuviese un motivo por el cual deseara salir de aquellas cuatro paredes. Digamos que no llegué a digerirlo.

Yo me esforzaba por hacerle entender, que la suya era una postura egoísta. Ella acabó aceptándolo momentáneamente, pero la procesión iba por dentro y cuando menos te lo esperabas saltaba la chispa.

Pero tras la tempestad vuelve la calma, y el sábado, quizás porque ya sólo nos quedaban dos días, M^a Teresa estuvo más accesible y comprensiva. Por la tarde fuimos a caminar por la playa, hasta llegar a las rocas, donde rompen las olas y allí, sentados entre incómodos pedruscos, permanecemos largo rato, soñando despiertos. Hablamos del futuro, como si fuésemos dueños de él, sin saber que éste es un animal indomable. En todo caso, un viejo error de juventud.

Esta vez, como regresaba de un permiso y no de fin de semana, en lugar de tener que presentarme al toque de *diana*, podía hacerlo algo más tarde. Por tanto el domingo pude coger un expreso a última hora, en vez del ya acostumbrado *Talgo* de las cuatro y veinte.

Me acompañaron a la estación M^a Teresa y su madre con el coche. Una vez allí tuve una grata sorpresa, me encontré a Paco, mi antiguo compañero de campamento, que esperaba el mismo tren.

Aunque ya lo había hecho en la Jura de Bandera, volví a presentarle mi novia y su madre.

-M^a Teresa, este es Paco ¿Te acuerdas de él?

-¡Ah, sí! ya recuerdo - contestó ella.

-¿Cómo estás? - dijo Paco estrechándole la mano al tiempo que la besó.

-Y aquí su madre, que hace de taxi - añadí bromeando.

-Encantado - respondió Paco.

Tras los besos de rigor, subimos al tren. Lentamente emprendió la marcha.

-¿Cómo te va Paco, me dijiste que estabas en infantería, no?

-Sí, en San Quintín Valladolid, un cuartel grande, somos más de mil, pero estamos "pringaos", se hacen muchas guardias. ¿Y tú? - preguntó él.

-Yo estoy bien, de delineante y también en la banda. El cuartel es de artillería, el R.A.C.A.- 47; no me puedo quejar.

Fuimos juntos hasta Valladolid, donde el bajó. Yo continué hasta Medina. No volvería a verlo hasta después de acabar la mili.

Después de presentarme al suboficial de guardia, entré por el patio central. Vestido de paseo, era observado por toda la 1ª batería que realizaba ejercicios de instrucción. Miré haber si veía a Juan, pero no fue así.

Al subir por las escaleras, me crucé con el capitán que salía del aula de teórica.

-¡Hombre cabo! ¿Ya le han capado? - dijo él.

Me extrañó aquella reacción suya. Normalmente era una persona seria, que se limitaba a devolver el saludo con la mano.

-No mi capitán, ya estoy bien - contesté cuadrándome ante su presencia.

Aquella misma noche, después del toque de silencio, ocurrió algo excepcional, digno de las mejores historias de mili que contaba mi padre.

Toda la batería estaba en silencio, metida en la cama y las luces apagadas, sólo dos personas rondaban la gran sala. El *imaginaria*, que realizaba la primera guardia y el sargento Gómez, que junto a la puerta de entrada caminaba, cinco pasos a la derecha, cinco a la izquierda. ¿Qué esperaba aquel hombretón de metro ochenta y aspecto de leñador?

Pasaron más de quince minutos y el sargento seguía impasible su espera. De pronto, pudo oírse a alguien subir por las escaleras. Con aquel silencio podría haberse escuchado una aguja al caer. Debe ser el de servicio de cocina - pensé.

Efectivamente, el soldado que le tocaba cocina después de la cena, subía a dormir mucho más tarde. Era Maldonado, un bisabuelo cordobés. Apenas, cruzó el umbral de la puerta, el sargento Gómez, saltó como un tigre sobre él. Sin dar ninguna explicación, empezó a propinarle puñetazos, patadas e insultos. Por dos veces lo levantó del suelo para seguir agrediendo.

Aunque ninguno de nosotros dormía, nadie dijo nada. El bisabuelo no respondió ni uno sólo de los golpes, no sé si por miedo o por respeto a los galones. Sin ningún tipo de exageración, aquella fue la paliza más grande que jamás había visto. Quedó tendido en el suelo y sólo fue atendido por el *imaginaria* y dos veteranos más, cuando ya se había marchado el agresor.

Algo muy gordo debió hacer aquel chico, para que el sargento se arriesgase con una acción de aquella índole, que por otra parte podría estar penada y acarrearle muchos problemas si alguien lo denunciaba por malos tratos. Nadie lo hizo, ni el propio afectado, que faltándole un mes para licenciarse no quiso complicarse la vida. Por lo tanto, el sargento quedó inmune y nunca supimos realmente, que hizo el soldado para merecer semejante venganza. Se especuló con que era un lío de faldas; también de que había intentado robarle dinero de la cartera, en el ropero del bar de suboficiales. Pero todo eran meras hipótesis.

Menos mal que el chico se marchó pronto, porque hasta que no lo hizo, el morbo por lo acontecido creó una barrera entre él y los demás, de la que ya no pudo deshacerse.

En favor del sargento, decir, que con nosotros continuó con un trato normal y jamás hizo alarde de su acción o amenazó para que sirviera de escarmiento o algo parecido. Como si no hubiese pasado nada. Estaba claro que aquello fue un asunto personal y no militar.

Faltaban ya pocos días para que llegase otro nuevo reemplazo de "guris", por lo que yo automáticamente pasaría a ser abuelo. Lo más destacable de ese reemplazo sería la llegada de "mariquita". Un sevillano que, además de ser homosexual supongo, era afeminado cien por cien, y que no escondía para nada su condición. Al principio todos se burlaban de sus gestos, su forma de hablar e incluso de que cada día se apuntara voluntario a cocina. Pero con el paso del tiempo, todo el regimiento llegó a tenerle estima, de hecho lo tratábamos como a una mujer, y llegó a ser aceptado con todas sus diferencias. Hasta los mandos reían con él y sus gracias. Juan, también estaba contento con su nueva condición de padre, eran ya cuatro meses largos de mili para él.

Recuerdo cierto día en que un grupo de señoras muy bien vestidas, en el salón de té del bar *Gloria*, quedaron asombradas al oírnos, a Juan y a mi, hablar de ser padre y abuelo. Nos miraban de arriba abajo buscando una explicación; lógicamente ellas no entendían que nos referíamos a la mili y no a nuestra situación familiar.

-¡Brindemos porque ya soy padre! - dijo Juan alzando el vaso.

-¡Y porque yo soy abuelo! - añadí.

Luego, en un ataque de risa, pulverizamos de cerveza toda la mesa y parte de nuestros pantalones. Las mujeres seguían atónitas.

Entre tanto, Juan todavía salía con Aurora. Un día aprovechando no sé que festividad, en un arranque de caballerosidad, invitamos a comer a Ana y Aurora. Quisimos quedar bien. Juan se encargó de pedir un coche prestado a un compañero de la 1ª batería, un R-12 color rojo matrícula de Barcelona. También invitamos a Mila que estaba con ellas ese día, pero ella, muy discreta, rechazó la invitación, supongo que para no romper los emparejamientos. Como teníamos coche, salimos fuera de Medina, concretamente a Navas del Rey, a unos doce kilómetros. El mesón era subterráneo y había que bajar infinidad de escaleras acompañadas por una sogá en la pared, que hacía de baranda o pasamanos.

El local era fresco y decorado de forma rústica. Aquella comida se salió un poco de nuestro presupuesto, pero... un día es un día. Además Juan, que era más fantasma que yo, le gustaba quedar bien. Por la tarde, en la discoteca, nos despedimos de ellas durante unos días, ya que a la semana siguiente nos marchábamos de maniobras a Frías, en la provincia de Burgos.

Eran unas guerrillas contra las C.O.E. Teníamos que hacer de conejillos de indias para las compañías de operaciones especiales. Yo, como de costumbre tuve más suerte que Juan y mientras él se las veía con los C.O.E., yo dentro de una tienda "parquer", pasaba a limpio los mapas de movimientos de tropas, que los mandos pintaban con flechas de color rojo y azul. Vamos, como un juego de niños.

Mi único momento delicado, lo pasé cuando tuve que hacer lo imposible para no subir al helicóptero de mando. La tropa lo hizo en unos de transporte, los "chinook". Una repentina indisposición, ocultó mi fobia a volar, por lo que me quedé en el campamento base.

El lugar era precioso, había una gran arboleda y cerca pasaba un casi recién nacido río Ebro. Un pequeño puente románico conducía a un típico pueblecito de montaña. Con sus casas de piedra y donde sólo había un teléfono. Un mismo local era el ayuntamiento, el bar y la centralita de teléfonos. El aparato telefónico tendría más de veinte años, era negro y parecía sacado de un museo. Ni que decir tiene, los problemas que existieron para que todos pudiésemos llamar durante aquella semana. Yo desistí dos veces y acabé por escribir una carta.

El viaje de regreso al cuartel se hizo más pesado, pasando por estrechos desfiladeros y carreteras locales, hasta llegar a la general de Burgos. Para complicar la cosa, se averió uno de los camiones, por lo que todo el convoy se retrasó. Llegamos a Medina bien entrada la noche.

Al día siguiente, Juan tenía guardia y no podía salir. Estuve a punto de hacerlo yo solo pero al final me quedé en la cantina. Juan se ofreció voluntario para ir a buscar la merienda a toda la guardia y así, al menos, podernos ver unos minutos.

-Vaya "putada" Ángel, el primer día y guardia.

-¿Qué quieres tomar? Te invito - le propuse.

-Una caña... Y tú ¿por qué no has salido? - preguntó.

-Es igual, lo haremos mañana, demasiadas chicas para mí solo - dije bromeando.

-¡Eh, titi! - gritó Juan al camarero - diez bocatas de tortilla, ocho de atún y veinte latas de cola.

-¿Qué turno te ha tocado? le pregunté.

-El segundo, de doce a dos - contestó apurando la cerveza.

-¿Peor es el tercero, no?

-Sí, algo peor... Bueno Ángel tengo que irme, si no el sargento... - dijo Juan, al tiempo que cogía una gran caja de cartón con todo el encargo.

-Vale, ya nos veremos - me despedí.

Después de una semana de penitencia, al día siguiente salimos a romper.

Todavía no había llegado la pandilla y ya estábamos bastante cargados. Ana, que no se encontraba bien esa tarde, no salió y estuve acompañado por Mila, una chica algo más tímida pero buena persona. Como siempre, Juan desapareció con Aurora.

De repente, como por arte de magia, se me fue todo el efecto del alcohol, me di cuenta que la gorra, que normalmente llevaba enrollada bajo la hombrera, había desaparecido. Pensé qué podía hacer. Si me presentaba así al cuartel me metían un "puro" y si la P.M. me veía por la calle otro. Se me ocurrió lo único que podía hacer, aliarme con el enemigo.

Salí fuera, a la puerta de la discoteca, donde generalmente una pareja de P.M. vigilaba la zona. Los llamé y les expliqué el caso. Dije que me la habían robado dentro de la discoteca. Ellos decidieron pasar a la acción; se pusieron en la puerta y al acabar la sesión, fueron cacheando a todos los militares que iban saliendo. Pero no lo hicieron con los civiles, supongo que no tenían autoridad para ello. La gorra no apareció, pero al menos pude regresar al cuartel escoltado por ellos.

Esa fue mi salvación, el denunciar rápidamente la pérdida y volver con los P.M. y no por mi cuenta. Una vez en el cuerpo de guardia, el sargento me felicitó por la forma en que había obrado. Pero también me dijo que ahora era problema mío encontrar otra gorra, si quería salir de paseo. Cualquier otro en mi lugar lo hubiera tenido claro: robar otra a un "gurí" despistado de la batería. Yo en cambio, tonto de mí, me costó una eternidad convencer al toledano "furrier", que era de mi reemplazo, para que hiciese desaparecer una del almacén de materiales. Se jugó el tipo por mí.

Al día siguiente, Juan me buscó por todo el cuartel.

-¡Eh Ángel!... ¿Dónde huevos te metiste ayer? Todavía te estoy buscando - dijo extrañado.

-No te lo crearás...

Le expliqué todo lo sucedido, mientras nos dirigíamos al comedor para desayunar.

Capítulo V

FRÍO INVIERNO

Sin darnos cuenta llegaron los primeros fríos. Los días, mucho más cortos, eran ahora más grises. Llovía poco, pero la niebla era frecuente. Prácticamente hasta las once o las doce de la mañana no veías el sol. Si bien en el centro del día la temperatura era agradable, las noches eran especialmente frías.

Nos dieron una gabardina, que pasó a formar parte del uniforme de paseo. Era cruzada y sin cinturón; una de las ventajas que tenía era que sus botones, al no ser metálicos, no había que sacarles brillo. Yo particularmente, llevé todo el invierno calzoncillos largos incluso para dormir. Todo me parecía poco.

Nuestra batería era una sala cuadrangular, de unos cuatrocientos metros cuadrados y no había ni una sola ventana que cerrase herméticamente, por lo que aquello era una auténtica nevera gigante. Los quesos y embutidos te duraban eternamente en el interior de la taquilla.

A partir de las seis de la tarde y hasta las ocho de la mañana, se encendía una gran estufa central que funcionaba con gasoil. Pero no sé si era mejor padecer frío o aguantar el desagradable olor del combustible y el inaguantable ruido de la caldera durante toda la noche. Al principio tenía problemas para poder dormir, pero al final, como todo, acabas acostumbrándote.

Se acercaba el tres de diciembre, festividad de Santa Bárbara, patrona de artillería. En el cuartel, era costumbre celebrar un festival a base de actuaciones musicales, cómicas y teatrales. Se formaron diferentes grupos de trabajo que durante el mes de noviembre se fueron preparando para el acontecimiento. Por iniciativa del voluntario Galindo, que era de Medina y tocaba en un conjunto musical local llamado *Cristal*, se improvisó un grupo de militares para actuar ese día. Como se buscó gente que supiera tocar instrumentos, yo me ofrecí para tocar la guitarra eléctrica.

Durante unos veinte días, después de comer, nos daban permiso hasta las seis para poder ir al local de ensayo del grupo *Cristal* y prepararnos. Galindo y sus compañeros, muy amablemente, nos dejaron sus instrumentos y fuimos elaborando un pequeño repertorio con unas diez canciones para el día del festival. Básicamente temas de *Beatles*, *Rollings* y algún “rock & Roll”. Yo disfruté como un energúmeno y al final le cogimos todos cariño al improvisado grupo.

Constantemente, presumía delante de Ana, Aurora y los demás amigos de lo bien que tocábamos y lo lastimoso que era que ellos, como civiles, no pudieran asistir al festival. Ellos no sabían si creerlo, pues no conocían esa nueva faceta mía. En cambio mi novia no era tan incrédula, sabía que yo era capaz de eso y de mucho más.

Llegó el gran día, empezó con una misa solemne y un partido de fútbol entre baterías. Después una comida especial, mejor que otros días; hubo postres, vino, café y algo de licor. Por la tarde empezaron los preparativos para el festival. El coronel dio permiso al grupo para que pudiésemos actuar vestidos de paisano, como buenos “rockeros”. De hecho, hubiera resultado cómico ver a cinco militares con guitarras eléctricas y tocando la batería. Eso causó un gran impacto, la gente no se lo esperaba, ni estaba acostumbrada a ver paisanos dentro del cuartel.

La fiesta empezó con sevillanas, varios andaluces fueron pasando cantando acompañados por una guitarra española y el típico palmeo del público. Creo que se hizo pesado tantas sevillanas.

Posteriormente hubo una representación teatral y luego llegó el turno de las imitaciones de famosos y los chistes. Y para finalizar, el plato fuerte: la actuación en directo del grupo "R.A.C.A.-47".

La gente rompió en aplausos, gritos y silbidos, que seguramente se escucharon desde la carretera de Arévalo. Se apagaron las luces generales y sólo quedó iluminado el escenario. En primera fila estaban capitanes, comandantes y demás mandos con sus bandas azules y blancas cruzando el cuerpo y las condecoraciones sobre el pecho.

Entre bastidores, los del grupo nos habíamos bebido una botella de anís y media de coñac para calmar los nervios. Era increíble pensar que tanta gorra de plato y tantas estrellas como había en primera fila, iban a soportar tanta "caña". La actuación duró más de media hora, poco a poco fuimos cogiendo confianza y excepto un par de fallos de compenetración la cosa marchaba. Se acabó nuestro tiempo y ya con las luces encendidas, rematábamos el último tema.

Como broche final yo, animado por el alcohol, con la distorsión de mi guitarra a tope, y como si de una ametralladora se tratara, hice el gesto imitando una pasada rasante de izquierda a derecha. Una acción que después pensé, podía traerme problemas. Por suerte para mí, fue acogida con humor por los mandos, incluso al día siguiente, en el comedor, un capitán mirándome me repitió el gesto mientras yo creía morirme de vergüenza.

Juan, que no participó en nada, fue un mero espectador más, eso sí; se encargó personalmente de quitar salsa al asunto cuando yo lo explicaba fuera del cuartel.

-No será para tanto – decía.

-Cochina envidia que tienes tío. Los he fusilado a todos - contestaba yo orgulloso.

Todo ayudaba a pasar el tiempo. Pero de nuevo hacía casi dos meses que no iba a mi casa. Empezaba a sentir la necesidad de cargar las pilas. Y mi colección de cartas comenzaba a abultar en mi taquilla.

Una tarde, como tantas otras, me dirigí al cuerpo de guardia para recoger las llaves de la oficina, en la que estaría hasta las cinco más o menos, después iba a ensayar con la banda hasta el toque de "alto el trabajo". Subía por las grandes escaleras del segundo piso, cuando noté la presencia de alguien detrás de mí.

-¿Qué cabo, has pensado lo que te dije? -. Era el sargento primero Valenzuela, que trabajaba en Mayoría.

-¿Qué me dijo mi sargento? -. Yo al principio no supe a lo que se refería.

-Sí hombre, lo del trabajo.

Entonces recordé, días antes habíamos estado hablando de que al acabar la mili yo no tenía trabajo, y el sargento, al que yo le hacía algún trabajito extra de delineación de vez en cuando, me ofreció trabajar para él ya como civil, en una oficina técnica que poseía con un familiar suyo. Yo me lo tomé en broma, pero por lo visto él lo dijo en serio.

Lo comenté por teléfono con mi novia, pero lógicamente era una barbaridad, había demasiados inconvenientes, entre otros la distancia. Por lo que fui dándole largas al asunto. Más adelante y en otras circunstancias, quizás hubiese dicho que sí a tal propuesta.

El primer fin de semana que tuve libre, decidí irme a mi casa aunque fuera por pocas horas. No podía esperar al permiso de Navidad. Me tocó el segundo turno, es decir; para Fin de Año, por lo que el día de Navidad lo pasaría en el cuartel. Juan no vino esta vez, ya que tenía servicio.

Mientras esperaba el tren en la estación de *Chamartín*, compré unos regalos para M^a Teresa. Un pequeño muñeco de peluche con una pancarta en la mano, donde podía leerse una de esas máximas graciosas que ahora no me acuerdo. También compré una especie de pergamino para colgarlo en la pared, donde había escrita una poesía de amor.

El sábado, a primera hora, llegaba a mi casa. Al entrar noté algo extraño; mi madre vestía de negro.

-¿Pero qué ha pasado? - pregunté asustado.

-Tu abuela murió el miércoles.

-¿Y por qué no me dijeron nada?

-Tu padre no quiso avisarte para que no te preocupases, como sabía que vendrías este fin de semana, no quería complicarte la vida.

-Yo hubiese venido al entierro, supongo que me habrían dado permiso.

-Es igual, tenía que pasar y pasó. A nadie le gusta volver con prisas a casa por una noticia así - dijo mi madre alargándome un tazón de leche caliente.

Mi padre no estaba en casa pues se fue temprano al huerto para distraerse un poco mimando sus plantas. Más tarde me explicó como fue todo. Mi abuela paterna hacía ya tiempo que padecía del estómago, sin embargo, no fue hasta el último momento que supieron que era cáncer; todo ocurrió muy rápido. A pesar de no haber estado en ese momento, me afectó y prefiero recordarla en vida.

Cuando fui a ver a mi novia, ya estaba al corriente, pues tanto ella como su madre fueron al entierro.

-¿Tú tampoco quisiste decirme nada?

-Tu padre dijo que era mejor no preocuparte – respondió ella.

-Sí, quizás es mejor así - dije al tiempo que le entregaba una bolsa de papel con los regalos.

-¿Qué es? - preguntó.

-Ábrelo y verás.

Abrió la bolsa impaciente.

-¡Oh, qué bonito! Gracias pocho - dijo besándome un poco sonrojada.

Me preguntó cómo tenía yo las vacaciones de Navidad y me comentó que habló con su madre y estaban de acuerdo en ir unos días a Medina y si yo tenía permiso volver después con ellas. Así conocerían donde se encontraba el cuartel y podríamos pasar unos días más juntos.

Por la tarde, M^a Teresa me enseñó su nueva habitación. Su familia estaba de traslado, habían acabado de construirse una nueva casa, en la misma calle, sobre un antiguo almacén donde su padre guardaba el tractor y las herramientas de trabajo. Aunque era completamente nueva y más confortable, su padre siempre le tuvo un cariño especial a la vieja casa, donde nació, creció y vivieron sus antepasados.

Por la noche, teniendo que poner mil excusas para no quedarnos en su casa, cenamos fuera y después fuimos al cine. A media película M^a Teresa, cansada de tanto traslado, se durmió en mi hombro.

De regreso, como era pronto todavía, paramos a la altura de *Nulles*, en un pequeño entrante de la carretera, desde donde se veía perfectamente la estación de ferrocarril. Mientras escuchábamos a Carlos Santana en el coche, vimos pasar varios trenes que fugazmente rompían la oscuridad de la noche.

-¿Sabes que ya están colocando los teléfonos directos en Vila-rodona? - me dijo con un hilo de voz.

-Menos mal, ya era hora.

-Sí, al menos se acabará el incordio de ir cada domingo a esperar en el locutorio - dijo esforzándose por mantener los ojos abiertos.

-Ya me darás el número cuando lo tengas ¿Vale? – dije yo.

Después arranqué el coche; ella estaba más en otro mundo que en este.

Al día siguiente fuimos a mi casa hasta la hora de la salida del tren; el odioso *Talgo* de Madrid. Era la primera vez que encontraba a faltar a mi abuela en la mesa. Mi padre habló poco ese día, estaba bastante afectado.

Ya en la estación, M^a Teresa y yo, planificamos con todo detalle las fechas para el viaje que haría con su madre. Aquello me sirvió de estímulo y consuelo y pude irme mucho más contento que de costumbre.

-¡Adiós chata, os espero en Medina! - grité desde la puerta del tren.

-¡Adiós pocho! hasta pronto! - contestó siguiendo por unos momentos los pasos del *Talgo* que lentamente se puso en marcha.

Durante las dos semanas siguientes, mi máxima preocupación sería que no pasara nada y no me arrestaran por algún motivo, o que tuviese servicio para los días que ellas iban a estar en Medina. Cuando les dije a toda la pandilla de amigos que vendría mi novia, se alegraron de poder conocerla, quizás Ana fue la más reticente. Ella estaba al corriente de mis diferencias con M^a Teresa precisamente por mi amistad con ella y los demás o mejor dicho: porque me divertía con ellos. También le había comentado en alguna ocasión, que yo no acababa de integrarme en casa de mis futuros suegros. Ellos son catalanes de pura cepa y yo, aunque nacido en Cataluña, de descendencia castellana. Pronto se marcharon de permiso los del primer turno y como en toda época de escasez de personal pasé a hacer guardias. Esta vez como cabo de guardia.

La guardia se componía de un suboficial, dos cabos y veinticuatro soldados. Estos últimos se repartían en turnos de dos horas, por los diferentes puestos o garitas. Había ocho de puesto, por lo que siempre dieciséis descansaban en el cuerpo de guardia. Cada dos horas un cabo hacía el relevo, llevándose ocho nuevos centinelas a los puestos y trayéndose los relevados de regreso.

Durante las horas diurnas la cosa se lleva medio bien, tanto para centinelas que están distraídos por el bullicio de la calle, como para los del cuerpo de guardia que juegan a cartas o hacen crucigramas. Pero las horas nocturnas son otro cantar; el centinela pasa frío, miedo si lo tiene y en el cuerpo de guardia, cada dos horas son despertados por un cabo. Ingrato trabajo éste. Eran las dos de la madrugada y me costó lo mío poder levantar a los ocho que entraban de puesto. Medio dormidos, los puse en fila y pasé revista a sus armas. Luego salimos para hacer la ronda. Esta duraba unos veinte minutos, dando la vuelta a todo el perímetro del cuartel. En la oscuridad de la noche, parecíamos frailes encapuchados caminando con los ponchos, había niebla y más que gotas de lluvia caía humedad. Al llegar al tercer puesto, el centinela no bajaba.

-¡Eh, tú! ¿Qué pasa?... ¡es para hoy! - grité.

Esperé un momento y como no respondía subí a la garita que estaba elevada unos tres metros.

-¡Capullo despierta! - le grité tocándolo con el pie.

Estaba acurrucado durmiendo en un rincón, eso sí; con el arma bien sujeta entre los brazos.

-¡Eh, Eh...! ¿Qué pasa, qué pasa?

-¿Qué pasa? ¡Si llega a ser el sargento se te cae el pelo “gurí”! - dije en tono amenazador.

- No darás parte, ¿verdad? - preguntó el soldado asustado.

De hecho era de los nuevos, de tratarse de un veterano seguramente me hubiese enviado a hacer gárgaras.

-No daré parte, pero vamos espábilate.

Fui recogiendo a cada uno de los centinelas salientes y regresamos al cuerpo de guardia. Después desperté al otro cabo, pues era su turno y me dispuse a dormir mis buenas cuatro horas en un destartado catre, vestido y tapado con una polvorienta manta.

Me levanté al toque de diana, se hizo el último relevo y nos preparamos para subir bandera y hacer el cambio de guardia. Salíamos nosotros y entraba la próxima para las siguientes veinticuatro horas.

Menos mal que hice pocas guardias, no te quitabas el frío en toda la noche, y como dormías poco y mal, al día siguiente estabas destemplado. Empecé a realizar gestiones para asegurarme estar libre el sábado veintisiete de Diciembre que era cuando venían a verme. Me tocaba guardia ese día, pero no tuve problemas para cambiársela a otro cabo, eso si, ofreciendo algo a cambio.

Busqué al desgraciado que le había tocado guardia el día de Nochebuena y cuando le propuse el cambio, se le abrió el cielo. Preferí sacrificar esa festiva noche a cambio de poder librar el sábado.

Por suerte esa noche los mandos hicieron un poco la vista gorda y hasta sirvieron café y licor a la guardia. Recuerdo que sobre las doce de la noche de ese día, los centinelas de la puerta principal y el de la barrera, intercambiaron sus puestos como si tal cosa. Caminaron uno hacia el otro, unos trescientos metros, y por unos minutos abandonaron su puesto. Yo era el responsable y ya no sabía que hacer, el personal estaba demasiado alegre. Temía por un arresto que diera al traste con el fin de semana. Suerte tuve que pusieran de suboficial de guardia, no se si expresamente, al más bonachón de todo el regimiento, el brigada Benavente.

Desde el cuerpo de guardia podía escucharse la mezcla de risas y villancicos que cantaban en la cantina, que ese día como excepción cerraba a media noche.

Por fin, al día siguiente Navidad, pude relajarme un poco. La comida servida fue mejor que de costumbre y por la tarde dieron paseo. Aunque había dormido poco, Juan y yo salimos con la intención de pasarlo lo mejor posible.

Casi no había nadie por la calle, cosa que contrastaba con cualquier otro día. En Castilla, quizás más que en Cataluña, son de costumbres arraigadas y en tales fechas son de estar en familia en casa. No obstante, a partir de las siete de la tarde la cosa se animó un poco. Para variar, no fuimos a la discoteca sino al bar de Pili y después a la rinconada. Toda la pandilla estuvimos celebrando la Navidad. Pili y Gago, Ana, Mila, Aurora, Inés y su novio, Pascual, Juan y alguno más. Parecía que nos conocíamos de toda la vida. Entre chistes y algún villancico desafinado acabó el día; me sentía feliz y contento. No me faltaban motivos. La alegría de ese día, quedó algo deslucida cuando al entrar por el cuerpo de guardia, sucedió algo que no me gustó y me indignó profundamente.

Entre la puerta principal y el patio había dos teléfonos públicos, de esos que sólo tienen una especie de burbuja de cristal para meter la cabeza. Una de ellas estaba ocupada por Guivernau, un chico de *Olot* provincia de Gerona, que en catalán hablaba con sus padres. En ese preciso momento un teniente "chusquero" pasó justo detrás suyo, al oírle hablar en catalán giró en redondo.

-¡Tú, haber si hablamos en cristiano! - dijo el teniente, al tiempo que le propinaba un fuerte cachete en el cogote que retronó en toda la sala. Creo que hasta los padres del chico, desde *Olot*, debieron escuchar lo ocurrido. El muchacho quedó petrificado, no dijo ni palabra y sólo pudo colgar el teléfono. Bonita manera de felicitar la Navidad - pensé.

Cuando el oficial se marchó, el soldado se dirigió humillado a su batería, sollozando de rabia contenida más que por la bofetada. Caminaba unos cinco metros delante de mí y por unos instantes pensé alcanzarle y decirle alguna cosa, pero no lo hice ¿Qué podía hacer yo?

Juan, que venía silbando de alegría, creo que no se dio cuenta de lo sucedido. La formación de retreta hizo que olvidase momentáneamente el tema.

Fue todo un espectáculo ver pasar lista esa noche. El sargento de semana tardó más de diez minutos en salir del bar de suboficiales y cuando lo hizo, se notaba a una legua que estaba ebrio. Su caminar torpe y el rojo pimentón de su cara lo delataban. Lo mejor fue cuando quiso articular palabra; aquella no era su voz normal, apenas se le entendía. Aunque nosotros no estábamos mucho mejor, surgieron algunas risas en la formación. Los cuerpos oscilaban ligeramente adelante y atrás como empujados por el viento.

-¡Silencio, estúpidos! - gritó el sargento con voz pastosa -. ¡Rápido cabo, novedades! Cualquier otro día hubiéramos dado veinte vueltas al patio.

Aquella noche, el primer *imaginaria* tuvo trabajo extra con la fregona, recogiendo vómitos de los infelices que no llegaban a tiempo al lavabo. Yo, tumbado en la cama, jugaba con mis pensamientos. Una extraña mezcla entre la escena del teléfono, el bar de Pili y un villancico, rodaba por mi cabeza en sentido contrario a como lo hacía el fluorescente que tenía sobre mi cabeza.

Llegó el sábado y entré en un estado de nerviosismo crónico. El tiempo se me hizo eterno hasta las doce para poder salir e ir a buscar a mi novia y su madre a la estación. Viajaron toda la noche hasta llegar a Venta de Baños, allí cambiaron de tren hacia Medina. Cuando llegué llevaban una hora esperando.

-¡Aquí, aquí...! - gritó la madre.

Busqué con la mirada por todo el vestíbulo.

-¡Hola Pocholo! - dijo M^a Teresa corriendo hacia mí.

-¡Hola Chata! -. La besé - ¿Habéis tenido buen viaje?

-Sí. - dijo su madre -. Hemos venido en un compartimiento con unas monjas.

-Bueno, estáis en mis dominios. Vamos, os enseñaré el pueblo - propuse.

M^a Teresa y yo íbamos cogidos de la mano y su madre nos seguía detrás.

-No corráis tanto que no puedo seguir.

Primero fuimos al hostel "El Orensano", donde yo previamente había reservado habitación. Dejaron las maletas y después de que ellas se ducharan, salimos a pasear por Medina.

Llegamos hasta el cuartel, donde desde fuera les enseñé lo que pude.

-Mirar, esta es mi prisión - dije irónicamente.

-Ahora en cambio, veréis el palacio -. Las invité a seguir caminando.

Les fui mostrando lo más característico de la ciudad. La Colegiata, la plaza Mayor... y algunos de los lugares que yo frecuentaba. Les mostré la cabina de teléfonos desde la cual acostumbraba a llamar; cualquier detalle me parecía importante. Estuvimos en el bar de Geli, tomando unos mostos, y después en el restaurante *K. Mangas*. Yo, como de costumbre, escalope de ternera.

-¿Esta carne no es como la de allí, eh? - pregunté orgulloso.

-Pues sí, sí que está buena. - contestó su madre.

-¿Y tú M^a Teresa, que opinas?

-Muy tierna, sí señor. Pero allí tenemos mejor pescado.

Más tarde, les enseñé el castillo de la Mota, el monumento más emblemático de Medina, construido sobre un montículo desde donde se divisa toda la ciudad.

A las seis y media había quedado con Juan, en la rinconada, donde normalmente nos reuníamos con el resto de la pandilla. Era el momento delicado de las presentaciones. Bajamos el tramo de escaleras y al fondo, sentados alrededor de una mesa, estaba la tropa. Faltaba alguno que otro, por lo que las presentaciones continuarían al día siguiente.

-¡Muy buenas! Aquí os presento a M^a Teresa y su madre.

Un mar de manos, abrazos y besos se cruzaron en un sentido y otro.

-¡Hola qué tal, encantada...!

-M^a Teresa... Ella es Aurora, Ana, Inés, Pascual... Fui presentando uno a uno.

El trámite ya había pasado. Ahora las miradas observadoras, entre sonrisas y afirmaciones, iban dirigidas con más detenimiento sobre mi novia y su madre. Ana, era la que ponía más empeño en ello, quizás porque tantas veces le había hablado de ellas.

Después fuimos a la discoteca, su madre cansada del viaje, o por no molestar, se fue al hostel a descansar donde más tarde la recogeríamos para ir a cenar.

Juan fue el primero que, junto con Aurora, se separó del grupo y fueron a bailar. Mila también se despistó. Al final quedamos en una mesa, Ana, Inés, mi novia y yo.

Mª Teresa, que normalmente hablaba poco, ese día lo hacía aún menos. Tampoco quiso bailar. Era evidente que algo le pasaba, ya volvía a las andadas. Estaba celosa. ¿Pero de qué? De todo y de nada. Se encontraba viviendo en directo lo que ya sospechaba antes y no podía aceptar que yo tuviese tantos amigos en Medina. ¿Celos, envidia, rabia, egoísmo?

Inés y Ana, se esforzaban por darle conversación, pero la situación no mejoró, por lo que pronto decidí salir de allí. Nos despedimos hasta el día siguiente y fuimos al hostel. Durante el camino fui recriminándole su actitud.

-¿Qué pasa Mª Teresa, por qué has puesto esa cara?

-Es la mía... - contestó.

-¿Qué habrán pensado mis amigos?

-¡Pobrecito! Y yo que pensaba lo mal que lo estarías pasando en la mili. ¡Qué ingenua soy! - dijo Mª Teresa, que ahora ya no podía disimular su enfado.

-¿Pero qué he hecho yo? - pregunté desconcertado.

-¿Y esta tal Ana, que parece conocerte tanto? - preguntó con tono amenazador.

-¿Pero qué dices?... es una buena amiga.

Al llegar a la habitación de su madre, ambos intentamos disimular la discusión. Fuimos a un bar cercano: *El pájaro verde*, a comer algo. Enseguida me despedí porque tenía que estar en el cuartel a las once. Mi capitán me había dado permiso para volver una hora más tarde, mientras se encontrara mi familia en Medina, que es lo que yo dije que eran. Le di un beso de despedida que ella me devolvió. Al menos parecía que su enfado iba remitiendo.

Llegué a mi batería y entré en silencio, todos dormían y únicamente el *imaginaria*, sentado en un rincón se percató de mi llegada.

-¿De dónde sales tú ahora? - me preguntó bajando la voz.

-De la calle

-¿Y ya tenías permiso para llegar más tarde?

-Sí, tengo la novia de visita en Medina y el capitán se ha enrollado de puta madre - le respondí mientras me desnudaba.

-¡Qué cabrón! tienes la novia aquí -. Y se fue maldiciendo su suerte pasillo arriba.

A la mañana siguiente el día amaneció resplandeciente, sin la habitual niebla o el cielo tapado. Era domingo y todo parecía acompañar a mi alegría.

Después del desayuno, la limpieza general, y la misa en la capilla, pude salir del cuartel. Juan tenía servicio de escolta y no pudo hacerlo.

-Lo siento. ¿Quieres que te traiga algo, necesitas alguna cosa de fuera? - Le pregunté.

-No gracias, simplemente si ves a Aurora dile que hoy no puedo salir, que nos veremos mañana - dijo resignado.

Luego me acompañó hasta la puerta principal. Pasé la obligada revista en el cuerpo de guardia y me dirigí directamente al hostel. Caminé rápido por las calles, me sobraba la gabardina esa mañana. Al llegar, Mª Teresa y su madre ya estaban a punto.

-¿Habéis desayunado?

-Sí, hemos tomado un cortado y una pasta - respondió la madre.

-¿Se te ha pasado un poco el enfado? - pregunté a Mª Teresa acercándome a su oído.

No contestó pero sonrió y me hizo señal con el dedo en la boca, para que no hablase del tema delante de su madre.

Las llevé a ver el mercadillo, que cada domingo se montaba en la calle que va, desde la plaza Mayor, a la plaza de toros. Paseamos de tenderete en tenderete; había ropa, zapatos, herramientas, etc. Podías encontrar prácticamente de todo y a un buen precio.

Su madre compró un pañuelo de cuello y yo un par de cintas de "cassette" del grupo "Scorpions", de no muy buena calidad por cierto. Después fuimos al bar *Gloria* a tomar un aperitivo y a la rinconada, donde esperaríamos a mis amigos. Cuando llegaron presenté a Pili y su novio Gago, a los que no vimos el día anterior. Ana e Inés lo hicieron más tarde, ya que trabajaban haciendo labores domésticas en casa del alcalde y un comandante respectivamente, por eso los festivos salían sobre las dos de la tarde.

M^a Teresa, aunque sin hablar demasiado, hacía mejor cara o al menos se esforzaba por parecerlo. Eso me tranquilizó bastante y pude disfrutar conversando amistosamente de catalanes, castellanos y sus costumbres. Cada vez que a nosotros se nos escapaba una "catalanada", saltaban grandes carcajadas, así como cuando mi novia y su madre sin darse cuenta, hablaban en catalán entre ellas. Lógicamente los de Medina, no entendían ni palabra, aunque nunca se lo tomaron como una falta de respeto, sino más bien como un defecto irremediable.

Quedamos para vernos todos por la tarde en la discoteca. Nosotros fuimos a comer y después como era pronto, a la habitación del hostel a descansar. Teníamos un par de horas hasta que empezase el cine. Su madre se tumbó en la cama y al poco tiempo, con la boca abierta, se quedó dormida.

M^a Teresa y yo, aprovechamos el momento para hacer las paces del todo y reflexionar sobre el tema.

-Hoy has estado un poco mejor - le dije cariñosamente.

-Es que no sé qué decirles, además hablo muy mal el castellano.

-Bueno, pero a veces es la intención lo que cuenta y sobre todo ser simpática. Ya ves, esta gente son de un carácter que te lo dan todo – la animé yo.

-Sí, tienes razón pero... - ahora sonreía.

Miré al lado y su madre, todavía dormía.

A las cinco y media, fuimos al cine "Lope de Vega". Después de la película, su madre que no quiso ir a la discoteca fue a pasear y quedamos para más tarde en el hostel. Poco a poco iban llegando todos los conocidos, nos sentamos cerca de la barra. Le dije a Aurora que Juan no saldría esa tarde, ella se resignó y se quedó con nosotros. Aprovechando un momento que M^a Teresa fue al servicio, Ana se me acercó un poco más.

-Ángel, lo siento pero parece que no le acabamos de gustar a tu novia ¿no? -. Nosotras intentamos ser simpáticas con ella, pero...

-No al contrario - interrumpí yo -. Lo que pasa es que ella es muy seria y habla poco, está sorprendida de ver que tengo tantas amistades. Ella tiene el concepto de que en la mili la gente está amargada. Pero en el fondo no es tan egoísta, tenéis que perdonarla...

Dejé de hablar pues se acercaba M^a Teresa.

Poco más tarde comenzamos a despedirnos de todos, ya que al día siguiente nos íbamos para casa. Después de mil besos nos dirigimos a la puerta.

-Saluda a tu madre de nuestra parte - dijo Ana.

-De acuerdo... adiós - contestó M^a Teresa.

-¡Hasta pronto Ángel. - añadió Aurora.

-Hasta pronto chicas - dije alzando la mano.

Tras recoger a la madre de mi novia, fuimos a comer algo al bar *Geli*. Una cena informal a base de pinchos, tortilla de patatas y cuellos rebozados.

Las acompañé al hostel y salí corriendo para el cuartel, llegando exhausto. Crucé el solitario patio de armas y en silencio me metí en la cama. Me costó dormirme, pensaba lo

feliz que era en esos momentos. Me iba de permiso y al igual que tras la Jura de Bandera, acompañado por mi novia. No podía desear nada más.

Esta vez el día se levantó como siempre, gris y frío. Una gran bocanada de humo parecía salir de mi boca cada vez que respiraba. Después del desayuno ya tenía el pase de salida, no obstante esperé a que Juan saliera del comedor para despedirme de él.

-Bueno chico, voy a cambiarme de *bonito* y me largo.

-Ya volverás y cuando lo hagas... me iré yo - contestó con cierto aire de intriga.

-Por cierto, le di el recado a Aurora. Bueno Juan, hasta la vista - dije golpeándole en el hombro.

-Adiós maricón... - bromeó.

Aún no eran las nueve y media cuando llamé a la puerta de la habitación, la nº 112. En esta ocasión las encontré en la cama.

-Te esperábamos más tarde - dijo la madre.

-Pues no, hoy no salgo de paseo señoras, sino de permiso - dije contento, mostrando el pase blanco en mi mano.

- ¡Hey! qué fea está mi novia sin arreglar... - añadí bromeando.

Ella que pareció tomárselo en serio, dio un salto y se apresuró a ir al baño.

-¡Mentiroso, ya te lo recordaré! - gritó.

Cogimos un tren regional, vía Ávila, hasta Madrid. Podían verse numerosas vacas pastando a ambos lados de la vía. Sin embargo, al pasar por la Sierra de Ávila, el paisaje se tornó más montañoso pero sin demasiada vegetación, era más bien pedregoso.

Llegamos a Madrid sobre las dos de la tarde y hasta las diez no teníamos tren, por lo que aprovechamos para comer algo en la misma estación y después dar una vuelta por la capital. Subimos a un taxi que nos llevó a la Puerta del Sol. Durante el trayecto observamos con atención los lugares por donde pasábamos. La Castellana, el estadio *Bernabeu*, etc. El centro de Madrid era un verdadero hormiguero de personas, apenas podías andar.

-¡Mira, la famosa Puerta del Sol! - dijo M^a Teresa.

-Sí, aquí es donde tocan las doce campanadas para Fin de Año - le contesté.

-Pues parece mucho más pequeña que por la tele - añadió su madre.

Entramos en unos grandes almacenes, pero era imposible avanzar entre aquel mar de gente. Era evidente que la Navidad invitaba al consumismo.

A las nueve regresábamos a *Chamartin*, dimos un pequeño paseo por las tiendas del recinto hasta la hora de subirnos al tren. No había ni una plaza libre en literas, por lo que tuvimos que pasar a segunda clase. En nuestro compartimiento había dos militares, una chica que no levantaba cabeza de un libro de texto y un señor barrigudo que casi ocupaba dos asientos. Pasadas las doce, cuando la chica dejó de estudiar, cerramos la luz interior y nos acomodamos lo mejor posible. En Zaragoza, bajaron los dos militares, por lo que pudimos estar más amplios. El hombre seguía con la boca abierta y la cabeza hacia atrás. M^a Teresa y yo estábamos acurrucados el uno contra el otro.

A las seis de la mañana llegábamos a Tarragona. Pálidos como muertos, fuimos a un bar de la Rambla Nova para rehacernos un poco tomando un café y unas pastas. Era casi mediodía cuando llegué a mi casa.

Mi hermano parecía que había crecido un palmo. Mi hermana Carmen no se encontraba en casa, trabajaba en una charcutería y por aquel entonces empezaba a tontear con Antonio; un chico natural de Bilbao, pero que trabajaba en la petroquímica de Tarragona, con quien a la postre acabaría casándose. Mi madre me recibió con una reprimenda verbal, ya que durante los últimos días, ocupado con la visita de mi novia, no había telefoneado y no sabían nada de mí. Esperé que llegase mi padre para verlo antes de volver a marcharme para Vilardona, sólo hubiese faltado no hacerlo.

-¿Qué, cómo va la cosa? - dijo mi padre -. ¿Te queda poca mili, no?

-Sí muy poca. Pronto seré bisabuelo.

-¿Bisa...qué? - preguntó sin entender.

-¡Bisabuelo! - repetí -. Que me faltan sólo tres meses.

-¡Vaya! ¿Ahora los llaman así? preguntó sin esperar respuesta.

Durante la primera parte de la semana todo transcurrió sobre ruedas. M^a Teresa no trabajaba en la fábrica pues tenía vacaciones. No obstante en su casa hacía algunas sesiones de masaje a mujeres del pueblo. Ella había estudiado un curso de masajista.

Cada día esperaba a que acabase y después salíamos hasta la noche, hora de dejarla en la puerta de su casa. A veces las despedidas se alargaban y tenía el coche en marcha más de diez minutos, antes de que ella se bajase.

El día de Fin de Año, decidimos no ir a celebrarlo demasiado lejos y finalmente nos quedamos en el pueblo; en la fiesta que organizaban los jóvenes en el bar *El Centre*. Lo pasamos muy bien; hubo una cena fría y después fuimos todos a la plaza de la iglesia, donde es tradicional que la gente se concentre para escuchar las doce campanadas en vivo y recibir el nuevo año.

Las botellas de cava (o “champany” como yo decía) iban duchando a diestro y siniestro para acabar luego rotas en el suelo, formando una especie de alfombra verde que alguien, horas después, tendría que limpiar. Posteriormente hubo baile hasta la madrugada. Yo bebí como un cosaco y al día siguiente tenía una resaca de campeonato.

El día de Año Nuevo fuimos a comer a mi casa para al menos poder estar en familia en tales fechas. Recuerdo que estuve explicando en la mesa, lo diferente que fue para mí el día de Nochebuena, cuando estuve de guardia en el cuartel. Lógicamente mis peripecias, a mi padre le sabían a poco. Las suyas siempre fueron mejores, según él.

Por la tarde, tras la sobremesa, estuvimos paseando por Valls y pasamos a saludar a mi amigo Alfredo. Su familia, no se cansaba de agradecerme el detalle de la muñeca vestida de militar que les regalé y recordarme el aprecio que me tenían.

Pasadas las fiestas, la semana no acabó como yo esperaba. Todo se complicó cuando en la barra del bar, al ir a pagar, M^a Teresa vio en mi cartera unas fotografías que me hice en el Castillo de la Mota. Una con Pili, tirada por su novio y otra con Ana. Aquello fue el detonante para que M^a Teresa explotase en un ataque de celos estúpidos que sería el mayor enfado que tuvimos durante los cinco años de relación.

No hubo forma de arreglar las cosas y estuvo los tres días restantes de mi permiso, prácticamente sin hablarme. No se ponía al teléfono, que por cierto ya era directo, y el domingo buscó una excusa para no acompañarme a la estación de tren.

La versión oficial fue: “está indispuesta”. De hecho mis padres se extrañaron que, como de costumbre, el domingo ella no viniese a comer a casa hasta la hora de mi marcha. Más adelante supieron que algo grave sucedía entre nosotros. No quise que nadie me acompañase a la estación y partí en aquel *Talgo*, con uno de los disgustos más grandes de mi vida. A diferencia de otras discusiones, algo me decía que esta vez iba en serio.

Llegué a Medina, y de nuevo, el frío vino a recibirme.

Capítulo VI

EL BISABUELO POLACO

El tercer turno, el de Reyes, partió de permiso y entre ellos Juan.

Esa primera semana la pasé realmente mal y apenas pude salir. Tuve dos servicios de cabo cuartel y una guardia debido a la escasez de personal. Todo ello, sumado al disgusto por el enfado de mi novia y sin el consuelo de mi mejor amigo, hizo que sintiera una gran tristeza. Ni tan siquiera me animó pensar que a la semana siguiente llegaba un nuevo reemplazo y yo pasaría a ser bisabuelo. Más concretamente: el bisabuelo polaco, como allí llamaban a los catalanes. Supongo que en las demás baterías también habría algún veterano polaco, pero el de la Plana Mayor era yo; sí señor.

Aprovechando que yo era el dibujante oficial, los compañeros me pidieron que diseñara nuestro carné. En cada reemplazo de bisabuelos, era costumbre imprimir una especie de carné de conducir en plan irónico, con frases cómicas y máximas en favor del veterano y machacando totalmente a los “guris” o novatos.

Dos días trabajé en ello. La primera hoja tenía espacio para los datos personales, una vez abierto y en la parte central, sobre el fondo de un avión de combate atacando un tanque, imprimí los noventa días pertenecientes a los últimos tres meses presumibles de mili. En la contraportada podía leerse los diez mandamientos o leyes fundamentales del bisabuelo. Se hicieron tantas copias como veteranos había y cada uno lo guardó como un tesoro personal.

Yo intenté explicar a M. Teresa, por carta o bien por teléfono, todas estas cosas; pequeños detalles que para mí eran importantes. Sin embargo ella no estaba muy receptiva. Sus cartas, menos frecuentes que antes, eran frías y siempre denotaban cierto sarcasmo, incluso ironizaba sobre nuestra situación. No obstante continuó enviándome un cabello en cada carta, eso me desconcertaba.

Sin darme cuenta, allí estaba Juan de nuevo.

-¡Ya eres “bisa” tío!

-Y tú abuelo - contesté.

-Esta tarde lo celebraremos ¿De acuerdo? - propuso.

-Muy bien, de acuerdo, pero pagas tú...

Durante los días siguientes, todo el regimiento recobró una actividad inusitada. Pronto tendríamos la visita del Capitán General de la 7ª Región Militar, por lo que nuestros mandos perdían el culo en preparativos. Los albañiles hicieron reformas, los electricistas reparaban instalaciones; se arreglaron jardines y se pintaron paredes. Se limpió el cuartel a conciencia, los cañones, camiones, etc. En la banda de música ensayábamos más tiempo, sobre todo marchas militares.

Dos días antes de la llegada se hizo un ensayo general, todos desfilaron y se dieron los últimos retoques a la ceremonia. A mí, como cabo de banda, me tocó un mal trago. En un momento dado del desfile, la banda dejaría de tocar una marcha y sólo debía quedar un tambor tocando para continuar marcando el paso a la tropa. Un “solo” de tambor podríamos decir. ¿Y a quién le tocó de los tres cabos?... Al bisabuelo polaco.

Yo, ya había tocado en público en grupos de rock, pero aquello era diferente y había una cuestión que me preocupaba.

-Mi subteniente ¿Cuando toque yo solo, si se me cae la baqueta al suelo, qué debo hacer? - pregunté decidido.

-¿Cómo qué tienes que hacer?

-Quiero decir... ¿Tendría que parar a recogerla o mejor continuar sin tocar? -insistí yo.

-Si se te cae una baqueta ¡Te fusilo! - contestó el subteniente -. Mira chico, no pares por nada, sigues tocando con alguna que tengas de repuesto preparada en la bandolera, o si no... ¡Con los dedos coño! – acabó gritando.

Por fin llegó el gran día. Todo el mundo lucía sus mejores galas; los oficiales y suboficiales, nerviosos, no paraban de tocarse los sables que relucían bajo el sol y que ese día parecía sumarse al festejo. Nuestro coronel caminaba impaciente cerca de la tribuna preparada a tal efecto. Las cuatro baterías y la banda hacía media hora que estaban formadas en el campo de fútbol.

De repente sonó el cornetín, anunciando "ya viene el pájaro" como vulgarmente se conoce al toque que anuncia la llegada de un general. Al momento hizo su aparición el coche oficial, de donde bajó un hombre de cabello blanco y un gran bigote del mismo color, gafas oscuras y un montón de estrellas. Era el Capitán General D. José Sáez de Santamaría, que posteriormente sería Director General de la Guardia Civil.

Yo conocía muy bien ese nombre y apellidos por la cantidad de veces, que por un motivo u otro, había tenido que imprimirlo en diferentes organigramas que se colocaban en la pared de cada batería. Era como una especie de árbol genealógico, desde el Rey hasta nuestro coronel, con todos los pasos intermedios. Cada vez que se producía un cambio o destitución, me tocaba rehacerlos de nuevo. La música militar invitaba a la solemnidad del acto y creo que todos vivíamos el momento.

En unas improvisadas gradas se encontraban también las personalidades civiles más importantes de Medina. Detrás del subteniente, estábamos los tres cabos en primera fila. Empezó la revista y el "pájaro" pasó apenas a un metro de mí, después comenzó el desfile.

Todo transcurrió sin ningún contratiempo y yo realicé mi "solo" de tambor, como si las baquetas estuviesen soldadas a mis manos. Al final, fuimos felicitados por nuestros mandos e incluso se perdonaron todos los castigos y arrestos del regimiento como premio a nuestro trabajo. También se recibieron felicitaciones de ciertas personalidades civiles de la ciudad.

De hecho, la aceptación de Medina hacia su cuartel siempre ha sido total. No es de extrañar, pues allí viven muchos de los mandos y existe una arraigada tradición militar. Nosotros, como soldados, también éramos bien recibidos en lugares públicos, festejos, etc. Yo diría que incluso se nos tenía una cierta admiración. Era tan normal ver por la calle grandes grupos de militares vestidos de verde, como en Pamplona ver mozos vestidos de blanco para San Fermín.

Una de esas tardes mi capitán me mandó un encargo del comandante; tenía que ir a recoger unas fotos que él había dejado para enmarcar. Salí del cuartel a media tarde, vestido de trabajo y fui a la tienda en cuestión. Faltaban unos minutos para que abriesen, por lo que decidí tomarme un café en el bar California, que estaba justo enfrente. Apuraba la taza cuando se acercó un señor bien vestido, con la gabardina en la mano y se dirigió al camarero.

-Por favor, cóbrese el coñac y lo que toma este chico - dijo señalándome.

Yo sentado en la barra quedé sorprendido.

-Muchas gracias, señor, pero no hacía falta...

-Nada muchacho, nada; todos sabemos lo que es la mili - me interrumpió él.

Apuré su copa y saludando con la cabeza se marchó.

Me gustaría saber en qué otro lugar de España, un desconocido te invita a una consumición.

El mes de Enero tocaba a su fin. Cada vez quedaban menos días en blanco en mi carné de bisabuelo, al mismo tiempo que mis ahorros empezaban a escasear. Necesitaba un giro postal como agua del cielo. Como correos siempre llega con retraso, Juan tuvo que hacerme

un pequeño préstamo. Por otra parte, enseguida corrió la noticia de que se preparaban unas importantes maniobras generales a cargo de toda la Brigada de la región, no sólo nosotros.

Efectivamente, a primeros de Febrero, regimientos de diferentes cuerpos de toda la región, realizarían unas maniobras conjuntas nada más y nada menos que en Zaragoza; en San Gregorio, una especie de desierto en los *Monegros* de unos cincuenta kilómetros a la redonda.

Sabedores de lo que nos esperaba, Juan y yo, salimos de paseo prácticamente todos los días que faltaban. Había que aprovechar. Estábamos en el bar de Pili, jugando al fútbolín, cuando entró Gago, el cabo primero, algo exaltado.

- Chicos, lo sé de buena fuente, ¡el martes salimos para Zaragoza!

-¡Joder qué “putada”! - contestó Juan.

-Sí pero me huele que después habrá permisos - añadió Gago.

-¿Estás seguro? A los bisabuelos que estaremos a punto de licenciarnos no creo que nos den permiso - respondí yo no tan optimista.

En ese momento entró Ana que vivía enfrente del bar. Era una zona de casas de planta baja; un barrio periférico al casco urbano muy cerca del castillo. Ana llevaba un vestido azul tejano y unas zapatillas de felpa. Sin estar demasiado arreglada, se sintió incómoda ante nuestra presencia. De hecho, al no ser una zona céntrica la gente a esa hora de la mañana iba un poco a su aire.

-¡Qué sorpresa! ¿Qué hacéis por aquí tan temprano? - dijo Ana.

-Mira, jugando una partida - contesté.

-Sí y el que pierda paga - añadió Juan.

-¿Y tú, qué tal? - dije por preguntar algo.

-Venía a buscar una gaseosa para la comida... ¿Iréis esta tarde a Status?

-Sí, supongo que sí - respondí.

Comimos allí mismo un plato combinado que la madre de Pili nos hacía por cuatro duros. Por la tarde, ya en la discoteca, Juan y Aurora bailaban como dos tórtolos y Pili y Gago discutían por no sé qué, esforzándose ambos por hacerse entender bajo la estruendosa música. Yo fui a la barra a pedir una consumición.

Al momento, Ana se me acercó interesándose por mi problema con M^a Teresa.

-¿Cómo te va con tu novia?

-Regular... - respondí mirándola a través de un espejo frontal.

Hubo una larga pausa.

-Perdona ¿Te molesta que te hable del tema? - dijo Ana observando mi mutismo.

-No, no... Lo que pasa es que no sé qué decirte; no entiendo lo que ocurre, M^a Teresa no es la de antes. Nos estamos distanciando.

-¿Y todo por culpa nuestra, no? - dijo Ana.

-Más que vuestra, es culpa mía. Aquí sois más abiertos y yo de alguna forma me he contagiado y ella no está acostumbrada - dije ahora mirándole a la cara.

-Tú no tienes la culpa, créeme.

Ana sonrió e intentó quitar dramatismo a la conversación.

- Jo..., ¡y todas las catalanas son tan sosas!

-No mujer, hay de todo. Lo que pasa es que ella es demasiado seria. Además hay otro factor que ha influido. Allí en Cataluña, no es tan normal que los militares se integren con los civiles. Seguramente por nuestro carácter más cerrado, pero una cosa sí tenemos. ¡Somos más trabajadores que aquí! ¿Vale? - dije riendo.

El lunes todo el regimiento se movilizó. Se transportaron todas las piezas del 105, camiones y demás vehículos a la estación para que, en un tren especial preparado en una vía muerta, comenzara el embarque de los mismos. Se trabajó duro todo el día bajo la mirada atenta de muchos curiosos. Parecía que íbamos a la guerra. Juan encaró su camión hacía la

rampa que subía hasta la plataforma del vagón. Era una maniobra difícil, después había que asegurar y faltar bien todas las ruedas. Yo me limité a comprobar que no faltase nada en el camión de material de comandancia.

Al día siguiente, a las cinco de la madrugada, tocaron diana. Se repartieron bolsas de comida para el viaje y todas las baterías, en fila de dos, marchamos a la estación. Todavía era de noche y las calles estaban desiertas, sólo faltaba silbar la melodía de la película "Un puente sobre el río Kwai".

Los oficiales constantemente nos obligaban a permanecer en silencio, para no alborotar el pueblo en aquellas horas. A pesar de ello, las pisadas de las botas podían oírse a medio kilómetro. Nos distribuyeron por vagones y emprendimos la marcha. Para realizar los aproximadamente trescientos kilómetros de distancia, invertimos diez horas. El tren circulaba por líneas secundarias para no entorpecer el tráfico férreo normal. Para ir a Zaragoza llegamos a subir hasta Vitoria. En el interior de los vagones no teníamos luz y cada vez que pasábamos por un túnel nos quedábamos totalmente a oscuras. Juan iba con su batería y yo con la mía, por lo que no nos vimos durante el viaje. En mi compartimiento había dos valencianos y un "gurí", con cara de asustado, que apenas abrió la boca. También se encontraba un alicantino, que durante parte del trayecto discutía constantemente con los valencianos. Ambas partes decían poseer la mejor horchata de chufa del mundo; después salió el tema de la paella. Tanto hablaron, que realmente me hicieron desear ir a Valencia a tomarme una horchata y comer paella.

Finalmente todos quedaron emplazados para las próximas fallas, si estaban licenciados claro. Allí se hicieron promesas y juramentos que seguramente no se cumplirían. El novato escuchaba y de tanto en tanto, colaboraba con su paquete de tabaco.

Sobre las cuatro de la tarde llegábamos a Zaragoza y en apenas una hora se descargaron los vehículos que costó casi un día embarcar. Ahora venía lo peor; todos subimos a los camiones y el convoy se dirigió al campo de San Gregorio, a las afueras de la capital. Una vez allí, nos adentramos unos veinte kilómetros en una especie de desierto lunar, que se hicieron interminables, con constantes baches que hacían que en el interior de los vehículos, fuéramos de un lado para otro y donde la máxima preocupación era no perder el casco.

Por fin llegamos, todos con el trasero dolorido, a una gran planicie. Miré a izquierda y derecha y no pude ver ni un árbol en todo lo que me alcanzaba la vista. Allí, los perros lo tenían muy mal. Era ya oscuro cuando se acabó de instalar la última tienda de campaña. Yo estuve ayudando a montar la que sería nuestro Cuartel General o de Mando. Un gracioso sevillano iba amerizando el trabajo, explicando chistes de acento gangoso, imitando al famoso humorista Arévalo. Hizo reír incluso al sargento, que de vez en cuando nos metía prisa. Los de cocina trabajaron a destajo para improvisar la cena. Se montó la guardia y después el *corneta* tocó silencio. Curiosamente hacía menos frío que en Medina. Las tiendas eran de cuatro, por lo que no había mucho espacio.

Durante la noche me desperté dos veces con pequeños síntomas de ahogo o claustrofobia. No me encontraba a gusto apretado allí dentro. Pude cambiar el sitio a un compañero y me coloqué el primero, abriendo un palmo la cremallera. Así, sintiendo el aire fresco, me encontré mucho mejor. Por la mañana llegaron más regimientos. El que más alboroto y admiración causó, fue el de carros de combate. Los tanques rugían como leones a su paso. El sonido metálico de sus cadenas se nos hizo familiar. Al acabar la jornada éramos más de tres mil soldados; todos de diferentes cuarteles y provincias pero con una cosa en común: el escudo de la Brigada que llevábamos cosido en la manga izquierda.

Aquella noche, cuando tocaron "alto al trabajo", por fin Juan y yo pudimos vernos. Teníamos una hora libre antes de la cena, fuimos al camión-bar y pedimos unas latas de cerveza.

-Qué, ¿cómo te ha ido el día? - le pregunté.

-No me hables, estoy muerto, todo el día currando.

-Pues yo, desde esta mañana, que no he dado golpe.

-Tú siempre de suerte. Y no te digo nada mañana cuando empiece el jaleo - dijo resoplando.

De regreso a mi tienda, pensé lo curioso del caso. Estaba a menos de medio camino de mi casa y en cambio volvería hacía atrás cuando nos fuéramos. Pero mis penas se disiparon rápido cuando pude observar la situación de un chico de la segunda batería, que siendo de Zaragoza, pidió permiso para acercarse a su casa. Se lo denegaron y el muchacho se desesperó; desde allí podía ver a lo lejos las luces de su ciudad. Debería estar una semana tan cerca y luego volvería a marcharse a cientos de kilómetros. No pudo resistirlo y a la tercera noche se arriesgó a salir en línea recta campo a través, para poder ver unas horas a su novia. Si bien no fue delatado por la guardia de nuestro campamento, después sería descubierto por una patrulla móvil de otro regimiento que custodiaba todo el perímetro del campo. Lo arrestaron y dos meses después todavía estaba en el calabozo.

Yo, las maniobras sólo las viví sobre el papel; los mapas, siempre a punto para cuando me los pidiera el comandante. El último día por la mañana, tuve ocasión de subir en uno de aquellos monstruosos carros de combate, que sólo para ponerse en marcha consumen ochenta litros de combustible. Disfruté como un niño. Al mediodía, para clausurar las grandes maniobras generales, un sinfín de estrellas: coroneles, generales y capitanes generales ocuparon la tribuna. Todos con sus impecables uniformes y sus gafas oscuras. Delante de ellos, desfilaron con ropa de combate mucho más polvorienta, soldados, oficiales, vehículos y material pesado.

Por la tarde, cuando todo acabó, empezó el desmantelamiento del campamento, sólo se dejó lo imprescindible para pasar la última noche. Como despedida tuvimos un diluvio; caía agua a cántaros, parecía el fin del mundo. Los relámpagos iluminaban el interior de la tienda, como luces psicodélicas en medio de la noche.

Por la mañana todo era un inmenso barrizal. Empezamos a desmontar las tiendas, hundidos en el barro hasta los tobillos. Nuestros uniformes pasaron del verde al marrón en un abrir y cerrar de ojos. Todo quedó hecho un asco. Cuando llegáramos al cuartel nos esperaba un buen zafarrancho para limpiar todo aquel material.

Ya en Zaragoza embarcamos los vehículos en el tren y partimos a primera hora de la tarde. Durante el trayecto repartieron bocadillos y café caliente que extraían de un gran recipiente metálico, que necesitaba de dos soldados para moverlo. A diferencia del viaje de ida, ahora el personal hablaba mucho menos. Estábamos cansados, se durmió poco y mal y sumado al trabajo del embarque, el resultado fue una tropa hecha polvo.

Era medianoche cuando llegábamos a Medina; evidentemente el tren se dejó para descargarlo al día siguiente. Se montó una guardia para vigilarlo, con gente de refuerzo de los pocos que habían quedado en el cuartel. La tropa formó por baterías y en silencio nos dirigimos en busca de una ansiada cama.

A la mañana siguiente, mientras los conductores y parte del personal fueron a la estación a desembarcar todo el material pesado, los demás nos encargamos de la limpieza de tiendas de campaña, sacos de dormir, etcétera; que estaban manchados de barro, y de haberse guardado así, se habrían estropeado por la humedad.

Se montaron de nuevo todas las tiendas en la pista americana, para que se secaran al sol. Los sacos fueron repasados uno a uno. Se contaron una y mil veces todos los cascos, machetes, ponchos, etcétera. Se limpió todo el armamento y se comprobaron las anomalías.

Menos mal que esas fueron mis últimas maniobras generales. El bisabuelo polaco estaba destrozado.

Capítulo VII

MEDINA, PALACIO Y PRISIÓN

Entré en la cabina de teléfonos del final de la calle Padilla, marqué el número y esperé.

-¿Diga? - sonó en el otro extremo.

-¿M^a Teresa? - pregunté, aunque por la voz sospeché que no lo era.

-¡No! yo soy su madre ¿Eres tú Ángel?

-Sí, quería hablar con ella ¿se puede poner?

-Pues verás...

Dudó un momento. La pobre mujer no sabía si debía decírmelo o no, pero ante mi insistencia lo hizo.

-Ha ido a la discoteca..., pero no ha ido sola, sino con la Montserrat - se apresuró en justificar.

-¡Ah!, bien, bien... bueno pues nada, adiós... adiós -. Y colgué el auricular.

Por unos instantes me quedé en blanco y sin salir de la cabina; fueron los golpes de una persona que esperaba fuera, lo que me hizo reaccionar.

-¡Se ha ido a la discoteca! - pensaba repetidamente.

De alguna forma me había pagado con la misma moneda; yo también lo había hecho a sus espaldas, incluso había bailado con otra chica. ¿Por qué me enfadaba entonces? - intenté justificarme.

Pero no, no es lo mismo. Yo soy un hombre y estoy solo, lejos de casa y no tengo mala intención. En cambio ella, es por revancha y dos chicas solas llaman la atención en una discoteca ¿Qué buscan allí? ¿Se habrá cansado de mí?

Una y otra vez me repetía las mismas preguntas aunque mi postura era un tanto machista. No sabía si era peor mi situación anterior o la de ahora. Antes era M^a Teresa la indignada, pero yo no, yo era el incomprendido, el que la añoraba e intentaba arreglarlo. Ahora también era yo el enfadado, el agraviado, el celoso. Y no hay peor pelea que la que ambas partes creen tener la razón.

Si desde el permiso de Navidad, nuestra relación fue algo tensa; ella siempre fría e irónica, ahora la cosa sería peor. Durante los dos meses siguientes apenas nos llamamos y sólo escribí dos escuetas cartas para cubrir el expediente delante de sus padres. No obstante, tanto los suyos como los míos sabían que algo pasaba.

Mi amiga Ana me ayudó muchísimo a superar esos malos momentos. Puesta al corriente de que, aparte de mi falta de integración en casa de mis suegros, tenía serios problemas con mi novia, siempre estuvo a mi lado; más que antes si cabe.

Mi relación con el resto de amigos de Medina seguía igual, pero ellos eran ajenos a lo que me sucedía. Sólo Juan y Ana contaron con mi máxima confianza.

En el cuartel, en los días de reparto de correo, yo no sabía si deseaba tenerlo o no. Con el paso del tiempo llegué a ignorarlo totalmente. Con Juan las grandes meriendas y salidas de juerga, donde acababa bebiendo de más, cada vez eran más frecuentes. Únicamente cuando él estaba con Aurora, me sentía solo y desplazado. Pero allí estuvo siempre Ana, que con su compañía hacía agradables los días. Aunque por otro lado tenía miedo ¿Estaba sucediendo lo

que realmente yo quería? ¿De verdad deseaba romper con mi novia o debía intentar solucionarlo?

Por el contrario, yo cada vez me sentía más a gusto en Medina y con mis amigos. Tanta leña hacía avivar el fuego. Llegué a pensar lo estúpido que fui al rechazar la oferta de trabajo que tuve un tiempo atrás. No sé que hubiese pasado si todas estas dudas hubieran surgido meses antes ¿Cuál era mi destino?

Para acabar de aumentar mi incertidumbre, Juan me hizo una confesión. El trabajaba en un negocio familiar, de su padre y su tío. Un taller mecánico de material agrícola. Tuvo una discusión de índole laboral y deseaba independizarse una vez acabada la mili.

Estábamos sentados en la hamburguesería Zeus.

-Ángel, tenemos que montar un negocio los dos juntos.

-¿Un negocio...dónde? - pregunté.

-Aquí en Medina y liarnos yo con Aurora y tu con Ana; y que le den por el culo a todo - dijo totalmente convencido. Por un momento llegué a ilusionarme siguiéndole la corriente.

-¿Y qué negocio montamos, eh?

-No sé... un bar o mejor un taller, que yo ya tengo idea.

-Tú podrías hacer los planos -. Sus ojos brillaban mientras hablaba.

-Sería tope... ¡Camarero, otros dos cubatas! - pedí al chico de la barra.

Continuamos planificando nuestro sueño dorado, alimentado por el alcohol y nuestro estado depresivo. Como era lógico, jamás se materializó el proyecto. Para mí, ahora los días pasaban más deprisa, de alguna manera había perdido la ilusión de marcarlos en mi carné de bisabuelo. También en el calendario colgado en la pared de la oficina de Mayoría. Hacía varios días que había dejado de dibujar círculos rojos sobre los números. Mi mundo se derrumbaba.

-¿Qué me estaba pasando? Medina... Medina del Campo.

-¿Qué significaba para mí? ¿Palacio o prisión?

En teoría estaba en el servicio militar y como tal, lo lógico era estar mal; deseoso de acabar, de volver a casa, de odiar aquel lugar, aquellas personas. Pero no, no era así, todo lo contrario.

Ahora más que nunca, en los rebajes de fin de semana, me quedaba en la pensión y no regresaba a mi casa. Adoraba la ciudad, sus gentes, sus costumbres, su forma de entender la vida, su generosidad. Me consolaba todo ello, quizás por eso he vuelto muchas veces a Medina y lo seguiré haciendo.

Esa tarde no salí, Juan tenía servicio y tuve pereza hasta de cambiarme de ropa. Me quedé haciendo compañía al cuartelero y tres arrestados, que aburridos escribían cartas. Los dos "cubatas" que me había tomado en la cantina, empezaban a hacer efecto. Para colmo acepté unas caladas de un "porro" que el *madrileño* hizo correr. Jamás antes lo había hecho en toda la mili y me prometí no repetirlo, pues entré en un estado de embriaguez y alucinación tal, que llegué a asustarme.

Menos mal que un compañero me llevó al botiquín y con la complicidad del A.T.S., me hicieron pasar la noche allí, alegando una indisposición gástrica. Si no, aquel día no paso retreta. Tumbado en un catre de la enfermería y en medio de un mundo imaginario, cogí papel y lápiz y escribí cosas sin sentido, o... quizás sí.

Bajo las garras de la soledad

me encuentro

¡Me araña!

del silencio que agobia,

que inunda mis oídos hasta reventar.

Con la mirada fija,
clavada en el presente
mientras las ideas se me escapan
de la cabeza
y los recuerdos van y vienen.
Siento el vacío
¡Sí lo siento!
justo en esos momentos del día
en que la claridad
se funde por minutos
Y de golpe...
ya no hay nada, no hay luz.

¡Me confundo!
y enciendo la bombilla de mi cerebro.
Siento pereza hasta de mover los ojos.
La sangre me fluye
mezclándose con ginebra
y digo ¿Por qué?
Porque ... estoy solo,
pero me gusta ¡Sí!
Ordeno los cajones y archivos
de mi mente;
¿Por qué aquí y no allí?
quizás es mejor,
el destino me enseñe a vivir,
a valorar las cosas,
a esto y aquello,
a ti y a mí.
Y sigo dejándome llevar
por esta nube, de no sé qué,
flotando por encima de todo
y de todos pero...
deseando anclar, para alguna vez
y gritar al fin
¡Llegué, estoy aquí!

Capítulo VIII

EL REGRESO

Había pasado un año desde mi incorporación a filas y lo que parecía imposible al principio era una realidad. Cualquiera día me iba para mi casa.

Radio *macuto*, forma como se le llamaba a los rumores, empezó a funcionar. Primero se especuló con que a primeros de marzo nos licenciaban, pero fue una falsa alarma. La docena de bisabuelos de mi batería ya no hablaban de otra cosa. Algunos, los más íntimos, hacían planes para reencontrarse; unos para fallas, otros para San Fermín o la Feria de Abril en Sevilla, y no marcharse a sus casas hasta después de esas fiestas. A saber cuantas de aquellas promesas se cumplirían.

Juan y yo, a principios de la mili, también medio en serio medio en broma, decíamos que cuando nos licenciáramos, iríamos a casa de bar en bar de lo contentos que estaríamos. Una exageración, pero que mostraba nuestra desesperación y anhelo de un hecho tan lejano como deseado.

Él, no lo sé, pero yo ahora estaba algo decepcionado, siempre imaginé el final de la mili de forma diferente. Supongo que es como el niño que espera impaciente un juguete nuevo, y una vez lo tiene, se pierde la ilusión. Quizás también influyó mi estado de ánimo. Mi enfado con M^a Teresa no llevaba un buen camino y yo seguía dudando de lo que era mejor para mí.

Juan contagiado por mí, prácticamente tampoco iba nunca a su casa.

La abuelita, vestida de negro, pelaba patatas en la cocina y yo la observaba desde el pasillo de la pensión, mientras pendiente del teléfono, esperaba que en mi casa alguien descolgara el aparato.

Al fin alguien apareció al otro lado.

-¿Quién es? - preguntó una vocecita sin el típico “¿Diga?”

-¿Luís?... Soy yo Ángel, tu hermano - le grité.

-¡Hola tato! - contestó contento.

Se escuchaba fatal y mi hermano todavía se comía alguna que otra letra cuando hablaba. Pedí que se pusiera mi madre, pues no sé por qué, a mi padre me costaba más hablarle; no sabía que decirle.

-¡Ángel! ¿Cómo estás? - dijo mi madre.

-Bien – contesté -. Esperando que me den la *blanca*.

-¿Qué es la blanca?

-Quiere decir la licencia, cuando te dan la cartilla militar y como es de color blanco, pues eso - intenté explicarle.

-¿Todavía no sabes para cuándo será?

-No, y por si acaso tendría que enviarme otro giro; no sea que me quede sin un duro - le dije.

-Muy bien pero... otra cosa ¿Qué demonios pasa entre M^a Teresa y tú? No está bien lo que le estás haciendo...

-¿Qué yo le estoy haciendo? - interrumpí furioso -. ¡Ella es la que se va de marcha a la discoteca!

-Pero Ángel, a veces uno tiene que aflojar si no...

-Bueno mama, no quiero hablar del tema ¿Vale? Además, se me acaban las monedas, tengo que colgar. Recuerdos para todos, adiós... - dije intentando acabar la conversación.

-¡Adiós hijo...! - respondió mi madre.

Me sentí culpable por fingir que llamaba desde una cabina y así no tener que dar más explicaciones.

Fui a pagar los pasos del teléfono y la abuelita seguía pelando patatas, mientras en la televisión anunciaban nuevos casos de intoxicación por aceite de colza.

En la habitación, que era doble, Juan estaba tumbado en una de las camas y yo hice lo mismo. Estuvimos casi una hora pensativos; podíamos escuchar el murmullo de la gente, allá abajo, en la Plaza Mayor.

-¡Joder! ¿Qué voy hacer cuando te vayas? - dijo Juan sin mirarme.

-¿Qué quieres decir?

-Sí hombre ¿Con quién voy a salir? Será un rollo - añadió.

-Total te quedarán dos meses - dije yo-. Puedes salir con Masdeu, el de *Vilella* y también tienes a toda la tribu de Medina.

-¿Masdeu? Es un muermo de tío - protestó.

-¿Sabes Juan? Me da lástima dejar todo esto; los amigos, los lugares que frecuentamos... El final de esta historia no va a ser como yo esperaba - dije mirando al techo.

-De todos, Ana será quien más lo va a sentir; te aprecia mucho, más que a mí mamón - dijo Juan.

-Sí, es una buena chica. Con quien más he simpatizado. Le debo mucho.

Juan giró la cabeza hacía mí, como esperando más confesiones, pero no las hubo. Estuvimos varios minutos sin decir nada.

-Bueno chico, vamos a tomarnos unos vinos antes de comer o aquí nos pondremos los dos a llorar - dije al tiempo que me levantaba de un salto.

-De acuerdo, vamos.

Por la tarde, en la discoteca, tuve otro bajón de moral. Le puse la cabeza como un bombo a la pobre Ana explicándole mi vida. Ella se mostraba comprensiva en todo momento. Si en aquellos instantes alguien me hubiese presentado un papel asegurándome un futuro en Medina, lo hubiera firmado sin dudar.

Al salir, Juan y yo acompañamos a las chicas hasta el puente; después, antes de ir al cuartel, todavía tuvimos tiempo para otro "lingotazo". En el bar Juárez acabamos de colmar el vaso. Llegamos al cuerpo de guardia aguantándonos el uno contra el otro. Ya no tenía frío, la corbata me molestaba. Si al entrar nos hubiese visto el suboficial de guardia, a lo mejor se me alargaba la mili. Quizás era lo que deseaba, todo me daba igual.

En la formación de retreta, Pascual el de Gijón, me sujetaba por el cinturón mientras el sargento pasaba lista.

-¡Minuta para el día de mañana...! - retronaba su voz en mi cabeza.

Tuve que hacer un esfuerzo para no lanzar una carcajada muerto de risa. Su bigote "hitleriano" me hacía gracia. De aquella noche ya no recuerdo nada más, excepto un cubo metálico a la cabecera de mi cama.

El segundo *macutazo* fue para el veinte de marzo. Alguien dijo que se acababa el presupuesto del mes y que nos mandaban para casa. Tampoco acertaron esta vez. Ahora en Medina, parecía que hubiese más militares que nunca.

Una compañía de Infantería de Marina, de paso por la región, se encontraba alojada en nuestro cuartel. Los bisabuelos todavía no nos habíamos marchado y los nuevos ya habían llegado. Cuando salíamos a la calle todos juntos, era como una plaga verde.

Los novatos, al menos para mí, eran fáciles de identificar. Como dijo *Bernard Shaw* "Se puede conocer la veteranía de un soldado por el contenido de la cartuchera. El novato lleva cartuchos, el veterano sólo lleva comida".

Esto era parecido, tan sólo por la forma de llevar la gorra o por el nudo de sus botas, conocía su veteranía.

Y por veteranía supe que el tercer *macutazo* era el bueno.

El último fin de semana de marzo, que casualidad, dieron permiso a todos los bisabuelos. Eso significaba algo; en teoría debía ser para que pudiésemos ir a nuestras casas a buscar ropa de paisano, ya que estaba prohibido tenerla en la taquilla. Puro formulismo, pues la mayoría ya la teníamos en sendas bolsas de deporte, en pensiones, pisos alquilados, bares de confianza, etc.

Efectivamente, el miércoles por la mañana nos lo confirmaron. El viernes dos de Abril nos marchábamos. En la batería fue el acabóse; un inmenso griterío inundó la sala. La docena de "bisas" enloquecía bajo las resignadas miradas del resto de compañeros. Los abuelos casi compartían la alegría, los padres no decían nada y los "guris" alucinaban. Alguno contenía las lágrimas.

Yo, que había pasado por cada uno de esos pasos, ahora no le daba la importancia que merecía el momento. Nadie se dio cuenta pero yo no salté, no grité. ¿Estaba contento o no lo estaba?

Al día siguiente Juan me acompañó. Tenía que despedirme de tanta gente, de tantos amigos. Fui a todos los bares que frecuentaba, pues había muchas copas gratis que agradecer. En la pensión fue un drama; parecía casi de la familia, besé a la abuelita como si fuera la mía. En el *Geli* pagué una ronda, en la rinconada otra. Los más conocidos fueron todos a la discoteca, donde nos apoderamos de un rincón e hicimos nuestra pequeña fiesta de despedida.

Yo era el centro de atención, me gastaban bromas y me deseaban lo mejor en mi regreso a casa. Curiosamente, Juan no fue de los días que estuvo más alegre, se le notaba cierta tristeza por mi marcha o quizás una sana envidia. Después de despedirme de media Medina quedamos solos Juan, Aurora, Ana y yo. Salimos de la discoteca y esta vez no las acompañamos nosotros a ellas, si no al revés.

De camino al cuartel Juan quiso entrar en un bar.

-Ángel, voy a comprar una botella, para mañana cuando te marches brindar por última vez.

Yo inicialmente creí que no lo haría, pero sí, entró decidido en el bar. Fui tras él.

-Espera Juan, yo también compraré un par para celebrarlo esta noche con los compañeros de mi batería.

Fuera esperaban Aurora y Ana, que sin mirarse a la cara hablaban entre ellas. Aurora decía algo, mientras Ana daba pequeños golpecitos con el pie a la base de una farola. ¿Qué pensarían en aquellos momentos?

Más despacio que nunca llegamos a la verja del cuartel. Por unos instantes estuvimos allí plantados sin saber que decir, bajo la mirada atenta del centinela de la garita cercana.

-Bueno chicas, siento mucho tener que deciros adiós.

-¿Pensarás en escribir alguna vez? - preguntó Ana.

-No te preocupes, escribiré.

-Pero... ¿a lo mejor no le gusta a tu novia?- añadió.

-Tranquila, te escribiré - le aseguré.

-Y haber si pasas algún día por Medina - dijo Aurora mientras Juan cogía por segunda vez mi bolsa de deporte del suelo.

-¡Date prisa, tenemos que entrar ya! - dijo nervioso.

-Ya ves Ana lo que pasa por hacer amistad con un militar - dije tristemente.

-Sí, pero si no lo pensé en su día, no voy a lamentarme ahora - contestó cabizbaja.

Aunque no era Juan el que se marchaba; Aurora, al igual que Ana, tenía los ojos enrojecidos. En el momento de los besos no pudieron evitar que asomase alguna lágrima.

Paradojas de la vida; el día que me marché para la mili, allí en mi tierra quedaron dos mujeres con lágrimas en los ojos: mi madre y mi novia. Y ahora que la acababa, otras dos personas sentían mi partida, disimulando como si estuviesen resfriadas. ¿Merecía yo tanto?

-Adiós guapas... hasta pronto - dije con un nudo en la garganta.

Juan abrió la puerta de la verja y nos dirigimos a la entrada principal. Giramos la cabeza un par de veces y allí estaban ellas todavía, saludando con las manos tras los barrotes. Otra vez quedaban unas manos *tontas* con vida propia.

-¡Joder! Yo no contaba con esto.

-¿Cómo dices? - preguntó Juan.

-No, nada, nada...-. Y entramos en el cuerpo de guardia.

Juan no tuvo problemas para pasar ocultando su botella, pero a mí el sargento me paró.

Los mandos, que no son tontos, sabían que esa última noche los veteranos podíamos estar tramando algo, por lo que fueron parando a todos los “bisas” y revisando sus bolsas. Entre la ropa fue apareciendo de todo: botellas, comida, tabaco, etcétera.

Los implicados fuimos citados para presentarnos allí una vez pasada la retreta.

Yo ya me veía pasando mi última noche en la prevención, o peor aún; en el calabozo.

Pero tuve suerte, como al menos éramos una docena los que nos presentamos, el sargento se limitó a requisar la bebida y darnos una pequeña reprimenda verbal. Luego, incomprensiblemente cambió de tono y nos deseó buena suerte.

-Bueno, espero que este año os haya servido para aprender algo positivo. Volver a vuestras baterías y... ¡Buena suerte a todos! - sentenció el sargento.

Aquella noche prácticamente ningún bisabuelo durmió. Todos esperaban ansiosos la última diana: la diana floreada; tocada por un veterano y que se llama así cada vez que se licenciaba un reemplazo.

Faltaba escasamente una hora para que apareciese el *corneta* por el cuerpo de guardia, cuando por una pequeña radio que teníamos amenizando la espera, se interrumpió la programación para dar un boletín urgente de noticias. Anunciaron una invasión de tropas argentinas en las islas Malvinas, expulsando a los británicos de ellas.

Todos quedamos sorprendidos, aunque sabíamos que el conflicto era muy lejano como para que nos afectase, no dejaba de tener su morbo. Nos incorporamos a filas con un tremendo suceso: el 23-F y nos licenciamos con otro: la invasión de las Malvinas.

Cuando sonó la ansiada diana floreada, a pesar del frío, se abrieron todas las ventanas que daban al interior del patio. Todos los veteranos se asomaron a ellas y gritando y gesticulando al aire, enloquecieron como adorando al Dios Sol.

Yo en cambio, continué tumbado en mi cama como si la cosa no fuese conmigo. Pensaba en M^a Teresa, no sabía si llamarla anunciando mi llegada o no, visitarla o pasar de hacerlo.

Tras el desayuno, como un día más, me fui con el resto de la banda hasta las diez de la mañana. Después de entregar la boquilla de mi corneta al subteniente, aunque ya no debía hacerlo, fui por última vez a mi oficina. Estuve varios minutos en silencio observándolo todo, como intentando retener en mi retina hasta el último detalle de allí. Miré mi mesa, el calendario de la pared y el archivo que no cerraba bien. Sentí tristeza por tener que dejar aquel lugar.

Sin prisa, me dirigí a mi batería para cambiarme de ropa. Una vez allí fui recriminado por mis compañeros que impacientes esperaban mi llegada, pues debíamos cambiarnos todos juntos y pasar la última revista a nuestro armamento personal.

Pasada esta formalidad todos empezamos a vestirnos, poco a poco íbamos transformándonos en paisanos bajo la mirada incrédula del resto de compañeros que allí se quedaban. Los más *buitres*, esperaban ansiosos cualquier cosa que nosotros ya no necesitáramos: el betún, un cepillo, un bolígrafo, el candado, etcétera.

Acababa de ponerme unos vaqueros cuando apareció Juan. Se jugó el tipo, pues a esa hora debía estar en el taller; pero allí estaba, con una botella de vino de marca en las manos.

-¡Ángel, lo prometido es deuda! - exclamó -. Brindemos por el bisabuelo polaco.

-Gracias Juan - contesté agradecido.

Bebimos directamente de la botella y la pasamos a otros “bisas”.

-Bueno chico, siento que te quedes. Me gustaría que vinieses conmigo pero... las cosas son así - dije alargándole la mano.

-¡Me cago en la leche! Ya te escribiré explicándote como le va al bisabuelo Juan - añadió con voz temblorosa.

En ese momento el teniente llamaba urgentemente a los veteranos que nos marchábamos, para formar en el patio y conducirnos al cuerpo de guardia.

-¡Adiós Juan!

-¡Adiós Ángel!

Ahora ya no pudo contener las lágrimas. Allí quedó un hombre hecho y derecho, que lloraba como un niño porque se iba un amigo.

Yo, a pesar de no ser un sentimental, tuve que apretar los dientes y sacando fuerzas de flaqueza empecé a bajar las escaleras con un nudo en el pecho que me impedía decir palabra.

Al salir por la puerta del cuartel, aunque todos estaban contentos por marcharse, yo no fui el único que miró hacia atrás y que de alguna forma sentía nostalgia viendo por última vez aquel viejo edificio. Pasamos por delante de un petrificado centinela cerca de la verja y fuimos todos al bar *Geli* para celebrar nuestra partida. Excepto alguno que tenía prisa, todos los demás debían coger trenes y autocares horas después, por lo que había tiempo suficiente. Yo ni tan siquiera me preocupé por los horarios de tren; tenía todo el tiempo del mundo.

Sobre las cuatro, después de una buena comida, algunos ya empezaron a dejar el grupo y tras mil estrechones de manos se marcharon.

Aquel día en ese bar, hubo abrazos y lágrimas, se olvidaron odios y rencores. Recuerdo a Antonio el sevillano y uno de Pamplona, abrazados como si fueran novios. Todos intercambiamos direcciones, teléfonos y promesas de visitarnos. Los más sentimentales lloraban sin ningún tipo de reparo y todos en general sentíamos separarnos.

Uno a uno fueron desapareciendo y al final quedé solo sentado en la barra, mientras Julio, el camarero del bar, limpiaba los restos de la improvisada fiesta.

-¿Y tú, no te vas? - preguntó.

-Sí, pero tengo el tren a última hora, además... prefiero no encontrar a nadie en la estación para evitarme más despedidas.

-Tienes razón, son tristes - dijo mientras continuaba barriendo.

La verdad es que me quedé porque no sabía a dónde ir. ¿A Valladolid, a Madrid? ¡Dios Santo! Qué diferente resultaba todo de como siempre lo había imaginado. Estaba añorando lo que dejaba atrás y no sabía lo que me esperaba en el futuro. Todo en mí era una inmensa duda.

¿Deseaba verdaderamente volver a mi casa y arreglar las cosas con mi novia?, o por el contrario ¿Por qué no me quedaba en Medina, e intentaba clarificar mi futuro? Me asustó quizás esa responsabilidad. Deseé por un momento que los acontecimientos se hubiesen pronunciado más claramente hacia un lado u otro, para al menos no tener esa indecisión. Casi por instinto me dirigí a la estación.

Como un vagabundo caminaba lentamente, mirando a todos y cada uno de los transeúntes que se cruzaban a mi paso, sintiendo la imperiosa necesidad de hablarles; de

decirles algo, pero ¿qué? ¿Adiós?... Y a ellos que les importaba. Comencé a pensar que había bebido demasiado.

Cogí el primer tren que pasó y que me llevó hasta Venta de Baños. Quizás hubiese sido mejor y más barato ir a Madrid, pero me daba igual. Al llegar a Venta de Baños, miré en información cualquier tren que se dirigiese hacia Tarragona o Barcelona. Un electrotrén que llegaba en cinco minutos iba a Lérida vía Miranda, no lo pensé dos veces.

Durante el viaje intenté consolarme diciéndome a mí mismo lo privilegiado que era, si me comparaba con un grupo de militares que iban unos asientos más adelante y que discutían con el revisor porque no tenían o no estaban correctos sus billetes. ¿Cuánta mili les quedaría? De cualquier forma, no estaba viviendo la borrachera crónica de alegría que en su día me prometí.

Encendí un cigarro y con la mano limpié el cristal empañado para seguir contemplando aquellos inmensos campos de Castilla que se extendían hasta donde alcanzaba la vista.

En Lérida tuve que esperar un tren regional que me llevase a Valls. Eran pasadas las once y el vestíbulo de la estación estaba desierto y el bar ya había cerrado. Al poco rato aparecieron cuatro militares de la C.O.E que habían bajado de un expreso procedente de Madrid. Yo, sentado en un rincón, observaba como contentos hablaban entre ellos. Debían ser veteranos pues no cesaban de hacer alusiones a la poca mili que les quedaba.

-Me huele el culo a pantalón tejano – dijo uno.

-Pues yo me he comprado una cartera nueva para guardar la *blanca* - decía otro.

De vez en cuando me miraban y se reían. Al verme con el pelo corto y con una gran bolsa verde, debieron pensar que era un recluta que me incorporaba o regresaba de un permiso. Aprovecharon la excusa de pedirme fuego para acercarse.

-¿Tienes fuego colega? - preguntó el más alto.

Le acerqué el encendedor.

Por unos instantes paso por mi cabeza el humillarles, presumiendo de que era bisabuelo o mejor dicho: que ya no lo era, y reírme así yo de ellos. Pero bastó con sacar la cartilla militar de mi bolsillo trasero.

-No, no me queda mucha mili - dije seriamente mostrándoles la *blanca*.

Las cuatro caras cambiaron en un segundo, el humor se transformó en resignación.

-¡La hostia! Lo que daría yo por tener eso; y tú tan pancho como si nada - dijo uno que ahora ya no reía.

Al ver que yo no les daba conversación, volvieron a su rincón mirándome como si fuera un bicho raro.

Por fin llegó el tren y una hora después estaba en mi casa. Mi madre no tardó en percatarse de mi estado de ánimo apenas me dio los besos y el abrazo de bienvenida.

-Ángel, ¿qué no te encuentras bien?

-La última noche en el cuartel no dormí y con el viaje tan pesado... me duele un poco la cabeza - dije yo excusándome.

No quise despertar al resto de la casa y no fue hasta la mañana siguiente que saludé a toda la familia.

Mientras desayunaba mi madre aprovechó, ahora que yo estaba más descansado, para decirme que M^a Teresa estaba enferma y que tenían que operarla de piedras en la vesícula.

-¿No lo sabías? - dijo mi madre.

-Pues no, hace un par de meses me comentó que tenía unas molestias, pero que el médico le dijo que era una inflamación sin importancia y que hiciese una dieta suave durante una temporada.

-Pues resulta que una noche tuvo que ir a urgencias y allí se lo detectaron. La operan dentro de pocos días. Lo debe estar pasando muy mal; creo que deberías ir a verla - dijo mi madre casi ordenándomelo.

-¿Está en cama?

-No, hace vida normal; lo único es que tienen que operarla sin falta.

Tuve lástima por M^a Teresa y me sentí culpable, en parte, de todo lo que había pasado entre nosotros y me maldije por no haberla llamado. Esa misma tarde fui a Vila-rodona a verla, además tenía que ir a buscar mi coche. Aunque no exactamente cuando, sí sabían que cualquier día acababa la mili.

Su madre fue la primera que me recibió a la entrada de la casa y sin rodeos habló conmigo.

-Ángel, te esperábamos... sé que algo está pasando entre vosotros, pero ella te quiere y ahora que tiene por delante una operación, te lo pido por favor, no le des un disgusto - dijo llevándose un pañuelo a los ojos.

Yo, no supe que contestar y subí rápido al piso. Tuve que esperar un rato pues M^a Teresa estaba atendiendo a una señora del pueblo.

A través del cristal opaco de la puerta, podía ver aumentada su silueta, que iba de un lado para otro. Una vez hubo acabado, la puerta se abrió y allí estaba ella, después de dos meses, con su bata de trabajo verde claro cruzada y el cabello recogido con una cinta blanca. Las miradas se clavaron el uno contra el otro y nuestros ojos hablaron por nosotros.

Hoy doce años después, M^a Teresa mi mujer, me sonríe desde la cocina preparando el café, mientras yo sentado en el sofá y el mando a distancia entre las manos, conecto el equipo de sonido y cerrando los ojos empiezo a escuchar...

" ESTA PLOVENT A L'ESTACIÓ
VINT HORES DE VIATGE PER ANAR A LLEÓ
EM TROBO VESTIT DE VERD,
I LES BUTXAQUES PLENES DE POR.
APRENENT A FER LA GUERRA
I A ESCRIURE CARTES D'AMOR.

AQUÍ DINS,
NO SE QUI ES L'ENEMIC
I LES NITS
SON FREDES COM EL GEL
SUPORTANT
TOT A CANVI D'UN PERMÍS
NO!, NO!, NO!
NO SE SI HO AGUANTARÉ.

PROU, JO VULL TORNAR AVIAT
ALTRA VEGADA AL TEU COSTAT.

HAN PASSAT DOS MESOS,
QUE SEMBLEN MES D'UN ANY.
EL RECORD I LES PROMESSES
ES BARREGEN AMB L'ALCOHOL
A LA MERDA ELS GALONS

SI NO FOS PER L'AMISTAT,
ALGÚ QUE EM DEIXA TRES MONEDES
PER PODER ANAR A TRUCAR

AQUÍ DINS,
NO SE QUI ES L'ENEMIC,
I LES NITS,
SON FREDES CON EL GEL,
SUPORTANT
TOT A CANVI D'UN PERMÍS
NO!, NO!, NO!
NO SE SI HO AGUANTARÉ

PROU, JO VULL TORNAR AVIAT
ALTRA VEGADA AL TEU COSTAT

AQUEST MAL SOMNI,
ALGUN DIA HA D'ACABAR
I TU A L'ESTACIÓ
HI SER S EN ARRIBAR.
NO!, NO!, NO!
NO SE SI HO AGUANTARÉ.

PROU, JO VULL TORNAR AVIAT
ALTRA VEGADA AL TEU COSTAT."

(Tema "Mal Somni" ROCK-GAIA 1.992)